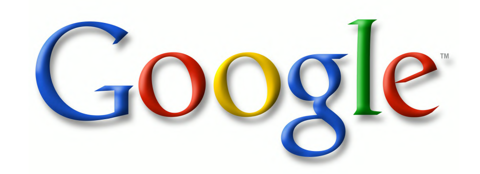


IMPRESIONES

POR

MARTÍN GARCÍA MÉROU

SECRETARIO DE LEGACIÓN
DE PRIMERA CLASE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA,
MIEMBRO HONORARIO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA,
ETC., ETC., ETC.



MADRID
LIBRERÍA DE M. MURILLO
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7

1884

IMPRESIONES.

IMPRESIONES

POR

MARTÍN GARCÍA MÉROU

SECRETARIO DE LEGACIÓN
DE PRIMERA CLASE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA,
MIEMBRO HONORARIO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA,
ETC., ETC., ETC.



MADRID
LIBRERÍA DE M. MURILLO
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7

1884

MADRID. — IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

A ENRIQUE GARCÍA MÉROU.



TI, mejor que á nadie, debo dedicar estas páginas fugitivas que he escrito en momentos de soledad y aislamiento. Tú conoces la historia de estos años de aprendizaje y de labor; la has seguido día por día y hora por hora, simpatizando, á través de la distancia, con mis tristezas, y regocijándote de mis alegrías. No es solamente el fruto de mis impresiones lo que te ofrezco, es el recuerdo de las tristes horas pasadas, de todos los entusiasmos de mi espíritu, de esos mil himnos juveniles que pugnaban por brotar de mis labios, cuando alguna sensación nueva ó desconocida para mí,

algún maravilloso espectáculo natural me llenaban de júbilo y embriaguez.

No sé si estos fragmentos de una historia de sensaciones íntimas, son dignos de la publicidad. En todo caso, dudo que formen una obra completa. Los he escrito con cariño, me han acompañado en épocas en que necesitaba refugiarme en el trabajo literario para huir de la obsesión de pensamientos tenaces. Preparados para la impresión, al regresar á Europa después de dos años de vida en Venezuela y Colombia, una serie de circunstancias que tú conoces también, me impidió darlos á luz. En ese tiempo ha aparecido un libro, lleno de mérito y de interés, digno de la pluma de su autor, describiendo el mismo viaje que hicimos juntos. En los primeros momentos, creí que su publicación hacía inútil estas pobres impresiones, recogidas al pasar, sin pretensión y con entusiasmo. Luego, he visto que estaba en un error. La obra del Dr. Cané, minuciosa y personal como una verdadera narración de viajes, lleva impreso de tal modo el sello de la personalidad de su

autor, que por ese solo hecho es imposible, no tan solo aproximarse á ella, sino ni siquiera parecérsele en lo más mínimo. *En viaje* es un libro ameno, elegante y lleno de curiosos detalles, de brillantes descripciones, de páginas espirituales y de un colorido esplendoroso, que nos hace asistir á las mil escenas diversas de la marcha, como un compañero decidor que siempre está en vena y saca partido de todo. Nadie como yo conoce y aprecia el ingenio del Jefe de la Legación en que fuí Secretario; y ya que esta carta servirá de prólogo á mis IMPRESIONES, sea este el momento de manifestarle en público mi agradecimiento por el amistoso interés con que me ha mencionado en su hermoso trabajo.

Mucho podría decirte sobre cómo fué escrito el libro que vas á leer. Durante nuestra permanencia en Caracas, terminé su primera parte, guiándome por los apuntes de mi cartera y en una época de fecunda labor. Recuerdo nuestra vida de entonces con simpático interés. Las veinticuatro horas del día parecían cortas. Evacuados los trabajos diplo-

máticos, nos engolfábamos en la lectura. Allí pasé muchos y deliciosos momentos con las obras dramáticas de Schiller que fueron tu regalo de despedida. De cuando en cuando tomábamos la pluma, y las cuartillas se amontonaban sin sentirlo. Yo era el encargado de fabricar los cuadernos en blanco que Cané llenaba con su letrita menuda y apretada, mientras en la pieza contigua yo tomaba notas para *Los Cuadros de la Conquista del Perú*, cuyo plan é idea fué obra suya, ó trazaba estos recuerdos de viaje que me trasportaban á los pocos momentos verdaderamente agradables de la ausencia. Allí vi nacer una á una, con cariño é interés, las páginas de ese poema de la infancia que mi antiguo compañero acaba de publicar con el título de *Juvenilia*. Allí nos sometíamos mutuamente los resultados del trabajo diario, llevando siempre yo la peor parte, como era natural, pues mis informes ensayos eran flagelados sin piedad por la *verve* sarcástica de mi crítico. Pasado el primer momento de insurrección, volvía de nuevo á la tarea con fe inquebrantable, pu-

liendo, limando, apuntalando los versos débiles con algún adjetivo chillón, ó labrando pacientemente mi prosa desgreñada, como uno de esos labriegos de la Mancha que desdeñan el arado y fecundizan el surco con el vigor de su brazo.

Interrumpido mi trabajo por el viaje á Colombia, pensé continuarlo en Bogotá. Tú sabes el horrible golpe que recibí á los pocos días de mi llegada, en una ciudad nueva y desconocida para mí, á tan enorme distancia de la patria y de los seres queridos. ¡Ah! nadie puede comprender lo que es esta pérdida de la madre, cuando no hay un corazón cariñoso que simpatice con el nuestro, ni un pecho amigo en que llorar sin temor. El egoismo humano se muestra entonces bajo su aspecto más frío. Todos rien, todos pasan á nuestro lado con indiferencia, impulsados por el interés ó arrastrados por la vanidad. Las torturas del pensamiento que se devora á sí mismo, los sobresaltos del corazón que sacuden el cuerpo deshecho en medio de la noche, fingiendo el llamamiento de la voz amada y perdida pa-

ra siempre; esas mil alucinaciones del dolor solitario que unas veces tocan al vértigo y otras al desvarío; ese cansancio infinito, esa abdicación de la vida, ese martilleo tenaz del sufrimiento y de la idea fija que hiere las paredes del cráneo como queriendo acabar de un golpe con esta miserable naturaleza que se resiste y se encorva y se arrastra pidiendo compasión; todas las amarguras de la orfandad y del abandono, cayeron de repente sobre mí. Tres años han pasado y la herida continúa abierta en el corazón. Pero hoy al recordar aquellos momentos terribles, no comprendo cómo pude resistir ese martirio.

Tres meses después de nuestra llegada, el Dr. Cané partió, habiendo tenido yo el honor de ser dejado por el Gobierno de la República como Encargado de Negocios en Colombia y Venezuela. Permanecí en Bogotá cerca de año y medio. En ese largo lapso de tiempo he conocido y tratado á todos los hombres notables de la nación, gozando de su sociedad exquisita y tan hospitalaria para el extranjero. No guardo sino dul-

ces recuerdos de la última época de mi permanencia allí, entre un círculo de amigos fieles y cariñosos, consagrado á mi deber y á mis libros queridos. En esos últimos meses he escrito la parte que se refiere á Venezuela y algo de la de Colombia. He suspendido mucho de lo que tenía preparado sobre la literatura en Colombia, deseoso de publicar algún día un estudio aislado sobre este vasto y fecundo tema. Hoy recuerdo con gratitud y encanto aquella vida tranquila, y mis amigos benévolos é ilustrados que tanto han hecho por mi desarrollo intelectual. Los nombres de Pombo, Caro, Marroquin, etc., quedan ligados para siempre á mi corazón, pues ellos me alentaron con su amistad y su aplauso, hasta darme un puesto entre sus filas, nombrándome Miembro honorario de la Academia Colombiana.

Y ahora, que conoces la historia de las páginas que vas á leer, debo cerrar esta carta. En mi larga ausencia, ni un momento se ha apartado de mí el recuerdo de mi país. Lo he seguido á la distancia, desenvolviéndose y progre-

sando siempre, en prosecución de sus grandiosos destinos. He aprendido muchas cosas, pues no hay maestro más útil que la soledad y la observación constante del viajero. Pero sobre todo, he aprendido á amar á la patria; con ese ardor de sentimientos que está dispuesto al sacrificio, con esa ambición legítima del que quiere consagrar su vida á servir sus intereses, y acompañar de lejos su marcha triunfal. No sé con qué especie de vaga melancolía pienso en que estas páginas humildes, estas notas de viaje, pasarán inadvertidas entre un círculo de amigos indulgentes. ¡No importa! Tengo fe en el porvenir y en los frutos de la labor constante: tengo el anhelo del perfeccionamiento y el valor de la persistencia, y todas mis aspiraciones, todos los sueños de mi vida se resumen en este ideal grande y sagrado que me da fuerzas para vivir y para luchar.

Te abraza tu hermano,

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

Madrid, Marzo de 1884.

IMPRESIONES.

PRIMERA PARTE.

DE BUENOS AIRES Á PARIS.

NADA hay más triste que la despedida de los seres queridos, al emprender la peregrinación de un viaje largo y penoso. El porvenir oscuro parece amenazarnos con su misterio. ¡Cuántos de los que hoy dejamos llenos de animación y de vida, de los que se separan de nosótros con un abrazo cariñoso, nos estrechan por última vez!... La tarde era fría; el viento agitaba las olas con sus rá-

fagas heladas; el crepúsculo tendía sus primeras sombras en el cielo, y en nuestras palabras tratábamos de ocultar nuestros verdaderos pensamientos. Llegó el momento de la separación definitiva, y sentí un hondo vacío á mi alrededor. Los pañuelos, agitados por manos temblorosas, revoloteaban sacudidos por las alas de la brisa como una bandada de blancas palomas. La distancia borraba los últimos contornos de la ciudad lejana, y del vapor en que regresaban los nuestros á sus hogares. Las luces del puerto rasgaban la oscuridad, cada vez más intensa. Pronto nos pusimos en marcha á nuestro turno... Luces, reflejos, siluetas medio desvanecidas en las tinieblas, todo desapareció en breves instantes, y una espesa nube de melancolía cayó sobre mi espíritu.

Poco á poco, las olas adquirían

mayores proporciones, se hinchaban y elevaban como si una fuerza interior las levantara de golpe. Yo había entrevisto el mar á través de Byron, en aquellas estrofas del *Childe Harold* tan llenas de lirismo, tan impregnadas de pasión. Lo había imaginado en las noches de meditación y de lectura, después de dejar á Ossian y quedar con la mirada vaga y la imaginación todavía vibrante como las cuerdas de un arpa acabada de pulsar, impetuoso, oscuro, revolviéndose como una fiera, algo semejante á un maelstron descrito por el apóstol de Pátmos. Estaba habituado á verlo pintado por Victor Hugo, y nadie consigue como él dar al mar una conciencia, una maldad calculada, un refinamiento de verdugo que ejecuta á sus víctimas por placer. En sus páginas las olas se levantan como un populacho

amotinado, tienen su mismo instinto sanguinario y sus mismos medios de acción, el peñasco es una especie de emboscada que espera pacientemente al navío para desgarrarlo de un golpe á su pasaje. La inmensidad se hace cómplice de la muerte, y un naufragio es un crimen como un asesinato. El mar deja de ser un elemento para convertirse en un sér sin nombre, uno de esos gigantes con entrañas de fiera de los poemas escandinavos, siempre sediento de matanza, de sangre y desesperación, que destroza con rabia los despojos palpitantes de sus víctimas.

¡Qué distinto en la realidad este Océano maravilloso é imponente, bañado por los rayos centellantes del sol que lo cubre de escamas esplendorosas, ó acariciado por la luz de la luna que conmueve y agita su pesada mole de titán! ¡Qué bello es en su

calma cuando el vaivén de sus ondas mece dulcemente la barca del pescador! ¡Qué terrible cuando se encrespa y lucha y hace temblar las rocas de la orilla con su bramido salvaje! Nada hay más interesante y más valiente, al mismo tiempo, que la audacia de ese pequeño mundo que flota sobre el abismo, expuesto á todas las asechanzas y á todos los peligros. El luchador formidable que dormita á nuestros pies, con un solo movimiento de cólera, puede triturar la cáscara que nos lleva. Así, cuando de tarde en tarde, en la extensión desierta y eternamente monótona, una vela, una espiral de humo ó una sombra lejana que se destaca medio borrada en el horizonte, revela la presencia de otro peregrino que marcha á su destino, se le contempla con interés fraternal, se siguen sus movimientos, la agitación

con que se encabrita sobre las olas y se hacen votos por el éxito de su jornada... Muy pronto su forma se borra, la distancia aumenta, el cielo y el mar se cierran como dos inmensos labios, y todavía permanecemos sobre cubierta con la mirada fija en el punto donde ha desaparecido!...

Pocas noches después entrábamos en la bahía de Rio de Janeiro. A esa hora, no se distinguía el asiento de la ciudad. El espectáculo, sin embargo, era maravilloso. A derecha, á izquierda, en todas direcciones, culebreando al borde del agua que la reproducía en su superficie bruñida, arrastrándose penosamente hasta las cumbres de las montañas, se veía una iluminación fantástica,

un semillero de luces que rasgaban fuertemente la oscuridad y que nos rodeaba por todas partes. Parecía una fiesta preparada en nuestro honor.

A la mañana siguiente me levanté antes de la salida del sol, pues ese es uno de los espectáculos más bellos que pueden presenciarse en la bahía. Las montañas tenían puesto su gorro de nubes, como dice Schiller; una media tinta dudosa, algo como la luz de un crepúsculo disuelta en el espacio, flotaba sobre el cielo y se confundía con los vapores que empezaban á levantarse de las cumbres. El mar no tenía una arruga. Delante de nosotros se levantaba el Fuerte, avanzando sobre el agua, con su techo de tejas y sus palmeras esbeltas, que se mecían dulcemente y transportaban la imaginación á los paisajes orientales. Nos rodeaba un círculo de montañas verdes, gracio-

sas, teniendo á un lado el majestuoso Pan de Azúcar que se incorporaba entre las brumas como un gladiador que acaba de derribar á su adversario, y dominaba con su cabeza calva el panorama desarrollado á su alrededor. Sobre las montañas se escalonaban las habitaciones blancas y audaces como las cabras salvajes. Sobre cada roca y encima de cada pico, reclinadas las unas, como los pastores de Virgilio entre los citisos, en las faldas cubiertas de vegetación, otras coronando alguna cúspide lejana, presentaban un espectáculo encantador.

Poco á poco los vapores se iban haciendo más densos, y al subir lentamente dejaban ver nuevas habitaciones, nuevos cuadros, nuevas gargantas ocultas hasta entonces. En el lado oriental una franja fuertemente coloreada recorría los picos ver-

des, se acentuaba de más en más como una inmensa pincelada de luz trazada por una mano inmortal. Muy pronto las cumbres se bañaron en resplandores, los rayos solares parecieron tomar aliento en ellas para saltar al Pan de Azúcar y encender una chispa en su frente severa; las nieblas, como un ejército desbandado, se reunieron y emprendieron apresuradamente la retirada; el cielo cambió de color y el agua se agitó con una sonrisa risueña. La naturaleza entera parecía sacudir su letargo. El sol empezó á mostrar su mirada rojiza y sus rayos se precipitaron en una lluvia de oro desde la altura, penetraron en los valles, secaron con un beso el rocío sobre las plantas, despertaron á las aves, sacudieron el polvo de los caminos, acariciaron las ondas del mar, dejaron largos rasgos de luz sobre el cielo

ya despejado y limpio, y escurriéndose entre las hondonadas, deslizándose entre los árboles que se desperezaban bañados por la humedad de la noche, llevaron á todas partes la alegría del calor, del trabajo y de la vida.

El cuadro que presentaba entonces la bahía, me dejó estático y maravillado. Todo se unía para el efecto del conjunto; el cielo resplandeciente, el mar claro, limpio y deslumbrador, el círculo de las montañas, la vegetación exuberante de las zonas tropicales y la ciudad coqueta á la distancia, como una muchacha que se ha colgado todos sus moños. Hay en ese espectáculo lleno de armonía, de luz y de gracia, un encanto inexplicable, una majestad que se apodera de todos los sentidos y los subyuga. Es que la belleza del paisaje no está en ninguno de los

detalles, en una roca atrevida, en una garganta pintoresca, en un edificio suspendido como entre el cielo y la tierra, en un pedazo de naturaleza que asombra ó intimida. Allí cada línea, cada toque, cada tono, cada nota, concurre al conjunto final. El espíritu se siente misteriosamente atraido en todas direcciones, esclavo de todas las influencias exteriores, y la admiración brota franca, ardiente y cada vez más imperiosa.

Una nube de embarcaciones ligeras se había abatido ya sobre el vapor. Los mercaderes llegaban apresuradamente. En los corredores exponían sus objetos á la venta, y ya podían verse cuidadosamente alineadas toda clase de frutas tropicales, desde la banana fragante, hasta las deliciosas naranjas del Brasil, al mismo tiempo que pantallas guarnecidas de plumas vistosas, aderezos for-

mados con insectos del país, aves de mil colores, tanto el papagayo como la cotorra bulliciosa y charlatana.

Después de almorzar descendimos á tierra. El sol caía á plomo sobre el agua de la bahía, y, aunque era en mitad del invierno, hacía un calor insoportable. Después de un cuarto de hora de marcha, llegamos al malecón de desembarco, y nos internamos en la ciudad. El primer objeto que se ofreció á nuestra vista al poner el pie en tierra, fué una inmensa playa caldeada por los rayos del Mediodía. A la derecha se extendía el mercado, cuyas emanaciones capitosas nos invitaban á alejarnos. El movimiento era grande á pesar de la hora, y el espectáculo pintoresco. Por primera vez veía en toda su desnudez y su miseria el tipo del negro, del antiguo esclavo de un señor implacable, y del escla-

vo presente de la miseria y la decadencia de raza. Las vendedoras estaban acurrucadas delante de sus canastas, las unas con grandes sombreros de paja, las otras con un simple pañuelo en la cabeza. Todas ó la mayor parte eran ya viejas despedazadas por el trabajo y la necesidad. Sus vestidos hechos girones flotaban á todos los vientos. Sus caras huesosas y chupadas, sus pómulos salientes, sus labios gruesos, sus brazos descarnados y su cuerpo desnudo desde la cintura para arriba, presentaban un cuadro digno de un pincel vigoroso. La plaza está rodeada de edificios pobres en su estructura. La atravesamos y nos internamos en la ciudad en busca del hotel. El aspecto de las calles era pobre y triste. Angostas, mal empedradas, flanqueadas á uno y otro lado por una serie de casas pequeñas, con puertas bajas y

ventanas microscópicas, la mayor parte de madera, en ellas se buscaba en vano algo monumental. Los pequeños tramways, arrastrados por mulas, circulaban con su característico ruido de campanillas. Uno que otro carruaje particular, lujosamente enjaezado, pasaba rápidamente sin hacer caso de los negros que arrollaba con una estóica indiferencia; los demás, los puramente democráticos, corrían como un cuerpo desarticulado, haciendo rechinar todos sus resortes, tirados por animales hambrientos y descarnados.

En aquel escenario se agitaba, hervía una multitud multiforme, abigarrada, churrigueresca. El tipo de alta clase brasilero se reconocía al primer golpe de vista, pero estaba en inmensa minoría. Por lo demás, los caracteres predominantes de la raza campeaban en la población.

En torno de los reyes de la moda se agitaban los desheredados, los que comen las migajas de todos los banquetes, los *gueux* de Richepin. Se veían negros elegantemente vestidos, como pertenecientes á grandes familias y ocupando una importante posición social; y, codeándose con ellos, esclavos todavía marcados por el látigo, muchachos vendiendo dulces, floristas que parecen monas, verduleras que empujan penosamente un carrito que rebosa de legumbres, mercachifles ambulantes, toda esa colmena de las bajas industrias, condenada á no acariciar otra moneda que la de nikel y á vivir en las calles llevando sobre los hombros una carga abrumadora, hasta que la miseria se compadece de su suerte y la hace reposar para siempre.

El *Hotel des Etrangers*, donde me detuve, está situado en la parte más

bella de la ciudad, Botafogo. Las calles son más anchas, el aire más salubre y completamente exento de emanaciones fétidas. Hay casas bellísimas en el centro de lujosos jardines. El edificio del hotel es cómodo y espacioso. Tiene una preciosa vista sobre la bahía, y está situado en una plazoleta cruzada por tramways que van desde la Rua do Ouvidor en todas direcciones. Una vez instalado, me dediqué al estudio de la ciudad. Tuvimos la fortuna de llegar á propósito para asistir á la recepción popular de Serpa Pinto, el audaz explorador portugués. Los diarios no se ocupaban de otra cosa. En la calle Ouvidor se agrupaba la muchedumbre que aclamaba al valiente viajero. Pronto salió Serpa Pinto y el entusiasmo no tuvo límites. Envuelto en un círculo de alabanzas inauditas, fué acompañado

hasta el palacio del Emperador, á quien iba á saludar. El valiente explorador tiene una fisonomía enérgica y simpática que dispone favorablemente en su favor.

En marcha para Tiyuca, se atraviesa toda la población, gozando de los más variados espectáculos, y viendo al pasar lujosos edificios, calles miserables, jardines y plazas en profusión. Era ya tarde para llegar á la cascada, y nos detuvimos al pie de la montaña en un pequeño restaurant, para descansar un momento. Un torrente que brotaba de una profunda garganta corría á nuestros piés. Todo centelleaba bañado por el sol claro de un día de invierno que á nosotros nos ahogaba. Gozamos un momento del paisaje, y nos volvimos á la ciudad.

El jardín público y el jardín Botánico son las dos mayores magnifi-

cencias de Río de Janeiro. En aquel suelo hecho para alimentar gigantes, los árboles sacan una savia pujante, se arraigan, se extienden sanos y vigorosos, besados por las brisas cálidas de una atmósfera serena y un sol que brilla como el escudo de Rolando. Así, no pueden mirarse sin asombro las calles de esos jardines. Nos creemos transportados á una selva primitiva donde los primeros pionners nos han abierto camino con el hacha de desmonte. Una calma profunda, una paz solo interrumpida por el canto de alguna ave, reina en la espesura. La sombra es densa. La arena amortigua el ruido de los pasos. Una brisa fresca orea nuestra frente sudorosa, y aspiramos á plenos pulmones su humedad y su fragancia. En el jardín Botánico, la calle de palmeras gigantescas despierta primero nuestra atención. Más tar-

de nos internamos en el laberinto de la soledad, en esos lugares tupidos donde los árboles enredan sus copas y forman un dosel, donde las lianas se enlazan y cuelgan de las copas esbeltas, donde la naturaleza tropical, en toda su exuberancia, muestra al lado del plátano de hojas anchas y flexibles, el bambú elegante que crece en masas compactas y canta á cada oscilación del viento. Llegué hasta el pie de una cascada pintoresca oculta entre los árboles, y dejando caer su chorro poderoso sobre un lecho de rocas y de guijarros. Nunca he sentido más que entonces la armonía y la dulzura de la naturaleza. Mi cuerpo necesitaba descanso. Me extendí sobre el césped y me dejé acariciar por los murmullos del agua que corría á mi lado, y pasaba como una canción de nodriza.

Por la noche visité el Teatro Im-

perial de Don Pedro II. Se daba la *Mascotte*, y cantada por Paula Marié. El Emperador estaba presente. Su figura venerable, su frente espaciosa, su mirada inteligente, franca y serena, atraen desde el primer momento. A la salida montó en su carruaje arrastrado por seis pares de mulas. El teatro está muy lejos de ser bello. Le falta el lujo y el *confort* de los modernos coliseos. El público, aunque mezclado, era distinguido en general. En los entreactos circulaba por los corredores y los vestíbulos una bandada de cortesanas lujosamente ataviadas. No hay espectáculo más triste y más descarado al mismo tiempo, y ese espectáculo se reproduce á cada paso en Río de Janeiro. El vicio os hace señas al pasar, os llama, os sonríe, os toca el hombro, muestra su sonrisa más afable, su atractivo más seductor. Las

cocottes se procuran ellas mismas el compañero de la bacanal nocturna.

La calle principal de Río de Janeiro, es la de Ouvidor, especie de Boulevard de los Italianos en Paris, ó calle de Alcalá en Madrid. Allí se agrupan las tiendas más lujosas y más fantásticas. Está limitada de un lado por una plaza donde se encuentra la Bolsa, y del otro por la calle del puerto, y su extensión no es muy grande. Es extraordinariamente angosta. Por la tarde, á *la hora del ajenjo*, como dirían en Paris, la circulación se hace difícil por la cantidad de personas que transitan en ella. Las tiendas, alumbradas con gas, despiden una lluvia de resplandores, en las horas nocturnas en que los elegantes y las coquetas que pasean se lanzan miradas lánguidas al pasar. Río de Janeiro, en conjunto, produce un efecto favorable por su ori-

ginalidad y su carácter peculiar. Los barrios excéntricos de Botafogo, Santa Teresa y Santa Ana, son verdaderamente encantadores. Apartándose de ellos, internándose en el dédalo de las calles centrales, el aspecto cambia por completo. Ellas suben y bajan, culebrean, se retuercen como una serpiente herida, se escalonan ó se cortan bruscamente formando encrucijadas caprichosas.

Era ya tiempo de partir. La bahía, rizada por un viento cálido, se dilataba llena de grandiosa majestad. Al ponernos en marcha, todos fijábamos la vista en la ciudad y el panorama de las altas montañas, mientras el hélice batía poderosamente la superficie tranquila del mar, y nos empujaba con rapidez á la soledad del Océano con sus eternas olas y su movimiento continuo.

El verdadero viaje de mar comienza al abandonar el Continente americano, poniendo la proa hacia Dakkar. Los días se suceden monótonos y pesados. Así, ¡con qué placer se pisa el suelo tórrido del Africa, y se hace la obligada visita al Rey negro, que en vez de ofrecer condecoraciones y presentarse rodeado de una pompa deslumbradora nos pide monedas de cobre, ni más ni menos que un mendigo de Toledo!

La entrada del Tajo me resarció, á los pocos dias, de todas las fatigas del viaje. Lisboa está situada pintorescamente al borde del gran río y extendida sobre colinas coronadas de molinos de viento que se destacan á la distancia. Había cuarentena y no pudimos bajar á tierra. Es un suplicio de Tántalo esa visión de una ciudad que se tiene á la mano,

que se abarca con la mirada, y que, sin embargo, nos está prohibida. Las cúpulas de los edificios principales se destacaban en una atmósfera tranquila. Los campanarios me hacían recordar aquel verso de Wordsworth de que habla Gautier:

Clochers silencieux montrant du doigt le ciel!...

El panorama no podía ser más encantador. La ciudad, edificada en anfiteatro, ofrece al primer golpe de vista un paisaje oriental, como Río de Janeiro. Las viejas torres en ruinas, los castillejos, los restos de algunos conventos antiguos que muestran sus esqueletos de piedra, los palacios majestuosos á la distancia, las magníficas casas que se escalonan y se levantan como los espectadores en las gradas de un circo, la vegetación pintoresca de los alrededores, todo

encantaba en el cuadro de la vieja Olisippo. Recordé con terror el terremoto que en el siglo pasado la redujo á cenizas. Terrible debió ser el cuadro de aquella ciudad convulsionada por el tremendo cataclismo. La tierra sacudida por una cólera oculta abismando los edificios seculares; las altas murallas desplomándose con estrépito; las torres, los campanarios, los bastiones, los monumentos rodando entre una nube de polvo; el mar, haciéndose cómplice de la catástrofe, levantándose iracundo y bañando la ribera hasta una altura prodigiosa, y, entre el lamento de un pueblo ahogado por el cataclismo como Lacoon por las serpientes marinas, las llamas del incendio viniendo de los cuatro puntos del horizonte con sus silbidos agudos y sus penachos rojos y humeantes; los escombros calcinados en la ho-

guera poderosa, el viento atizando su furia; los vivos sin tener tiempo de llorar á sus muertos, sintiéndose ahogados por el fuego; y en aquel semillero de cadáveres, aquella babel de ruinas, la ciudad semejante á una sangrienta hecatombe entrevista á través de las páginas de los Eddas!

Pude observar la célebre torre de Belem, que se eleva á una altura de cerca de 110 metros sobre un terreno fortificado que avanza en el Tajo. El arte más puro ha dejado impreso su sello en esta construcción erigida por el Rey Joao II. Sus ángulos están guarnecidos de torrecillas y las molduras de sus balcones son encantadoras.

A la salida de Lisboa se pasa entre dos fuertes que defienden la ciudad y se costea un magnífico faro. La vista tiene un amplio panorana en que espaciarse. A uno y otro lado

las riberas del Tajo presentan cuadros admirables. La agricultura las ha transformado en vergeles fértiles y deliciosos. Una sucesión de pueblecitos pintorescamente acurrucados al pie de las colinas, coronadas de molinos de viento que hacen mover sus aspas al soplo de las brisas marinas, se suceden sin interrupción; y, de cuando en cuando, en un horizonte lejano, sobre el pico abrupto de alguna montaña elevada, los escombros de un viejo castillo, que parece un centinela puesto allí por el pasado, nos recuerdan que esa tierra ha sido teatro de las invasiones que transformaron la faz de la España, y al sucumbir dejaron como señales de su paso hazañas y monumentos, una epopeya de piedra y una epopeya de gloria!...

No puedo expresar mi alegría al sentir calmarse paulatinamente el mar á la entrada del Garonne. Todo revelaba la presencia de un gran puerto. Las embarcaciones de alto bordo como las goletas ligeras, nos cruzaban á cada instante. A un lado se extendían playas arenosas y al otro elegantes villas, fábricas y *chateaux*. El paisaje era tranquilo y encantador. Nada aquí de la magnificencia tropical; pero una calma divina, un arreglo delicioso, una casita oculta entre los árboles, un brazo de río penetrando en la tierra sombreada por dos filas de altos álamos y una pequeña embarcación junto á la entrada. Poco á poco, la costa se iba poblando. A las chozas aisladas sucedían agrupaciones. A lo lejos, entre los macizos de los árboles, asomaba una que otra chimenea con su penacho humeante que se

desgranaba en la atmósfera. Se notaba la presencia de la vida, del trabajo y de la industria.

La oscuridad era espesa cuando nos detuvimos sin haber llegado todavía á Pauillac. Un vaporcito nos esperaba y fuimos los únicos que pudimos desembarcar. La noche era fría. El hélice batía el agua del Garonne con una regularidad nerviosa que hacía trepidar la pequeña embarcación. Subí al puente y las tinieblas eran impenetrables. Había fiesta en los pueblecitos de la costa, y, de cuando en cuando, una bomba describía un círculo de fuego en la atmósfera tenebrosa, y reventaba dejando caer puñados de luces de colores, como un sembrador que arroja la semilla sobre el surco entreabierto.

Paso á paso nos íbamos internando en el río. A uno y otro lado adi-

vinaba las fértiles riberas cubiertas de vegetación, pero la sombra no permitía descubrirlas. De tarde en tarde, se veía una masa oscura pegada á la costa con una luz temblorosa; eran los buques que descargaban. Entre las tinieblas se destacaba una que otra silueta de árbol que inclinaba ligeramente su copa al soplo de la brisa. Dieron las diez de la noche y todavía nos faltaba una hora de camino. El viento era cada vez más penetrante. Salíamos de la soledad del río, y nos internábamos en un dédalo de embarcaciones ancladas. Nos deslizábamos, como una serpiente, entre grandes cachalotes dormidos. De cuando en cuando, una voz se dejaba oir en la tiniebla: *Gare! Prenez garde! Hola!* Después todo callaba. Mis compañeros permanecían en la cabina. Yo solo afrontaba el frío con la vista clava-

da en el horizonte y queriendo sorprender antes que nadie la vista de la ciudad. Al levantar la mirada ví, allá en la distancia, una especie de corona de fuego, algo como el resplandor de un inmenso incendio sin humo, caldeando la atmósfera con sus llamaradas: aquel era el reflejo de Burdeos. La rapidez del vapor se iba haciendo paulatinamente menor, á medida que encontrábamos más navíos á nuestro paso. Nos detuvimos por fin junto á un buque anclado y pegado al malecón. Lo atravesamos, y nos encontramos en tierra.

A la mañana siguiente estaba en pié desde temprano recorriendo las calles de la ciudad. El primer edificio con que tropecé fué con el gran teatro, maravilla de comodidad y de buen gusto, que remonta al tiempo de Luis XVI y cuya masa soberbia,

al frente de una plaza hermosa, se destaca sin obstáculos á la vista del viajero. Al principio se diría un templo helénico transportado por encanto á la bella ciudad francesa. El peristilo está adornado con doce columnas de órden corintio, y el friso que lo corona tiene una balaustrada con otras tantas estatuas; sus otras fachadas presentan pilastras de las mismas dimensiones. En el centro de la ciudad me esperaban nuevas emociones. Ante todo, aquel soberbio puente arrojado sobre el Garona. Después, y á medida que penetraba en el dédalo de las calles antiguas, una que otra construcción de la edad media me detenía con interés. Desfilé así por delante de una puerta vetusta con almenas y torrecillas en forma de *poivrière*, lugares históricos y á los que se unen hechos que la posteridad ha recogido

Me detuve en la catedral. El arte gótico, soñado tantas veces después de haber leido *Notre-Dame de Paris*, aclamado en el fondo del alma al dejar á Gautier y pensar en las tormentas revolucionarias del romanticismo, me presentaba uno de sus monumentos, un poema de piedra que remonta al siglo XIII, lleno de majestad y de encanto. Las agujas que parecen querer horadar el cielo, son modelos de elegancia; me deleitaba en la contemplación de la fachada tallada como un encaje, de las puertas abovedadas y cubiertas por un mundo de figuras, de los pináculos elegantes y las molduras artísticas. Las vidrieras de colores, que descomponen los rayos solares con tanta dulzura y tanta poesía, pobladas de santos y de episodios de los Evangelios; los púlpitos tallados; las capillas y los cuadros, los sepulcros

en que las estatuas extendidas parecen cadáveres recien abandonados por el soplo de la vida y que acaban de cerrar los ojos después de haber pronunciado su última plegaria y haber recibido la unción sagrada; las naves inmensas, sostenidas por columnas corintias; el coro, y las imágenes, todo me despertaba ideas nuevas, recuerdos medio borrados, aspiraciones vagas de idealidad y de poesía. El Museo se mudaba en aquel momento y era imposible verlo. La casa de Montaigne, el palacio de Justicia, donde se halla la estatua de Montesquieu, fueron desfilando después á nuestra vista y nos detuvimos en el jardín público que es una verdadera delicia. Recordaba la exuberancia, y el despilfarro de savia, de color y de fuerza de la naturaleza tropical, pero pensaba con encanto en el arte de aquel pedazo

de tierra. La primera me parecía,—quizá con injusticia porque la naturaleza nunca es demasiado grande y esa grandeza la hace bella,—una especie de gladiador de anchas espaldas, cuello robusto y faz sanguinolenta, un Jean Taureau, capaz de abatir á un buey de un puñetazo, pero rústico y vulgar en la acción y la palabra; y esta otra se me figuraba un cortesano de Luis XIV, de movimientos graciosos, figura distinguida y cuerpo elegante, bajo cuya aparente debilidad duerme la energía oculta por la gracia.

Uno de los espectáculos más curiosos que se presencian en Burdeos, es el del *Caveau Saint Michel*, donde se encuentran hasta sesenta momias alineadas alrededor de la pared y en perfecto estado de conservación. La iglesia de San Miguel, construida en 1160 y también de estilo

gótico, tiene separado su campanario, célebre por los combates de que ha sido teatro y fortaleza durante las guerras intestinas. En la bóveda de esta torre se encuentran los cadáveres. El *cicerone* toma su pequeño farol y muestra el camino. Se baja en la sombra más impenetrable. El frio y la humedad se van haciendo insostenibles cuando se llega al interior. Allí el espectáculo es interesante y terrible. Los cadáveres, recostados á lo largo de las paredes, nos envuelven en un círculo fantástico. Las pieles están secas, cubiertas con la tierra de donde han sido levantados; y vénse completos sus miembros apergaminados y duros. Sus horribles fisonomías toman todas las expresiones, desde la mueca del sarcasmo hasta la contracción de la desesperación. Algunos llevan todavía pegados al

cuerpo restos de sus vestidos. Así, pueden verse en el pecho de un sacerdote un largo girón de sotana donde no falta un botón; en uno, un pedazo de camisa; y en otro, un trozo de encaje que cuelga como una lágrima, inmóvil y tétrico. Poco á poco, la imaginación se despierta y aquel círculo se anima. Se piensa que esos muertos han dormido siglos enteros en la tierra y que hay crueldad en haberlos arrancado del reposo para exponerlos desnudos, en el frio de aquella bóveda tenebrosa, á las miradas indiferentes. Se diría que algunos están cansados y se apoyan en la pared para sostenerse. Otros levantan una pierna de espectro, como si fueran á echar á andar de pronto y á subir la escalera buscando aire y luz. Aquellos cautivos de la muerte, son al mismo tiempo mártires de la vida. Les está vedado el

silencio de la tumba, ese *home* respetado en que la carne se disuelve en paz, en que no se tiene que luchar con la conservación, en que el cadáver tiene la libertad de la descomposición. Hay hasta una especie de sacrilegio en sorprender así á esos cuerpos. Algunos llevan todavía el sello de la última expresión. Se piensa que si sus músculos volvieran á perder el *rictus* formidable que los contrae, esa tensión terminaría en una blasfemia. Les falta hasta el pudor supremo de las mómias: las tiras impregnadas de perfumes que encierran al cuerpo en un estuche, la doble caja que lo oculta á las miradas profanas. Además de todo el horror de la muerte, tienen todo el horror de la desnudez. No han podido llegar á esqueletos cuando han sido sorprendidos, como un guerrero dormido por una banda de pira-

tas. Los habitantes de los hipogeos han hecho su *toilette* mortuoria; se preparan para subsistir; la nada es para ellos un combate; quieren imponer su forma, que debe pasar, á lo que es eterno; ya que la vida es corta quieren hacerse de la muerte una eternidad. Como un viajero noble lleva sus títulos en el bolsillo, ellos tienen también sus pasaportes de papirus. Pero estos pobres cuerpos estaban condenados y conformes con la descomposición. No querían dejar sus ruinas, esos escombros de lo que un día fué grande, y hoy es horrible, esos girones de la belleza, de la fuerza, de la actividad. La muerte los sorprendió vestidos y de pié en el combate: era una lucha franca que no deshonraba al vencido. La vida ha vuelto á arrancarlos de la sombra, de súbito y á traición, y ni siquiera les ha arrojado el pobre man-

to que en la Biblia cayó sobre la embriaguez del patriarca.

Desde lo alto de la torre de San Miguel se abarca á Burdeos de una ojeada. En todas estas grandes ciudades, debe siempre buscarse la altura para que la vista pueda cernirse libremente sobre el panorama grandioso. Se ve la agitación de la vida sin mezclarse á ella, se asiste al combate sin oir el silbido de las balas. Los carruajes corren, los hombres pasan apresuradamente, los navíos resbalan sobre el cristal del río, que parece una culebra dormida; pero ningún rumor nos llega, somos testigos de la muchedumbre sin ser cómplices de sus actos y sin seguir sus instintos. Aquel movimiento sin causa conocida, nos produce el mismo efecto que ver á un hombre mover rápidamente sus labios y no oir las palabras que articula. Las alturas

son, por eso, el lugar de la imparcialidad. Ver desarrollarse á nuestros piés un pueblo con sus pasiones, con su murmullo, con su vaiven, con su trabajo,—¿puede darse un cuadro más admirable? Recordaba le *Sommet de la Tour* de Theophile Gautier. La espiral de piedra horadando el vientre de la torre, nos lleva entre sombras y vacilaciones al imperio más grande y más soberbio de la luz. Aquellos tercetos, en que se pinta la ascensión fatigosa, me veníann á la memoria y los iba repitiendo á media voz con el acento jadeante de los grandes esfuerzos, y cuando ya el cansancio me rendía era para mí un consuelo recordar sus palabras:

Votre sueur se fige à votre front en nage:
L'air trop vif vous étouffe: allons, enfant, courage!
Vous êtes près des cieux; allons, un pas encor!

Aquella misma tarde resolví par-

tir para Paris. No tuve sino el tiempo preciso de llegar á la estación. El tren, arrebatado en el vértigo de la velocidad, muy pronto empezó á devorar el espacio. Túneles, puentes, campos y estaciones, todo pasaba á nuestro lado, todo quedaba atrás apenas lo apercibíamos, como las imágenes observadas al resplandor de un relámpago. Pasábamos entre un dédalo de viñedos. De cuando en cuando una aldea se ofrecía á nuestra mirada, oculta entre un macizo de árboles, una choza con sus instrumentos de labranza ó un viejo agricultor que regresaba á su habitación lentamente sin preocupaciones ni amarguras. Todos los demás edificios eran antiguos conocidos: Chateau Laffite, Chateau Leoville, etc., viejos amigos de nuestras alegrías, voces alegres en las comidas de amigos, ayu-

das en la soledad y sostenes en la inacción. Nada es más dulce para el viajero que encontrarse en ese mundo familiar. La imaginación se despierta, y mientras dura la luz crepuscular y el tren atraviesa los viñedos y los castillos desfilan con rapidez,—ella va poblando de seres fantásticos ese espacio solitario, y á los pocos instantes ve levantarse como una neblina, de los fosos, de los cercos y de los sembrados un ejército de botellas que estiran gravemente el cuello, nos hacen una reverencia al pasar ó siguen en una carrera desenfrenada al tren que corre rugiente, devorando los caminos como una serpiente gigantesca!...

¡Oh, mis primeros entusiasmos! ¡mis impresiones primeras!—¡Cómo

pintar mi orgullosa satisfacción, mi sed de observar aquel mundo nuevo; la avidez con que grababa en mi pensamiento los contornos fugitivos de los objetos que desfilaban á mi vista; la gloria de estar en el recinto donde se elevan el Louvre, Nôtre-Dame y la Gran Opera; donde el genio humano hace oir su última palabra en la ciencia, en el arte y en la política!

Nadie sabe lo que es este primer paso en el asfalto de Paris cuando no se tienen veinte años, se adora la poesía y el corazón se abre como una flor misteriosa y bendita al beso de todas las auras matinales. Era muy temprano todavía y Paris, como todos los calaveras, se levanta tarde. Los almacenes se abrían apresuradamente; los cafés hacían su *toilette* matinal; las sillas amontonadas en las aceras se alineaban en

torno. de las mesitas de mármol como comensales que van á tomar parte en un festín; los porteros salían con su delantal blanco y su gorro de terciopelo leyendo *Le Petit Journal*; los vendedores de diarios los distribuían en los kioscos; los ómnibus empezaban á llenarse de gente; los barrenderos se apresuraban á dejar libre el tránsito; las bombas de riego trazaban figuras caprichosas sobre el asfalto; los mozos de cordel se recostaban en las esquinas; escasos carruajes pasaban rápidamente, y los cocheros se desperezaban sobre sus pescantes con los chalecos rojos desabrochados y abiertos.

Al poner el pie sobre el *trottoir* parisiense, centro de tantos cuadros curiosos, testigo de tantos hechos de gloria, trono del *boulevardier*, esa raza, nueva en nuestra época, que

se aclimata desde la puerta Saint Denis hasta la plaza de la Concordia, que tiene un aspecto especial, un lenguaje propio compuesto de monosílabos y de salidas de pié de banco, que cita á cada paso á Mr. de la Palisse y á Mr. Prudhome, que caza al vuelo todas las frases que circulan en la atmósfera de Paris, que toma el agenjo á las cinco y forma una mezcla extraña, un espíritu compuesto de contrastes, pero donde predomina el amor al ridículo, á la broma y á la pirueta cómica, algo entre Gavroche y Voltaire,—tomé mis rumbos, eché á andar y á los pocos momentos me hallé de sopetón delante de la Gran Opera. Paris me presentaba al llegar, como queriendo gozar con mi aire de provinciano, su gran maravilla moderna. Mi estupefacción debió ser igual á la de un *bárbaro* de la antigüedad,

trasladado de pronto frente al Capitolio.

En el boulevard Haussman acudían á mi memoria los espirituales versos de Banville:

Tandis que dans le ciel le couchant s'allumait,
Un grand Ange aux tresses de flamme
Emporta le baron Haussman sur le sommet
D'une des tours de Nôtre-Dame...

Todo me encantaba en el boulevard: las largas filas de árboles, el piso soberbio, la majestad de sus edificios y de sus casas comerciales. A cada paso encontraba nuevos testimonios de amor al arte y á la belleza. Las pinturas vigorosas y resaltantes precedían á las antigüedades, á esas tiendas de *bric-à-brac* que me hacían recordar la primera escena de una de las más admirables novelas de Dickens, en que aparece la pobre Nelly en un escenario se-

mejante. Los muñecos chinos, con sus vientres enormes, su actitud meditabunda y sus ojos oblicuos, yacían en medio de una confusión de armas antiguas y modernas, desde la ballesta de la Edad Media hasta el kirguiz malayo y la navaja toledana. Una que otra armadura polvorienta y deslustrada se levantaba en un rincón, rígida y altiva, como si sintiera en su interior el cuerpo de un héroe y esperara los golpes de su adversario para mellarlos en su corteza de hierro. Más lejos, algunos vasos de Sèvres antiguos, entre una colección de alhajas de bronce, pescadas en el Sena, y algunos instrumentos de silex de la edad de piedra. En el fondo, de un claro oscuro de Rembrandt, algunas viejas telas en que se destacan los santos, como cadáveres recien amortajados, ó se retuerce algún mártir despeda-

zado por el dolor sobre el potro del suplicio. Al lado, una tapicería del siglo pasado, descolorida y deshilachada, pero guardando todavía huellas de su esplendor primero. Y entre aquella confusión y aquel desórden, algunos tomos de pergamino con su característico olor de libros viejos, abriéndose indolentemente en las manos de un curioso como bocas que bostezan. En el seno de estos almacenes originales, en cuyo fondo reinaba algún viejo usurero, algún Shilock francés no ménos temible que el de Venecia,—pasé algunas horas deliciosas.

Era al principio del verano, y confieso con humildad que lo único que se me ocurrió fué dirigirme al jardín de Plantas. En toda ciudad, busco con ansia el paseo. Amo la divagación y la soledad de las calles bordadas de árboles y de flores, para

dejar volar libremente el pensamiento. En el trayecto observaba detenidamente á Paris. Los boulevares forman algo como otra ciudad contenida en la primera. Cuando se sale de ellos, cuando se penetra en las calles puramente democráticas, por decirlo así, la ciudad presenta una nueva fisonomía llena de originalidad y de encanto. Al llegar al jardín, acudió á mi memoria un canto del *L'art d'être grand père*, tan cierto es que Paris está lleno del genio de sus grandes hombres y que donde quiera que se mire, se ve la sombra del talento como un convidado eterno á todas las fiestas del espíritu.

Después de reposar un instante bajo el fresco ramaje, me dirigí á Nôtre-Dame. Rendía culto á uno de mis dioses literarios y en recuerdo del monumento del espíritu quería conocer el monumento de grani-

to. Gerard de Nerval lo ha dicho hace muchos años:

Bien des hommes de tous les pays de la terre
Viendront pour contempler cette ruine austère,
Rèveurs, en relisant le livre de Victor...

Una impresión llena de recogimiento se apoderó de mi alma al penetrar bajo sus ruinosas bóvedas. Yo las había soñado después de leer el gran libro y sentía un poderoso anhelo de verme cubierto por sus piedras seculares. A mi paso se levantaba en tumulto la visión del pasado. Remontaba con el pensamiento á la vieja Lutecia, asistía al nacimiento del mónstruo que hoy nos asombra, veía luego levantarse lentamente á Nôtre-Dame entre todos los cataclismos de la historia, adelantando paso á paso, modificada y mutilada frecuentemente, hasta quedar en su forma definitiva. La

pintar mi orgullosa satisfacción, mi sed de observar aquel mundo nuevo; la avidez con que grababa en mi pensamiento los contornos fugitivos de los objetos que desfilaban á mi vista; la gloria de estar en el recinto donde se elevan el Louvre, Nôtre-Dame y la Gran Opera; donde el genio humano hace oir su última palabra en la ciencia, en el arte y en la política!

Nadie sabe lo que es este primer paso en el asfalto de Paris cuando no se tienen veinte años, se adora la poesía y el corazón se abre como una flor misteriosa y bendita al beso de todas las auras matinales. Era muy temprano todavía y Paris, como todos los calaveras, se levanta tarde. Los almacenes se abrían apresuradamente; los cafés hacían su *toilette* matinal; las sillas amontonadas en las aceras se alineaban en

torno. de las mesitas de mármol como comensales que van á tomar parte en un festín; los porteros salían con su delantal blanco y su gorro de terciopelo leyendo *Le Petit Journal*; los vendedores de diarios los distribuían en los kioscos; los ómnibus empezaban á llenarse de gente; los barrenderos se apresuraban á dejar libre el tránsito; las bombas de riego trazaban figuras caprichosas sobre el asfalto; los mozos de cordel se recostaban en las esquinas; escasos carruajes pasaban rápidamente, y los cocheros se desperezaban sobre sus pescantes con los chalecos rojos desabrochados y abiertos.

Al poner el pie sobre el *trottoir* parisiense, centro de tantos cuadros curiosos, testigo de tantos hechos de gloria, trono del *boulevardier*, esa raza, nueva en nuestra época, que

mónstruo formidable que defendía su único amor y su última esperanza! Después pensaba con horror en la agonía del arcediano. Las gargullas de piedra se levantaban á mi alrededor con sus patas de león y sus cabezas de buitre, con sus grandes ojos redondos y su expresión diabólica y terrible. A mis pies, sobre el átrio de Nôtre-Dame, circulaba la multitud como hormigas que cruzan una gran baldosa. Entonces, pensé, no en la obra, sino en el poeta, no en la iglesia, sino en la novela, y comprendí los versos de Vacquerie.

Para él como para mí:

Les tours de Nôtre-Dame étaient l'H de son nom!...

Paris se estudia como un libro; libro de múltiples fases, de variados

caracteres, donde se mezcla lo có-
mico á lo terrible, donde una sonrisa
esconde una lágrima, la fe lucha con
el escepticismo, la caridad triunfa y
la bacanal reina; libro en cuyas pá-
ginas inmensas parecen haber colabo-
rado el genio y la locura, la verdad
y el error, Pascal, Voltaire, Balzac y
Rabelais.

Las querellas de Paris nos intere-
san á todos; los laureles de Paris
nos honran á todos: *¡la gloire est
parisienne!* ¿Quién tendrá la preten-
sión de escudriñar sus secretos, de
internarse en el rodaje de esta má-
quina poderosa, de hacer jugar sus
más secretos resortes, y sus más
ocultos misterios? Un año de estu-
dio no basta para conocerlo. Su su-
perficie brillante, como las decora-
ciones teatrales, esconde el esqueleto
inmenso de los bastidores, esa se-
gunda capa donde se elabora el pen-

samiento gigante, ese oculto laboratorio de donde sale el elixir mágico, ese espeso râmaje donde se sorprende el sésamo inmortal. Podemos ver el rostro de Paris; pero sentimos su alma en el alma de sus genios. Desde lo alto de Nuestra Señora, con la imaginación exaltada por los recuerdos del pasado, las impresiones presentes y las dudas del porvenir, se puede espaciar libremente la mirada sobre aquel océano tumultuoso, aquel hervidero de pasiones y pensamientos, cuyo acento escucha el mundo con recogimiento y amor!

¡Qué cuadro se desarrolla entonces á nuestros ojos! A la derecha, á la izquierda, donde quiera que la vista alcanza, la presencia de la vida, del trabajo, de la actividad. Los edificios enormes parecen pequeños desde la altura y se desenvuelven, se confunden, se enredan, en una

sucesión interminable de calles, de pasajes y de encrucijadas; los techos angulosos se destacan bañados en una especie de bruma tenue; las chimeneas se levantan como mástiles de navío; el Sena corre como una cinta plateada en que se agrupan mil puntos negros; los puentes se dilatan á la distancia; y en el seno de aquel cáos, las agujas de las iglesias, las torres vetustas, las cúpulas gigantescas, los muros llenos de sombra, los palacios pesados, los monumentos severos, atraen la mirada con su imponente grandeza.

Agitándose en ese escenario, el pueblo que lucha y que trabaja, el arte que crea, la riqueza que pasa deslumbradora arrastrada en el opulento landeau, en el phaéton ligero ó en la elegante victoria, el vicio que duerme de día, como los buhos, para saliros al paso en la hora tene-

brosa de las tentaciones, la virtud que ruega y el placer que vuela de diversión en diversión y éxtasis en éxtasis.

Penetramos en ese mundo y todos los aspectos cambian: estamos familiarizados con él, lo conocemos sin haberlo visto, lo amamos sin poder defendernos de su influencia. A nuestro paso todo se anima, todo nos habla. Llegamos á la plaza de la Bastilla y el viejo Paris del 93 se levanta como una evocación, y lo vemos derribar el vetusto refugio del despotismo en una de esas tormentas que sublevan á los pueblos y que no tienen igual en ninguno de los cataclismos de la naturaleza; la columna Vendôme nos muestra de pie, dominando las naciones, el gran conquistador; el Arco de la Estrella nos recita sus batallas y sus victorias, sus generales y sus soldados,

el reguero de sangre que dejaba tras sus pasos y la inmortalidad que coronaba su frente; aquel parque silencioso y poético de Monceaux nos habla de los desórdenes de la Comune, nos recuerda las mujeres fusiladas en su seno; las Buttes Chaumont aún guardan en su cumbre más alta las sombras de los ahorcados en Montfaucon, todas las orgías de la barbarie ensañándose en la masa humilde de los oprimidos; en la plaza de la Concordia buscamos las manchas de la sangre de María Antonieta; la columna de Julio nos habla de los héroes de 1830; en todas partes hay un hecho que se levanta del pasado, una voz que nos conmueve, un recuerdo que nos despierta.

En los barrios elegantes se ven caras conocidas que pasan ó se sonríen: las hemos visto en la novela

ó en el teatro. Balzac nos la ha presentado en uno de esos solitarios banquetes de la imaginación en que hablamos con los genios, y los genios nos responden: aquella es Madame de Langeais, la otra es Madame de Mortsauf; aquel *dandy* es Félix de Vadeneusse, el de más allá es nuestro amigo Rastignac. Cuando vemos cruzar el lujo en su última expresión de ostentación y de esplendor, recordamos el palacio encantado de Fortunio. Por la mañana tropezamos con el buen Mr. Pipelet que toma el fresco y discute con sus vecinos. Cuando nos apartamos del tumulto, cuando nos internamos en el dédalo de las callejuelas de los arrabales, donde el obrero vegeta en la miseria, donde se incuba el pensamiento más secreto del criminal, recordamos aquel mundo original de Sué, que ha sido sustituido por el

mundo de Zola, el Chourineur que veía rojo en sus momentos de rabia, la Goualeuse que cantaba en los tabucos sórdidos y miserables; y en estos días Gervasia que engaña á su marido, Coupeau que huye de la miseria en la embriaguez, y por último, Mes-Bottes, Bibi-la-Grillade, Clemencia, Adela y Virginia, las heroínas del arroyo embrutecidas por la necesidad y corrompidas por el hambre. En las noches oscuras, cuando la imaginación se lanza en las más remotas esferas y la marcha centuplica la actividad cerebral, Nana nos espera en los rincones, nos hace señas cariñosas, pone sobre su rostro pintado su máscara más irresistible, nos toma por el brazo, nos atrae con súplicas y tentaciones. En esos centros de la alegría, en que el vicio se ostenta con amplia y peligrosa libertad, hay fisonomías can-

sadas y macilentas, ojos hundidos en las órbitas, frentes nubladas que nos hacen pensar en la última noche de Rolla. Sentados en la mesa de un café podemos escuchar á todas horas á Mr. Prudhomme, sus vistas sobre la política, su horror por la literatura, su desprecio por el arte, sus imbecilidades pomposas disfrazadas con el estilo de las sentencias de un profeta; sobre las piedras del boulevard á cada paso encontramos á Mayeux con su sonrisa cínica é insolente, sus quid-proquos de doble sentido y su eterna deformidad; en los círculos, en la bolsa, siempre harapiento, pero llevando su traje deshilachado como un manto de púrpura, nos habla Roberto Macario, desarrollando el plan de ganancias enloquecedoras; Bertrán está en todos los lacayos, y Fígaro en todos los peluqueros.

En el recinto de la misma ciudad,

por otra parte, podemos recorrer la humanidad entera y la historia del pasado. Penetramos en el Louvre y las antigüedades asirias nos salen al encuentro con sus colosos enormes de cuerpo de toro, sus bajos relieves de alabastro, sus ídolos informes, sus divinidades grotescas, sus trabajos de marfil. Luego el Egipto desfila con sus esculturas, bustos, sarcófagos, esfinges, monolitos y piedras conmemorativas, momias, escarabajos que llevan nombres reales, ídolos bifrontes, vasos fúnebres, manuscritos sobre papirus, instrumentos de bronce. Apartándonos de ese arte primitivo, he ahí la Grecia, el pueblo que ha hecho, como dice Goëthe, el sueño más bello de la vida; he ahí la diosa suprema, la Venus de Milo, la más completa creación del arte que quiere realizar la belleza! En las salas de pinturas,

se siguen, paso á paso, las formas, las escuelas, los ideales artísticos, y se asiste á su desarrollo progresivo. Pensamos en los orígenes del arte griego, en aquella Helena cuyo modelo sacó Zeuxis de las cinco mujeres más bellas de Crotona. Luego la introducción de la pintura en Italia, las decoraciones que se exhuman de Pompeya; y después de la decadencia que siguió á la invasión de los bárbaros, aquel espléndido renacimiento que arrojó al mundo á Cimabüé y su discípulo Giotto. Se llega al punto culminante de este arte con Giorgione, Miguel Angel, Ticiano, Leonardo de Vinci, Rafael, Veroneso y Correggio. La escuela flamenca nos muestra una imitación escrupulosa de la naturaleza y la realidad, unida á una expresión enérgica de los sentimientos de la religión y del hogar. Nos engolfamos

en los interiores de Teniers, de Brawer, de Van Ostade, tan originales en su manera, tan distintos de Rubens y de Rembrandt, modificados por la influencia italiana. Asistimos á la cuna del arte francés, á aquellos primeros balbuceos de Jean Cousin, Dubois y Fréminet, fundadores de la escuela francesa del renacimiento, y luego Poussin, Claude Lorrain, Lebrun, Jouvenet, Mignard, y Wateau y Rigaud, creadores de la pintura de género. Por último, la escuela española nos señala el vigor de su expresión y el golpe formidable de sus pinceles en esas telas que la posteridad admirará eternamente y que llevan los nombres de Zurbarán, Morales, Ribera, Velazquez y Murillo.

¿Deseamos apartarnos más del movimiento y penetrar de lleno en el recuerdo de las épocas desvaneci-

das? Ahí está el antiguo palacio de las Termas, que es el monumento más viejo de la vieja Lutecia, unido al palacio de Cluny, que presenta el aspecto pintoresco de las construcciones de la Edad Media, lleno de torrecillas, pináculos, botareles, con la fachada de piedra primorosamente esculpida y con puertas de cedro tallado. Allí tambien nos saldrá al paso la tradición histórica. Pasaremos por el cuarto de la reina Blanca, donde habitó María de Inglaterra, el duque de Guisa y el cardenal de Lorena. Luego, el museo nos ofrecerá sus riquezas interiores: esculturas de mármol, de madera y de piedra, marfiles, esmaltes, bronces y muebles antiguos, cuadros, vidrieras, porcelanas, tapicerías, cristales, alhajas, armas; desde los cerrojos del siglo XVII y XVIII hasta los objetos encontrados en el

Sena en los siglos XIV, XV y XVI; desde los altares de oro, las chimeneas antiguas y las telas bordadas, hasta las espadas venecianas, alemanas é italianas; los puñales, las misericordias, los cuchillos, los estiletos, los cascos, las ballestas, los arcabuces, los trombones y las pistolas de silex.

Así, Paris presenta para el extranjero á cada paso un nuevo espectáculo, un nuevo paisaje, un nuevo manantial de observación. El pueblo que circula en las calles por la mañana, es otro que el que circula por la tarde. El Paris de la Villete no tiene ningún punto de contacto con el Paris de los Campos Elíseos. De un lado está la miseria con todos sus horrores, de otro la riqueza con toda su ostentación. Los artistas viven con los artistas, los estudiantes con los estudiantes. El vi-

cio tiene sus calles, como la nobleza tiene las suyas. El *quartier Breda* está separado por un abismo del faubourg *Saint-Germain*. Pero entre tantos aspectos diversos, tantos cuadros originales, tantas creaciones nuevas, no hay nada más interesante que el aspecto de la multitud que circula, del pueblo de las barreras, del obrero que vive en el centro de la actividad y del trabajo; nada, en una palabra, más interesante que el Paris viejo, donde todavía no ha penetrado el soplo de las demoliciones.

En las fiestas, en los paseos, se ve á esa masa levantarse, no se sabe de dónde, y llenar las calles de la inmensa capital con sus ondas tumultuosas. De un paso, podemos pasar de todos los esplendores á todas las humildes diversiones de ese gran niño de mil cabezas que se llama el pueblo.

A sus anchas, libre y alegre, lo vemos gozar en las ferias. En una tienda de campaña un caballero, de frac y guante blanco, se hunde gravemente en la garganta una espada cortante; más allá un buzo se sumerge en el agua con escafandra y ejecuta toda clase de inverosímiles operaciones; los acróbatas hacen piruetas sobre las cuerdas ó atraviesan arcos encendidos. En los intermedios tiros al blanco, juegos de suerte, de fuerza ó agilidad. En un lado, una compañía de perros y monos sabios, vestidos como cortesanos de la época de Luis XIV, comiendo con esquisita finura, sirviendo á las damas caninas que tienen á su lado; después del banquete entran los convidados, entre otros Mad. de Pompadour, magnífica perra negra, que arrastra la cola con elegancia, y recibe los homenajes de la concurren-

cia. A la distancia, las montañas rusas giran como en un vértigo. Los teatros Guignol levantan el telón, y Polichinela combate con el gato, batalla homérica á garrotazos, donde siempre triunfa el maligno amigo de los niños. Se recuerda aquella escena de Dickens, aquella taberna de Jolly-Sandboys, adonde llegan todos los saltimbanquis que van á las carreras, con sus enanos, sus gigantes, sus fenómenos de tres cabezas y sus figuras de cera; ¡reunión indescriptible de descamisados que sólo podía ser pintada por el gran humorista inglés!

De la feria al boulevard hay un paso, y sin embargo los separa un mundo. Las tiendas derraman sobre las aceras torrentes de claridad; todos los kioskos están alumbrados por dentro; el asfalto brilla como si hubiera un incendio; los carruajes se

precipitan en bandas espesas, en escuadrones, en regimientos; no se oye más que el chasquido de los látigos, los gritos de los vendedores ambulantes, el rumor de las conversaciones; los cafés rebosan; las mesitas, agrupadas en la parte exterior, están todas ocupadas por una multitud que rie, que observa, bebe y habla confusamente; los mozos se multiplican para dar cumplimiento á todas las órdenes; resuena el choque de los platos, de las copas, los gritos imperantes del consumidor que llega, el ruido de las monedas con que paga el que se va; las trompetas de los ómnibus que pasan meciéndose, repletos de gente en la imperial; confusión continua, derroche de ruido, de movimiento y de luz, que al principio deslumbra y que acaba por aturdir.

Allí nos sentimos verdaderamen-

te en Paris. Ciudad femenina por excelencia, centro encantador de todas las bellezas, todos los adelantos y todas las sensaciones, nos acaricia y nos atrae, nos hace que la amemos como á una querida; tiene seducciones de coqueta y caricias de cortesana. En su seno la vida se multiplica, los nervios se excitan, la imaginación vuela de un objeto á otro objeto, y cuando salimos del recinto encantado de sus murallas, nos despedimos de ella con un largo suspiro. Nos parece que en Paris quedan la juventud, la vida y la alegría, y que vamos, como los desterrados á la Siberia, á hundirnos para siempre en el frío silencio de un invierno continuo.

Nada es más agradable para olvidar el tumulto y la agitación de

la vida de la gran capital que sus bellos alrededores. Bougival, Robinson, Versalles, atraen una multitud alegre y compacta que se renueva sin cesar. En el último, el alma se siente oprimida por un sentimiento de inexplicable tristeza. El magnífico palacio ha sido el mudo testigo de las bacanales de la aristocracia, de todo el libertinaje de los que se sienten omnipotentes en el poder. Versalles está mudo, cansado, abandonado por las turbas risueñas, por los eternos cortesanos, por las damas elegantes, por los juegos alegres. Sus bosques echan de menos el eco de tantas carcajadas y de tantos besos, el rumor de tantas canciones. El palacio es un sepulcro. En sus salas extensas, donde circulaba una corte dorada y siempre sedienta de placer, se agolpan los escaparates de un museo, los pálidos

vestigios de su grandeza, recogidos por la mano de los anticuarios y amontonados como las ruinas de un templo. Donde antes circulaban caravanas esplendorosas, hoy se derraman las turbas populares; donde antes brillaban el jubón y la espada, hoy cruza la blusa azul y la gorra del obrero. El palacio orgulloso siente el poder del pueblo; él que estaba acostumbrado á despreciarlo y á verle agolparse detrás de sus rejas doradas, pálido, hambriento, desencajado, oprimido por la miseria y por la tiranía. Cada bosque, cada fuente, cada pabellón, despierta un recuerdo, trae á la memoria un hecho de grandeza desvanecida. Ha pasado por todas las alternativas; ha visto cortes en que eran verdaderas reinas Mmes de La Vallière, de Montespan y de Fontanges; ha sentido el poder de Mme de Main-

tenon; ha visto después de la grandeza y la galantería el libertinaje; ha sido un tocador con la Pompadour y algo peor con la Du Barry; ha visto morir viejo, desalentado y miserable, como un jugador quebrado, al rey Sol, que lo llenó de tesoros; ha visto el libertinaje de la Regencia y los excesos de Luis XV, y ha asistido á la primer tormenta popular de la revolución francesa, en aquellos días del 5 y del 6 de Octubre en que sus patios eran invadidos por los harapos de los descamisados, por esa *grande populace* y esa *sainte canaille* que escuchó al fin el acento de la venganza. Hoy todo ha pasado: cortes, palacios, fuentes, fiestas, galanteos, orgías, luchas y banquetes. Sus calles están desiertas, sus salas silenciosas, sus bosques se balancean tristemente llorando su soledad. Los

Trianons se levantan como espectros abandonados. Las ruinas de la reyecía son tristes como los hipogeos. El *jardin du Roi*, las *bains d'Apollon*, la *bassin de Neptune*... nombres, recuerdos, cenizas.

Hace algunos años que un poeta predecía á Versalles su decadencia, diciéndole:

Et tu n'auras bientôt qu'un peuple d'statues!

La profecía se ha cumplido. Pero ese pueblo es más grande que el pueblo de las antiguas cortes de Luis XIV. Al penetrar en el antiguo patio del magnífico palacio, ese pueblo de mármol nos inspira veneración y respeto, porque en él se agrupan las sombras de los antiguos héroes, las siluetas grandiosas de Bayard, de Richelieu, de Turenne y de Condé!...

Otra visita obligada á los muertos queridos, es la del Père Lachaise. Un recogimiento silencioso se apoderó de mi alma al leer tantos nombres inmortales y contemplar los sepulcros que encierran sus despojos. Y, ante todo, sentí el corazón oprimido al encontrarme frente al túmulo de Musset. Hay simpatías misteriosas que ligan á los espíritus, al través del tiempo y la distancia, y yo siento un cariño de esta especie por el encantador genio del poeta. Lo amo, como si lo hubiera conocido. Sus menores acentos encuentran una repercusión dentro de mi alma, y sus dolencias morales me conmueven, como las de un hermano débil y enfermizo. Comprendo sus luchas y sus dolores, sus amarguras infinitas, y todas las alucinaciones de su espíritu flagelado por el sufrimiento. Por eso permanecía triste y abatido

Hassan; George Sand comunica el fuego de su alma á Consuelo; Balzac descorre el telón de la comedia humana y muestra desnudos á la vista de la multitud, esos corazones que nadie había interrogado y disecado hasta entonces como él; Barbier echa en la arena los yambos ardientes como las flechas incendiadoras de los indios; Gautier traza el *Albertus* entre un cuadro y una novela, desafía las iras del vulgo con su célebre chaleco rojo, en sus prefacios chispeantes escandaliza á sus contemporáneos pudorosos, y Gerard de Nerval sueña para morir ahorcado al despertar!

En la escena, Lemaître reina al lado de la Rachel y la Dorval; en el taller, Boulanger divide palmas con Delacroix; en todas partes, el arte es omnipotente; las obras brotan como chispas de una fragua; *Antony* se

une á *Chatterton* y *Roberto Macario* á *Hernani*; todos los contrastes se abrazan y se comprenden; todas las grandezas tienen cabida en todas las locuras! Los años han pasado y el carácter primitivo de aquella reforma se ha ido desvirtuando. Se ha abusado del color y de la línea, se ha caído en un arte materialista, preocupado solo de la forma. Los grandes nombres de Lamartine, Hugo y Musset, no encuentran reemplazantes. El viejo Hugo domina todavía la multitud, pero nadie empuñará su cetro cuando muera. Es un rey que se extingue sin descendencia. En el teatro se olvidan las piezas de carácter y se vuelve, con demasiada frecuencia, á la novedad, á la farsa obscena, á esas obras en que la intriga...

.....enroulée en feston
Tourne comme un rebus autour d'un mirliton!...

El Romanticismo ha sido destronado por el Naturalismo, por este arte sin ideal que como aquel mister Grandgrind de Dickens no pide más que *hechos*, *hechos* y *hechos!*... Goncourt y Daudet, los más grandes innovadores, tienen un genio verdadero. Alguien ha dicho al segundo que hace «literatura de miope» por el empeño con que anota los detalles y las cosas pequeñas. Es, en efecto, un observador delicado y un estilista admirable. Cuando se leen algunas páginas de *Jack* ó del *Nabab*, se recuerda á Dickens, sondeándolo todo con su vista penetrante y sagaz y retratándolo con una pluma que parece el pincel de un pintor de la escuela flamenca. Una personalidad singular les disputa el cetro: Emilio Zola. Un día, este hombre arrojó á la circulación el *Assommoir*, y Paris entero volvió la cabeza para

mirarlo. Encontró entonces un carácter enérgico, una decisión inquebrantable, una vanidad herida, un odio reconcentrado contra todos los que habían pasado junto á él sin decirse: ¡este es un genio! La crítica se levantó iracunda contra esa obra amarga. Pero la venta seguía, y Zola se dispuso á ir más léjos con un *Assommoir* de tocador: *Nana.* Su argumento, su estilo, sus personajes la hacen un verdadero producto de decadencia, una flor arraigada en los escombros y cuyas raíces se sostienen en el aire, medio corrompidas por la humedad. La lucha está todavía empeñada en Francia; pero la novedad y la audacia del innovador, van alistando en sus filas muchos espíritus débiles que se unen siempre al último que combate y que carecen de principios fijos para seguir una norma de conducta inalterable.

Si bien de otro género, no es menos grande el cambio que ha sufrido la poesía. Después de aquel vuelo inflamado, de aquel arte maravilloso en que el verso llegó al último tono del lirismo, el ideal poético se ha estrechado paulatinamente, se ha descendido hasta el oficio, y hoy se cincelan versos sin inspiración, pero pulidos como un camafeo. Es la escuela de Gautier, y de ella derivan en realidad todos los Parnasianos. La exageración de ese culto á la forma, de esa impersonalidad en la poesía, de esa verdad en la descripción, nos había dado *Les Fleurs du Mal* de Baudelaire. Pero ahora se ha ido más lejos. Leconte de Lisle se hunde en la más remota antigüedad, en la India, en plena barbarie y en plena cosmogonía. Pretende hacer revivir épocas muertas, civilizaciones fósiles y sen-

timientos cristalizados. No concibe ni acepta el espíritu cristiano en su poesía. Es pagano en la forma y en el fondo. Así ningún sentimiento moderno circula en sus páginas, y su lectura es difícil, cansada y fatigosa. No sentimos una sola palpitación íntima, un solo encanto al recorrer esos poemas, que ora parecen una pagoda india poblada de curiosas esculturas, de ídolos informes, de mónstruos misteriosos, ora un templo romano donde se amontonan confundidos todos los dioses de la Grecia y el Lacio. Leconte de Lisle, al mismo tiempo, forja el verso admirablemente; cuando sale del yunque parece una espada de la Edad Media, fuerte, majestuoso, consistente, templado y vigoroso. Abandona á Baghavat y á Çunaçepa para hacernos asistir al suplicio de Niobe, á las lecciones del centauro

Khiron, á los trabajos de Herakles, á la magnificencia de Helena. Se admira en todos estos poemas la erudición asombrosa del poeta, su paciencia sin ejemplo, su actividad sin descanso; pero se vuelve con inmenso placer á los viejos y queridos autores; se lee un fragmento del *Childe Harold*, un canto de *Les voix interieures*, ó el *Souvenir* de Musset.

El naturalismo ha encontrado adeptos que llevan su amor hasta la exageración; tales son Guy de Maupassant y Jean Richepin. Este último ha publicado un libro curioso, que durante mi permanencia en Paris es discutido por todo el mundo: *La Chanson des Gueux*. En él pinta la vida de los *va nu pieds*, de los descamisados, de los miserables, de los hambrientos de la ciudad y del campo, con colores verdaderos, reales, palpitantes, pero que

alguninas veces repugnan por su crudeza. No nos hace gracia de ninguna expresión, por fuerte que sea, de ningún cuadro, de ninguna palabra, ni aun aquellas que solo se ven en letras de molde en las páginas de los Diccionarios. Emplea el *argot* en algunas de sus composiciones. A través de las páginas de su libro, vemos verdaderamente al pueblo, y no el pueblo honrado que trabaja en el taller ó la fábrica y educa á su familia con dificultad, pero con honradez; sino los *gueux*, los vagabundos, los mendigos, la espuma de la cloaca, el héroe de la taberna, el candidato para una prisión ó un cadalso. Richepin hace gala de su amor á estos desheredados, y para pintarlos con fidelidad se cuenta entre ellos, toma con orgullo un puesto en esa picota y muestra sus llagas como si fueran cicatrices gloriosas.

Después, su pluma vigorosa pinta en los campos el viejo ciego que pide limosna, los niños abandonados que principian por tener hambre y concluyen por robar, la odísea del vagabundo, el nacimiento del miserable y el idilio atormentado de los pobres.

Dos poetas contemporáneos se distinguen y se destacan de la masa de versificadores que todo lo invade, Sully Prudhomme y François Coppée. Sully Prudhomme une á una forma delicada y artística, el pensamiento de un filósofo y la imaginación de un verdadero poeta. Tiene un canto á Musset que no desdeñaría firmar ningún poeta de nuestro tiempo. Es profundo, conciso y enérgico. Ha traducido el primer libro de Lucrecio con arte maravilloso.

La estrofa no es para él el molde

insulso en que se encierran banalidades armoniosas, sino el vaso artísticamente labrado que debe contener el pensamiento original y brillante. Ese joven poeta posee la madurez adquirida en las soledades de la reflexión y en las largas veladas estudiosas. Siempre íntimo, sicológico, reconcentrado y verdadero, lleva el arte á la perfección, y el vuelo de su espíritu adquiere proporciones colosales en esos poemas donde el verso palpita como el águila ansiosa de emprender el vuelo: *El Yugo*, *La Palabra*, *El Arte*, *A Alfredo de Musset.*

Coppée se ha limitado á un género en que es completamente original y no tiene predecesores. El poema, en efecto, tal como lo comprende y lo escribe Coppée, no tiene ningún punto de contacto con los *Cuentos de España é Italia* de Mus-

set, ni con aquellas obras maravillosas de Byron en que ha bebido tantas inspiraciones el cantor de *Rolla*. El poema de Copée es realista, sencillo, de una inaudita delicadeza de forma y de una verdad de detalles y de conjunto que asombran. Sus héroes están muy lejos de los héroes de la novela ó el drama. Son personajes comunes, con los que nos codeamos todos los días, algunos de ellos de una condición muy humilde, como *Le Petit Epicier*. En otros, toma un hecho trágico, una escena heróica, pero moderna siempre, y su lira encuentra acentos hondos é inspirados que llegan hasta el fondo del alma. Una de sus colecciones—*Promenades et intérieurs*—parece una serie de cuadros de Téniers y de Van Ostade, cuadros en que se pinta un detalle de la existencia vulgar, el viejo que vuelve por la tarde

á su choza, el perro que roe un hueso en la calle, la vendedora de violetas, la escuela llena de niños... En sus poemas, como en sus composiciones, predomina la cualidad descriptiva, pero los argumentos fuertemente dramáticos de algunos los hacen interesantes en extremo. Así, en la *Benediction* nos presenta la muerte de un sacerdote durante la guerra de España, en *l'Epave* el arranque generoso de un muchacho que recuerda la valentía de su padre y se lanza al mar á salvar un buque. Los últimos, *L'enfant de la Balle* y *La marchande de journaux* son poemas puramente parisienses, pero llevan hasta el último extremo este amor de la verdad, de que ya he hablado. Coppée y Sully Prudhomme, en suma, son los nombres que sobrenadarán cuando el olvido y la moda pasajera ha-

yan dejado caer las falsas reputaciones de un día, á esos abismos insondables de donde no se levanta jamás la mediocridad amortajada.

Todas las despedidas son amargas, pero ninguna como la despedida de Paris. La ciudad femenina nos ha entrelazado en sus cadenas, y el peso de esos hierros sólo se conoce cuando se quebrantan. Nos parece imposible respirar otra atmósfera que la capitosa del *boulevard*, vivir en otra situación que no sea la fiebre de los grandes placeres, la eterna novedad de los continuos cambios, voluptuosidad de cada instante de vida traduciéndose en un sueño de alucinado. Ahí quedan la juventud, las vírgenes locas, los amores de un día, las afecciones brotadas en una

noche, al calor de una botella de champagne. Todo retrata la efervescencia del chispeante licor. Tiene todo, como él, un gusto ligeramente picante que se os sube al cerebro y embriaga el corazón. Al salir, las impresiones reviven y nos detienen. Mil voces amigas brotan á nuestro paso. Encontramos con asombro que todos los monumentos, todos los cuadros que dejábamos pasar con indiferencia nos hablan y nos dicen: No partas! Volvemos á encontrar todo nuevo como el día primero de la llegada, mientras el carruaje corre rápidamente y un pensamiento medio criminal nos hace cosquillas en el oído susurrándonos misteriosamente: *¡Si perdieras el tren!...*

SEGUNDA PARTE.

RECUERDOS DE VENEZUELA.

A*way! ¡away!* Es la carrera de Mazzepa, es el desbocamiento de un mónstruo, que parece va á estrellarse en la oscuridad. El movimiento se acelera, el tren trepida, las ruedas al frotar en los rieles se diría que dejan dos rastros incandescentes. El viento frío de la noche nos azota el rostro. Desde el centro del wagón cae una luz temblorosa y enfermiza que pierde su fuerza atravesando una cortinilla roja. En un

rincón, hay una sombra que bosteza. En otro una cabeza inclinada que se siente ya medio desvanecida por los vapores del sueño. Entonces se adopta una posición cómoda, y, envueltos en la manta de viaje, los miembros se estiran voluptuosamente y la imaginación se lanza en el vacío. Miramos á un lado y vemos masas confusas de sombras, rasgadas por uno que otro relámpago de claridad. Los árboles del camino parecen una guardia de espectros que nos presenta las armas. Allí una charca se dibuja como una línea de plata empañada. Más lejos entramos rugiendo por un túnel y la humedad hiela los pulmones. Las estaciones se suceden. El tren parece tomar aliento para emprender de nuevo su carrera. Se oyen en el exterior ruídos confusos de viajeros que bajan y viajeros que suben. Las puertas re-

chinan, el silbido de la locomotora taladra los oídos, y henos de nuevo lanzados en la sombra como los héroes de una balada de Bürger.

Después de una noche de camino, llegamos á Saint-Nazaire. Es una población en esbozo, una informe agrupación de casas en que se destacan la estación y la aduana. El vapor esperaba con las calderas encendidas, y al poner el pie á bordo notamos sus detestables condiciones para la navegación. Nada más triste que esos primeros días, saliendo de Paris y en marcha hacia pueblos lejanos y desconocidos. Teníamos muy pocos datos sobre Venezuela y Colombia, y los pocos que añadieron algunos compañeros de viaje no eran muy halagadores. Uno de ellos me prestó el tomo de *Le tour du monde*, que contenía el viaje en Colombia de Mr. André, y después de

leerlo todas sus dificultades se me presentaron de golpe.

Al pasar el trópico, la fiesta del bautismo de la línea, preparada en honor del gobernador de la Martinica, que iba con nosotros, interrumpió la monotonía del viaje. Un contramaestre, en traje bizarro de Neptuno y con el título de Rey de los Trópicos, mandó saludar al capitan del vapor con un enorme pliego y le anunció las fiestas que le preparaba al entrar en sus dominios. Los marineros, con grandes pelucas de estopa, cubiertos de trajes abigarrados, hicieron una procesión grotesca que presenciamos con interés. El agua y la harina llovían por todas partes. Las trompetas rasgaban el aire con sonidos estridentes; pilotos y contramaestres adelantaban montados en fantásticos caballos humanos. Los grumetes, vestidos de mu-

jer, con los brazos al aire y un descote fuertemente pronunciado, se permitían toda clase de bromas marítimas; sobre las vergas se hacían disparos al aire, mientras en la cubierta se preparaba la pila bautismal compuesta de una enorme vela repleta de agua de mar. Uno por uno fueron cayendo en ella los bautizados, después de haber sido embadurnados de carbón y de haber sufrido el roce de una enorme navaja de barba, de madera. El entusiasmo no tuvo límites entonces. El agua caía sobre la harina, y nuestros trajes presentaban los aspectos más inesperados. Las carcajadas se mezclaban á los gritos; las víctimas perseguidas saltaban sobre los bancos, se escabullían entre las cuerdas, corrían en todas direcciones. La cubierta parecía una parodia de campo de batalla, lleno de armas y de

trofeos abandonados por los combatientes.

Pocos días más tarde pasamos frente á la Desirade, y á las pocas horas entramos en la bahía de Pointe-à-Pitre, en la Guadalupe. El espectáculo era nuevo é interesante. Las mulatas afluían con sus objetos de venta, y muy pronto nos vimos invadidos por una población chillona, que hablaba un francés criollo con la lengua pastosa, y circulaba por todas partes alegre y sin miramientos. Al bajar á tierra se descubren ante todo los malecones cómodos en que se amontonan las mercancías. Las calles son estrechas, bordadas de edificios de pobre apariencia, aunque algunos presentan un vago aspecto de riqueza. Me lancé á la descubierta á pesar del calor tórrido que cae de aquel cielo implacable como una lluvia de fue-

go, y muy pronto recorrí el centro de la población. Lo que más me llamó la atención fué el mercado, en que rebosaba una multitud hirviente, perpetuamente renovada, con sus pañuelos de colores vivos en la cabeza y sus vestidos con el talle debajo del brazo, de telas cubiertas de bordados originales. En las calles se notaba bastante movimiento.

En Basse Terre, capital de la Guadalupe y residencia del gobernador de la colonia, el espíritu europeo ha entrado con un poco más de vigor, y se observan algunos edificios de importancia que pertenecen á comerciantes extranjeros El aspecto del bajo pueblo es siempre el mismo; abundan los descendientes de raza africana, y se habla un *patois* insoportable, mezcla de criollo y de francés.

De la Guadalupe á la Martinica

no se emplea sino una noche de camino. A la mañana siguiente, pues, estábamos frente á Saint Pierre, la ciudad más importante de las Antillas francesas, centro del comercio y de la *high life* colonial, ligada por una línea de vapores pequeños con Fort de France, residencia del gobernador. En Saint Pierre el movimiento es grande, y durante las horas de trabajo se nota una actividad precursora de progreso. Los habitantes de la Martinica están orgullosos con su ciudad, y ella presenta, en efecto, un cuadro consolador cuando se sale del atraso de Pointe-à-Pitre ó se llega á Fort de France.

Después de una rápida detención nos pusimos en marcha para este punto, y una hora más tarde llegábamos al mejor puerto de la colonia. A uno de sus lados se levanta la masa imponente del fuerte Saint

Louis, al frente los malecones de la compañía con sus enormes pilas de carbón, y algunas casas de madera diseminadas en la ribera. La fiebre amarilla diezmaba la isla. No obstante, me apresuré á descender á tierra y un tilbury desarticulado, con un caballo de picador, me condujo en una carrera de sacudimientos inexorables hasta la plaza principal—la *Savane*,—en que se encuentran los hoteles. En el trayecto se atraviesa por una serie de callejuelas macadamisadas, á uno y otro de cuyos lados se levantan las casas de madera, de apariencia pobre y miserable.

El día era ardiente. Un sol encendido y violento caldeaba la atmósfera. Así nada venía mejor que aquella plaza bordada de árboles seculares y cubierta de césped verde y fresco, en uno de cuyos lados se levanta el fuerte, mientras que por el

otro se descubre el mar y llegan sin tropiezo las brisas refrescantes. En el centro se eleva la estatua de mármol de la emperatriz Josefina. Al frente, se extiende la población con sus calles rectas é iguales, limitada por un círculo de montañas de pequeña elevación, pero cubiertas de verdura.

Nada más original que el aspecto de la ciudad. Las casas son de madera, de dos pisos y uniformemente edificadas. Las persianas verdes que permiten la libre circulación del aire, los muebles de caña, las camas sin colchones, las hamacas, todo está perfectamente combinado para contrarestar los efectos de aquel clima tórrido. A la llegada del vapor todo se pone en movimiento. Los negros afluyen al embarcadero con sus más lujosos atavíos y llevando sus mercancías en la cabeza. Después, todo

aquel tumulto se derrama por la ciudad y se une al tumulto de los que desembarcan. Las mulatas llevan cubierta la cabeza por pañuelos de colores vivos, en que predomina el encarnado, con dos puntas salientes sobre la frente. Sus trajes largos y flotantes, con el talle debajo del brazo y la cola recogida en la cintura, ostentan una variedad infinita de matices chillones. Aquella alegre población trata con una familiaridad inaudita al extranjero. Todas las casas y todos los lechos están á su disposición. Las mulatas le arrojan sonrisas cariñosas al pasar, y detrás de las verdes persianas hay manos que hacen señas y voces que llaman. La Vénus negra tiene allí sus más fáciles altares. El vicio se ostenta sin velo, sin temores, al aire libre, con una audacia tan áspera que acaba por parecer inocente. Por lo demás, la

belleza escasea de una manera deplorable, aunque no es raro encontrar alguna mulata graciosa, con ojos lánguidos y dormidos, y dientes regulares y blancos como la leche.

Por la noche, pude asistir á una escena original que ha quedado fuertemente grabada en mi imaginación. Era una de esas noches de los países tropicales, cargada de las emanaciones capitosas de las plantas, iluminada por un cielo lleno de reverberaciones luminosas. Estábamos en un patio cubierto de árboles, junto á una fuente de agua corriente y cristalina que susurraba con dulzura al caer en la alberca, iluminada de reflejos prismáticos. Contemplaba la danza de las mulatas, que se inclinaban con movimientos voluptuosos y lánguidos. Sus cabezas descubiertas adquirían en la penumbra una expresión apasionada y enérgi-

ca; los pañuelos de su cuello flotaban desatados al aire libre; la cola de sus vestidos, sostenida por la mano derecha, batía el aire en todas direcciones; sus piés desnudos resbalaban sobre el piso, produciendo un sonido acompasado; sus cuerpos se cimbraban como palmas en todas las actitudes, unas veces como desmayadas por el placer y otras apresurando sus movimientos con una especie de fiebre delirante; los pechos jadeantes dejaban ver su piel matizada de tonos metálicos, y de las bocas entreabiertas se escapaban exclamaciones entrecortadas! Algunas compañeras, acurrucadas en el suelo, entonaban una canción de una melancolía infinita, que empezaba por estas palabras: *La neige tombe*... Era una fúnebre elegía al invierno, al bosque sin hojas, al nido sin canciones, á todos los desamparados que

buscan abrigo en la soledad de las noches heladas. Las palabras caían lentamente, lentamente como los blancos copos que van cubriendo el cuerpo de un mendigo, y la monotonía de su tristeza era rota á veces por un largo quejido, que terminaba en sollozos. Ahora, imaginad el contraste. Aquella noche plácida y deslumbrante, aquellos árboles cubiertos de flores, aquel baile desenfrenado y el dulce lamento de la canción subiendo al espacio con el agrio perfume de las plantas. Todos los recuerdos se despertaban, todas las imágenes adormecidas revivían al reclamo de aquellas notas desgarradoras, y la ronda fantástica que se arremolinaba en las tinieblas parecía responder á cada dulce verso de las estrofas, con los movimientos brutales de la carne que quiere triunfar!

Tres días después, al despuntar la mañana, se señalaba la línea azulada de la tierra venezolana en el confín del horizonte. Pronto llegamos al puerto de la Guayra, que es uno de los peores que hay en el mundo. Desde el mar, la ciudad, recostada en la falda de los montes, presentaba un aspecto elegante. Al descender, la impresión fué penosa y desagradable. Una temperatura de plomo caldeaba el aire, y la población encerrada entre los montes y el mar, edificada en los últimos contrafuertes de la montaña, parecía un horno incandescente. La Guayra, por otra parte, no posee ningún detalle interesante. Es una aldea ruinosa que se levanta á lo largo de la ribera, con una sola calle miserable, un depósito de las mercancías que tienen que pasar por la aduana establecida en aquel puerto, para ser enviadas á

Caracas. Las corrientes que se chocan en la rada de la Guayra hacen de aquel puerto uno de los más peligrosos y desamparados que puedan existir. Una marejada violenta reina durante la mayor parte del año, y hay momentos en que los buques tienen que esperar varios días para operar el desembarco de los pasajeros. Las casas de la Guayra presentan en general un aspecto sucio y miserable. La decadencia actual de aquel puerto, que ha tenido épocas de esplendor, se refleja en todos los detalles de la vida. Hay una fonda detestable, que sirve al mismo tiempo de estación de los coches que van hasta Caracas, algunos despachos de bebidas, muchos almacenes, y paremos de contar. La temperatura es horrorosa. El círculo de la sierra del Avila, que la estrecha de un lado, impide la libre circulación

del aire, y los rayos del sol caen á plomo sobre el puerto, que recibe al mismo tiempo la reverberación del agua del Océano. Ni un soplo agita las palmeras melancólicas que se elevan de tarde en tarde. La vegetación es pobre en la ribera. En las calles, en la aduana, en los muelles, se agrupa una multitud de negros bulliciosos, ayudando al desembarco, ofreciendo vehículos, con su acento especial cadencioso y chillón que es el que se nota en todo el bajo pueblo de Venezuela.

Para huir del calor de la Guayra, no hay más remedio que refugiarse en la aldea de Macuto, situada una legua más lejos, á la orilla del mar. El camino que conduce á aquel pueblo de baños, va costeando la playa y ensanchándose á medida que se aleja de la Guayra. Al llegar á Macuto, se aspiran brisas frescas, el

mar se mueve con rumores acompasados y la vegetación exuberante ofrece un abrigo delicioso á los rayos solares. Las casas son bajas y limpias, las calles rectas y anchas. En la playa del mar, se levanta un edificio de baños de una construcción moderna y agradable. En el centro del pueblecito un magnífico y extenso parque, cuidadosamente arreglado, presenta su imponente masa de verdura, y en sus alamedas solitarias y umbrosas se respira un aire perfumado y frío, que pasa suave como una caricia. Un río, que baja de la montaña, corre sobre rocas pulidas espumoso y murmurador. En una de sus orillas hay una nueva casa de baños, admirablemente construída, protegida por árboles seculares y con grandes albercas de agua corriente y cristalina que se renueva constantemente. Por la noche, nada hay más bello

que sentarse en la ribera del mar, bajo el cielo estrellado y luminoso, mientras la brisa arranca á las hojas estremecimientos espasmódicos, y las palmeras esbeltas se doblegan dulcemente sacudiendo sus verdes penachos! A la espalda se levanta la cadena de las montañas cubiertas de vegetación, y á cada paso se descubren sitios pintorescos y ocultos, gargantas misteriosas en que suspira un manantial, verdes glorietas naturales, silenciosas y discretas como un tocador. Todo tiene allí un aire de paz y de soledad que encanta. No se escucha el más leve ruído. Por la mañana los pescadores se lanzan al mar en sus canoas indígenas, y al medio día la vida parece suspendida en aquel pequeño rincón. He pasado deliciosos momentos en esas horas, vagando en el parque con un libro querido ó perdiéndome en las mon-

tañas á solas con aquella espléndida naturaleza, que ofrece á cada paso nuevos y maravillosos espectáculos.

El camino de la Guayra á Caracas se hacía en carruaje en la época de nuestra llegada á Venezuela. Al salir, se pasa por Maiquetía, aldea indígena rodeada de cocoteros. La senda se eleva suavemente en la cordillera, teniendo á la derecha el abismo y á la izquierda la montaña granítica en que ha sido necesario tallarla pacientemente. Un vehículo áspero, de resortes rebeldes que cuando ceden es para endurecerse de nuevo con mayor energía, tirado por tres caballos á quienes anima constantemente la voz del conductor, sube con esfuerzos colosales, unas veces hundiéndose en las huellas profundas y endurecidas, otras rozando la pared de la cordillera, al-

gunas pasando junto al borde del precipicio, cuyo fondo no se ve, oculto por la vegetación exuberante tropical. Los chasquidos del látigo se unen á las amenazas, á los ruegos y los insultos. Recuas de mulas pasan, marchando penosamente bajo sus cargas duras y exageradas. El silbido de los arrieros es repercutido por todos los ecos de la sierra. A las mulas suceden los carros, arrastrados con trabajo por bestias flacas y hambrientas que toman aliento á cada paso, y ascienden con valor las empinadas cuestas. De tarde en tarde, se encuentra alguna venta mezquina, donde descansan los arrieros y donde se vende el *guarapo*. A cada recodo del camino cambia el paisaje. Unas veces se marcha entre desfiladeros y nada interrumpe el silencio de la soledad, otras se descubren panoramas extensos, campos cultiva-

dos, cabañas pajizas ocultas entre los árboles, rebaños que apenas se ven á la distancia. Los cambios de temperatura son bruscos y violentos. En el fondo de los valles el aire caldeado oprime los pulmones y los rayos del sol caen á plomo sobre la frente: las chicharras dejan oir su monótono estribillo y la vegetación despide emanaciones acres y penetrantes. En las cumbres se aspiran ráfagas refrescantes, y á los piés se extiende el mar bañado en una especie de bruma tenue, como un inmenso escudo de plata chispeante. El movimiento es continuo, el coche sube y baja, la senda culebrea buscando los niveles más dulces, y después de tres horas de subida se llega á la posada de Guaracarumbo, á 711 metros de elevación sobre el nivel del mar. Después de cambiar caballos, se emprende nuevamente la marcha. Es

necesario despedirse del mar que queda á la espalda oculto por la muralla de granito. La ruta se puebla de más en más. A las ventas aisladas, suceden agrupaciones pequeñas. El crepúsculo avanza lentamente y la atmósfera se siente refrescada con soplos vivificantes. Las cumbres del occidente ostentan una línea rojiza que va perdiendo poco á poco su intensidad, y que acaba por diluirse en tonos violáceos y anaranjados. El cielo se corona de estrellas, y, en medio de las primeras sombras de la noche, las luces del camino parecen una procesión de luciérnagas titilantes. Pronto se descubre la ciudad desde lo alto de la barranca, y se penetra en los arrabales. Los caballos jadeantes se internan en las calles solitarias, haciendo resonar sus cascos en el empedrado; una que otra cabeza curiosa asoma á las ven-

tanas, y diez minutos después se llega á la puerta del hotel.

No hablaré de los primeros momentos de permanencia en Caracas. Nada hay más triste que la llegada á una ciudad nueva, á un suelo extraño y desconocido. Después, la imaginación va acostumbrándose, poco á poco, al espectáculo que nos rodea, y al cabo de un tiempo más ó menos largo la vida vuelve á correr apaciblemente sin luchas y sin fastidios.

El aspecto de Caracas no carece de originalidad. Extendida en un valle pintoresco, está resguardada de un lado por la sierra de Avila y ceñida por las graciosas curvas de dos ríos que pasan junto á ella: el Guayre y el Catuche. La vegetación del valle es espléndida y variada. Allí tuvieron su asiento las primeras poblaciones indígenas que resistieron á

las armas españolas, y allí cayeron uno á uno los jefes que defendían su territorio invadido.

Los primeros navegantes costearon á Venezuela hasta el lago de Maracaibo. Encontraron establecidas en él algunas aldeas de indios, edificadas sobre pilotes, lo que les hizo llamar al país «pequeña Venecia» ó Venezuela. Ocupada la península de Caracas en 1510, comenzó una lucha larga y sangrienta entre los españoles y los indios carácas ayudados por los téques. Sesenta años duró la conquista, hasta que en 1569 Diego de Losada fundó la capital con el nombre de ciudad de Santiago de León. Muchas y variadas alternativas señalaron la vida de la naciente aldea. Treinta años después fué entregada al saqueo por un filibustero inglés. En 1641 un temblor la destruyó en gran parte, y

en 1812 un nuevo sacudimiento subterráneo acabó de arruinarla casi por completo. Tuvo sus épocas de desgracia, pero más de una vez se vió coronada por la victoria. Los patriotas proclamaron en ella la independencia, y después de aquella época luctuosa que se llamó la «guerra á muerte,» vió entrar espada en mano á Bolivar que acababa de vencer á Izquierdo y á Monteverde, y que fué saludado con el nombre glorioso de Libertador.

Todos aquellos tiempos son de una grandeza incomparable. Las luchas se sucedían sin tregua, y la victoria batía sus alas sobre la frente de los patriotas. Los cortos años de la vida de Simón Bolivar son una epopeya continua, un poema de hazañas deslumbradoras. Rico, puso su fortuna al servicio de la libertad. Educado en su patria y en España, tes-

tigo de la revolucion francesa, se siente llamado á grandes destinos, se lanza al combate con genio y entusiasmo, da noventa y siete batallas, independiza cinco naciones. Todo escenario es pequeño para su talla. Durante treinta y seis años lucha sin descanso, y muere calumniado y desencantado, habiendo probado el fruto amargo de la ingratitud de los pueblos que redimió su espada.

Pocas naciones han sufrido más por causa de las disensiones internas que Venezuela. Después de la disolución de la Gran Colombia, en 1830, varios elementos predominaban allí. Había tendencias á constituir una especie de oligarquía militar, por parte de los numerosos jefes del ejército libertador que quedaban en pié. En Diciembre de aquel año, fué proclamada por el Congreso constituyente convocado por Paez,

después de haber rechazado la de Colombia, una Constitucion especial para Venezuela. Esta carta, eminentemente liberal, formaba contraste con el gobierno de Paez, cuyas tendencias de dominación y militarismo lo hicieron calificar de oligárquico. Durante su administración, tuvo lugar un levantamiento, encabezado por D. José Tadeo Monagas, y al terminar éste entró al poder D. José María Vargas. Una nueva revolución, vencida por Paez, puso en jaque su gobierno. Con la renuncia de Vargas, toma el mando el general Soublette, durante cuya administración tiene lugar un nuevo movimiento también vencido por el valiente jefe de los llaneros, que lo sustituyó. Su gobierno fué de paz y de adelanto, y al bajar de la presidencia subió á ella nuevamente el general Soublette. Su sucesor, José

Tadeo Monagas, vence en las elecciones á D. Antonio Leocadio Guzman, apoyado por los liberales, y esta derrota es causa de nuevos pronunciamientos, que terminan con la dispersión de los insurrectos, la toma de Guzman y su condenación á la pena capital, conmutada por el presidente en la de destierro perpetuo. Los liberales intentan entonces acusarlo; un golpe de Estado tiene lugar; Paez se subleva, es vencido y expulsado de Venezuela, y la situación da un completo cambio de frente. Vuelto Guzman, ejerce interinamente la presidencia y se la entrega á José Gregorio Monagas. Más tarde su hermano José Tadeo es reelegido y tiene que abdicar el mando. Un Congreso se reune en Valencia y proclama una Constitución unitaria. La oposición liberal entra nuevamente en el campo de la lucha

promoviendo una revolución, á cuyo frente se pone el general Falcón. Entonces se suceden nuevos combates é incesantes disturbios hasta 1863 en que, en virtud de un convenio entre el federalista Falcón y el unitarista Paez, se reune una Asamblea que nombra al primero presidente y al general Antonio Guzman Blanco vicepresidente. En 1864 tiene lugar una nueva Asamblea en Caracas, que dicta una Constitución federal. En 1867 estalla una revolución contra Falcón, que deja el mando al general Burzual. En 1870 el general Guzman Blanco, jefe de la revolución, toma á Caracas y queda árbitro de los destinos de Venezuela.

Como se ve por estos breves rasgos de la historia contemporánea de Venezuela, las revoluciones se sucedían con una rapidez vertiginosa. En los primeros tiempos, la espada

de Paez estaba constantemente en el combate. Un disturbio se encadenaba con otro, un motín de cuartel con una sublevación de Estado. Estaban, pues, cegadas las fuentes de la moral política y se necesitaba una mano de hierro y un carácter inflexible para encaminar aquella demagogia sistemática. Esa fué la obra del general Guzman Blanco, y su gloria eterna será la de haber reprimido el caudillaje, haciendo útiles reformas y manteniendo incólume la paz, base de todo engrandecimiento, tanto político como social.

El aspecto de todas estas ciudades americanas, donde todavía no ha penetrado el espíritu europeo, es uniforme y semejante: calles angostas, cortadas en ángulos rectos y

bordadas de edificios iguales y de un solo piso, pues la amenaza de los temblores no permite elevar más las construcciones. Los techos son de teja, y las fachadas pobres y desnudas. Al penetrar en las casas, el lujo y el *confort* que se nota en la mayor parte de ellas, producen una impresión doblemente agradable, por la mezquindad de las apariencias exteriores. En aquel clima dulce, y con la abundancia de las lluvias, los jardines son encantadores y la vegetación se despliega en todo el esplendor de su magnificencia. Hay patios que parecen un invernáculo, donde alternan las más extrañas plantas tropicales con todos los frutos de las zonas templadas. La ciudad está edificada en los declives de la montaña, entre dos barreras naturales que se extienden paralelamente, y al prolongarse forman un valle pinto-

resco, bañado por tres ríos que lo fertilizan y alegran. A la distancia, no llama la atención nada monumental. Del hacinamiento de las blancas habitaciones, se destacan las flechas de algunos campanarios, y una que otra esbelta palmera sacude á lo lejos sus flexibles ramas.

En el centro de la ciudad, se encuentra la plaza de Bolivar, con la estatua ecuestre del libertador. Es un bello monumento de bronce que representa al guerrero conteniendo con una mano un brioso corcel y extendiendo la otra como para saludar á la muchedumbre. Aquel es el paseo habitual de los caraqueños durante los jueves y los domingos. Una orquesta militar de instrumentos discordantes, hace piruetas musicales con gran acompañamiento de bombo y de platillos, mientras los paseantes circulan entre dos filas de

bordadas de edificios iguales y de un solo piso, pues la amenaza de los temblores no permite elevar más las construcciones. Los techos son de teja, y las fachadas pobres y desnudas. Al penetrar en las casas, el lujo y el *confort* que se nota en la mayor parte de ellas, producen una impresión doblemente agradable, por la mezquindad de las apariencias exteriores. En aquel clima dulce, y con la abundancia de las lluvias, los jardines son encantadores y la vegetación se despliega en todo el esplendor de su magnificencia. Hay patios que parecen un invernáculo, donde alternan las más extrañas plantas tropicales con todos los frutos de las zonas templadas. La ciudad está edificada en los declives de la montaña, entre dos barreras naturales que se extienden paralelamente, y al prolongarse forman un valle pinto-

resco, bañado por tres ríos que lo fertilizan y alegran. A la distancia, no llama la atención nada monumental. Del hacinamiento de las blancas habitaciones, se destacan las flechas de algunos campanarios, y una que otra esbelta palmera sacude á lo lejos sus flexibles ramas.

En el centro de la ciudad, se encuentra la plaza de Bolivar, con la estatua ecuestre del libertador. Es un bello monumento de bronce que representa al guerrero conteniendo con una mano un brioso corcel y extendiendo la otra como para saludar á la muchedumbre. Aquel es el paseo habitual de los caraqueños durante los jueves y los domingos. Una orquesta militar de instrumentos discordantes, hace piruetas musicales con gran acompañamiento de bombo y de platillos, mientras los paseantes circulan entre dos filas de

bordadas de edificios iguales y de un solo piso, pues la amenaza de los temblores no permite elevar más las construcciones. Los techos son de teja, y las fachadas pobres y desnudas. Al penetrar en las casas, el lujo y el *confort* que se nota en la mayor parte de ellas, producen una impresión doblemente agradable, por la mezquindad de las apariencias exteriores. En aquel clima dulce, y con la abundancia de las lluvias, los jardines son encantadores y la vegetación se despliega en todo el esplendor de su magnificencia. Hay patios que parecen un invernáculo, donde alternan las más extrañas plantas tropicales con todos los frutos de las zonas templadas. La ciudad está edificada en los declives de la montaña, entre dos barreras naturales que se extienden paralelamente, y al prolongarse forman un valle pinto-

resco, bañado por tres ríos que lo fertilizan y alegran. A la distancia, no llama la atención nada monumental. Del hacinamiento de las blancas habitaciones, se destacan las flechas de algunos campanarios, y una que otra esbelta palmera sacude á lo lejos sus flexibles ramas.

En el centro de la ciudad, se encuentra la plaza de Bolivar, con la estatua ecuestre del libertador. Es un bello monumento de bronce que representa al guerrero conteniendo con una mano un brioso corcel y extendiendo la otra como para saludar á la muchedumbre. Aquel es el paseo habitual de los caraqueños durante los jueves y los domingos. Una orquesta militar de instrumentos discordantes, hace piruetas musicales con gran acompañamiento de bombo y de platillos, mientras los paseantes circulan entre dos filas de

en un antiguo convento de franciscanos, junto con el museo y la biblioteca. Pocos objetos verdaderamente curiosos se encuentran en el primero. El más importante quizá es la bandera desplegada por Pizarro á su entrada en el Cuzco, y regalada por el general Sucre al libertador Bolivar. A pocos pasos de ella se encuentra el féretro en que se trasportaron los despojos de Bolivar, para conservarlos en el panteón nacional. La biblioteca está formada en su mayor parte con los libros tomados á los conventos.

Las iglesias presentan en general un aspecto pobre y desnudo. La catedral no tiene nada de particular, excepto un *plafond* recientemente pintado por Herrera, artista venezolano que ha hecho sus estudios en Roma. La iglesia de San Francisco es la más original de todas por sus

molduras doradas y esculpidas, y algunas tumbas de mármol encerradas en una especie de cripta. Aunque recientemente construida, la basílica de Ana Teresa es uno de los mejores monumentos de Caracas. La Candelaria, la Merced, San Mauricio y Nuestra Señora de Altagracia son iglesias menores y no tienen ningún detalle interesante que hacer notar. Hacia el lado de las montañas se encuentra el Panteón Nacional, cuyas torres blancas se destacan sobre el verde oscuro de la sierra. En el fondo de este edificio glorioso se admira la tumba de Bolivar, labrada en mármol blanco por el célebre artista italiano Tenerani. Es un monumento severo y elegante, al mismo tiempo, que representa al héroe de pié, en actitud natural y contemplativa. Dos figuras de mármol, parecen velar á su lado, como

imágenes gloriosas que arrullan y guardan su eterno sueño.

Contiene la siguiente inscripción:

SIMONIS BOLIVAR
CINERES
GRATA ATQUE MEMOR PATRIA
HIC
CONDIT HONORAT
AN MDCCCLII.

Alrededor del mausoleo se extienden las piedras sepulcrales, que llevan los nombres de sus compañeros de gloria, esos últimos restos de aquellas épocas luctuosas en que el tumulto de la acción arrastraba á las generaciones como un torrente indomable. Allí descansan el sueño eterno los bravos guerreros, los generosos campeones de la independencia. Deben dormir tranquilos, custodiados por el amor del pueblo

que dignificó su sacrificio, y acompañados, como en las antiguas batallas, por el jefe que los llevaba á la victoria. Él los domina todavía con su bella frente pensadora, con esa mirada audaz que parece tener la videncia del futuro, con esa suprema majestad del genio que presiente la apoteósis y se encuentra digno de su inmortalidad!

Caracas posee hermosos paseos, pero ninguno más bello ni más original que el llamado «Calvario.» Es un jardín cuyas calles suben en una pendiente dulce hasta una elevada meseta, que domina la ciudad. Ha sido formado en la montaña desnuda, y hoy presenta un aspecto encantador. Desde lo alto del Calvario se abraza en una ojeada el vasto panorama del valle de Caracas, sembrado de haciendas que se destacan como islotes de verdura, regado por

tres corrientes de agua cristalina, y extendiéndose hacia el Sur entre dos cadenas de montañas que decrecen insensiblemente á la distancia. Los pueblos de Sabana Grande, Antímano y El Valle detienen la mirada con las agrupaciones de sus casas blancas como palomas. Los campos cultivados se dilatan á pérdida de vista, y el Guayre culebrea entre largas filas de álamos elevados, como una gigantesca serpiente entre la hierba. A la izquierda, se eleva la imponente sierra del Avila, con dos rocas atrevidas cuyo aspecto original las ha hecho llamar la Silla. La senda que conduce á la Guayra se extiende al pie de la roca, con su procesión interminable de récuas fatigadas y sudorosas. Una atmósfera serena, un cielo de brillo metálico, caldeado por un sol implacable, se extiende sobre nuestras frentes; pero

en aquella altura, bajo el verde ramaje de los árboles frondosos, arrullados por el murmullo de las fuentes que bajan como hilos plateados besando el pie de las plantas sedientas, corren brisas refrescantes y hay ocultas glorietas donde se puede divagar teniendo por delante aquel escenario maravilloso.

Nada hay más bello que la naturaleza sorprendida así, en toda su magnífica desnudez, por el espíritu ávido de emociones sublimes. En su seno la imaginación se despierta, las pasiones pierden su fuerza corrosiva y letal, y una calma serena sucede á las tempestades del corazón herido por el sufrimiento. «Ella sola hace los grandes artistas,» decía Goëthe. Ella es la compañera inseparable de los amantes y de los desgraciados; y, una noche estrellada, una playa solitaria donde las olas se

rompen contra las rocas, uno de esos meteoros brillantes que dejan una huella incandescente en el espacio enlutado, dicen más al alma que sufre que todas las reflexiones de los filósofos y los poetas. Hay voces, hay suspiros, hay estallidos en todo lo que nos rodea. Una música invisible vibra al unísono de nuestras sensaciones, y nos sentimos arrullados por ella, como un niño enfermo por su madre amorosa. La vida que bulle á nuestro alrededor, que se manifiesta bajo mil formas diversas y toma mil variados caracteres, es una fuente de constante meditación para el espíritu. Todo nos aparta y nos eleva de las pequeñas miserias humanas; nos sentimos más libres y más fuertes, y aprendemos á encontrar en nosotros mismos, un mundo íntimo en que aislarnos sin temor!

Venezuela está dividida en tres grandes regiones geográficas, entre las cuales se encuentran repartidos los veinte Estados que forman la Unión. En la región montañosa, los centros civilizados no han alcanzado un desarrollo considerable, y su movimiento comercial es lento y dificultoso. La verdadera zona poblada, rica y productiva, se encuentra contenida entre el litoral y la cordillera; en ella se agrupan las ciudades más importantes, tales como Caracas, Valencia y Maracaibo, y los puertos de la Guayra, Puerto-Cabello, Cumaná y Carúpano. Un distinguido escritor hace notar en la vida económica de Venezuela un hecho muy curioso y digno de atención, y es la heterogeneidad de sus elementos de existencia; tan notable, que no hay entre la zona marítima y las interiores de la cordillera y de los llanos, sino

escasas semejanzas de costumbres y limitadas relaciones. En la primera, los terrenos están entregados al cultivo del café y del cacao, y casi no hay en ella ninguna agricultura alimenticia. En la zona montañosa, todo lo que se consume es producido por el país mismo; y, por último, en la región de los llanos la vida es fácil, pero miserable y primitiva: campos extensos y solitarios, bosques vírgenes donde viven pastores nómades de esa raza enérgica y de estructura férrea, que en su lucha constante contra los elementos, aprende á desafiar el peligro con intrepidez. «Hay—dice Humboldt—una grandeza y una profunda melancolía en el espectáculo de estas estepas... La mirada se acostumbra con dificultad á esos horizontes inmensos que no varían, recordando al espíritu, por su vasto espacio y

su calma profunda, el mar tropical. Aquí y allí, grandes palmeras despojadas de hojas, hacen el efecto de mástiles de navío, y completan la ilusión.»

Muy semejantes diferencias se notan en la vida social. Menos elegante y lujosa que en el litoral, en la cordillera es más pura y sencilla, y en cierto modo colonial. La población está mezclada, y hay en su seno negros é indios puros y mestizos, derivados del cruzamiento de las tres principales razas que formaban su base en la época de la independencia. El *pardo* en Venezuela participa de algunas de las calidades del negro africano, y estas calidades predominan en el moreno, el mulato y el cuarterón. El llanero tiene el amor salvaje de la independencia, y es valeroso, amigo del combate, de todo ejercicio de fuerza ó de habili-

dad, músico apasionado, jinete y lancero sin igual. En la parte del litoral, el espíritu europeo penetra, día por día, y el refinamiento de las costumbres se hace cada vez mayor. La vida social, por lo demás, es casi nula. Las revoluciones han empobrecido á los unos y han aislado á los otros; y aun en la era de calma por que atraviesa actualmente el país, hay temores y desconfianzas ocultas que impiden la unión de las familias. Algo análogo sucede con la vida política. No hay verdadera oposición, y el Gobierno encuentra indiferentes hasta sus mayores enemigos. La prensa se abstiene en general de discutir los actos del poder, y el pueblo no pide sino paz y tranquilidad.

La Constitución de Venezuela es liberal y sensata. En punto á ciudadanía ella la extiende á los «nacidos

ó que nazcan en cualquiera de las Repúblicas hispano-americanas ó en las Antillas españolas, siempre que hayan fijado su residencia en el territorio de la Unión y quieran ser venezolanos;» y conforme á otro artículo «no pierden este carácter los que fijen su domilio y adquieran nacionalidad en país extranjero.» En las diferencias ó cuestiones entre los Estados, estos deben someterse á la decisión del Congreso, á la del ejecutivo nacional ó alta corte federal, todos los cuales proceden como árbitros; y si por cualquier causa no designaren el árbitro á cuya autoridad se someten, lo quedan de hecho á la del Congreso. La extradición en materia criminal, según esa carta, debe consagrarse como principio en las constituciones de los Estados; pero no se extiende á las personas comprometidas en asuntos políticos.

La nación otorga un subsidio de 16.000 duros anuales á los Estados que no tienen minas en explotación; garantiza la inviolabilidad de la vida, dejando abolida la pena capital; la libertad del pensamiento expresado de palabra ó por medio de la prensa, y esta sin restricción alguna; la libertad del sufragio, «sin más restricción que la menor edad de diez y ocho años;» la seguridad individual y la igualdad. El período presidencial es de dos años, lo que entraña un peligro constante para la paz pública. El Poder ejecutivo se acerca más que el de ninguna otra República americana, al de la Confederación Suiza. En punto á religión, la Constitución de Venezuela se equipara con la de la República Argentina, si bien los textos de una y otra no se hallan redactados con las mismas palabras. «No son estos los

únicos puntos en que coinciden—dice el distinguido publicista D. Justo Arosemena—estas dos Constituciones aparentemente diversas; bien mirado, solo hay uno sustancial en que la Constitución Venezolana se aparta de la Argentina, y se identifica con el espíritu, no la letra de la colombiana, á saber, la intervención del Gobierno general en las contiendas domésticas de los Estados ó provincias, prohibida formalmente en la primera, mientras que se autoriza en la segunda en los mismos términos de la Constitución norte-americana.»

Si el desarrollo de las letras revela el mayor ó menor grado de adelanto de las sociedades, en América es bien difícil guiarse por este dato. En ninguna nación de nuestro continente hay una verdadera vida literaria. Faltan el estímulo y el apoyo popular. La literatura exige toda

clase de sacrificios de sus adeptos, y no les da, en cambio, ninguna ventaja positiva. Así, nadie se entrega á ella por completo, y las obras brotan aisladas, de tarde en tarde, sin hilación y sin orden, como frutos espontáneos que la pujanza de la savia fecundiza y mantiene. La literatura es un pasatiempo costoso, un lujo que no pueden permitirse los desheredados de la fortuna. Sobrán el talento, las aptitudes variadas, la facilidad inagotable; falta un campo de acción adecuado y extenso, un público protector é inteligente. En Venezuela, como en todas las demás Repúblicas americanas, se hacen sentir los efectos de este mal. No son, por eso, menos dignos de elogio, los esfuerzos de los que reaccionan contra él, y trabajan con fe y desinterés por levantar el nivel intelectual de su patria. Les falta, en su mayor parte,

el trabajo asiduo que engendra las obras duraderas; se cultiva demasiado la imaginación; se rinde un culto enfermizo á la estrofa insulsa que acaricia el oído con el timbre gastado de las palabras, sin despertar un eco en el corazón; pero tienen el instinto musical de la poesía, y muchos de ellos dan á sus versos una forma agradable y elegante.

En primera línea, se destaca don Andrés Bello, espíritu cultivado y meticuloso, hombre de estudios severos, lleno de virtud y de nobleza de carácter. Su reputación es inmensa en el continente americano. Pedagogo insigne, consagró á la enseñanza los últimos años de su vida, y ha dejado muchas obras eruditas que revelan mejor que nada sus vastos conocimientos y su labor incesante. D. Andrés Bello, sin embargo, está lejos de ser el gran poeta

que preconizan sus compatriotas y que algunos espíritus apasionados califican de príncipe de los líricos americanos; «no (como dice D. Miguel Antonio Caro en el entusiasta prólogo de sus obras poéticas) que se señale nuestro autor por la fecundidad de su vena ni por la profundidad de sus concepciones; no que sorprenda por el ímpetu de sus arranques ni por la alteza de sus vuelos.» Las cualidades que asombran á sus admiradores, son el aspecto de serena majestad, de pureza, corrección y decoro de su poesía, y por ellas lo colocan á la cabeza de nuestro Parnaso. Pero estas condiciones, dignas de un retórico apreciable, no son las que constituyen un poeta. Esa poesía trazada á la regla y al compás, podada como un árbol á quien no se permite el libre desarrollo de sus ramas; esa poesía

de perífrasis y circunvoluciones, que tiene que explicar sus frases con notas puestas al pie de la página— es cuando más un ejercicio de escolar que desarrolla el tema obligado, y nunca la expresión de un genio original y profundo. La *Oda á la agricultura de la zona tórrida*, en la que se pretende ver un modelo de elegancia y de belleza, es una inteligible y larga enumeración, que no se puede comprender sin ayuda de clave. Nada es más frío, más fastidioso, ni más anti-poético que ese confuso catálogo de plantas donde á cada paso hay que acudir á la nota explicativa, y que equipara á la poesía con las tablas de logaritmos. La pretendida perfección de la forma de esa obra no es menos falsa y exagerada, y consiste en un estiramiento insoportable que enreda la frase, le imprime

giros artificiales y violentos, trasposiciones forzadas y ampulosidades inaguantables. El caudal poético de Bello es de una pobreza franciscana. Sus composiciones originales, excepto una que otra fabulita graciosa, adolecen todas del mismo mal: les falta inspiración, brillo imaginativo, fuego y sinceridad. Escribe versos como una vieja devota hace crochet, volviendo á cada momento sobre sus pasos; deshaciendo las puntadas concluídas, con paciencia de miope y persistencia de anticuario. Ni un rayo de entusiasmo caldea sus estrofas peinadas y correctas; su musa es una buena señora que se calza los espejuelos y habla con mesura, pero sin sentir una sola palpitación íntima; con ese egoismo helado de los que no se mezclan á las luchas de la vida, con esa abstención de los débiles y los impotentes. Para ver la di-

ferencia que existe entre la frialdad de retórico de Bello, y el verdadero espíritu poético que canta la naturaleza, no hay sino comparar la *Oda* celebrada, con la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, de un compatriota del Sr. Caro. Aquí brilla la inspiración en todo el desarrollo de su fuerza. ¡Qué cuadros admirables, qué pinceladas maestras, qué tonos, unas veces dulces y sencillos, otras apasionados y enérgicos, cuando nos pinta los *pionners* que se internan en la selva primitiva, el golpe de los hierros en los troncos nudosos, las llamas del incendio devorando los árboles centenarios, y esos cuadros de una sencillez bíblica, que tienen por escenario un rancho humilde, y por personajes los héroes del trabajo, con la frente sudorosa y la mano encallecida por el mango del hacha reluciente! Bello ha hecho numero-

sas traducciones é imitaciones. En ellas ha dejado los mejores frutos de su musa, aunque estoy lejos de participar del entusiasmo de algunos críticos por estas obras imperfectas. *La oración por todos* puede considerarse como una imitación del original, que ha sido mutilado sin conciencia, y la mayor parte de cuyas bellezas han sido menospreciadas por el traductor. En esta poesía, sin embargo, debe elogiarse la perfección de la forma, lo que bien mirado no ofrece gran dificultad para un versificador paciente, cuando tiene por delante un original como la poesía francesa. En cuanto á las estrofas *A Olimpio*, á ese canto sublime de Víctor Hugo, que ha alcanzado en él á la cúspide de su inspiración, ellas han sido desfiguradas por el traductor. Más fielmente traducidas están *Las fantasmas*, que,

por otra parte, no es de las poesías más felices del maestro francés, y adolece de un romanticismo tétrico y exagerado, como lo han hecho notar varios críticos distinguidos. Bello ha traducido también fragmentos de *Los jardines* de Delille, de quien decía el espiritual Rivarol estas palabras, que también pueden aplicarse al poeta caraqueño: «En el poema de *Los jardines*, M. Delille, siempre ocupado en labrar una posición á cada uno de sus versos, no ha pensado en la fortuna de la obra completa.» En resumen, la obra poética de Bello está muy lejos de tener la importancia que se le atribuye. Detrás de cada uno de sus versos se ve la palmeta del clásico profesor, y si exceptuamos las traducciones, en que lo único suyo es la forma métrica, los demás cantos son obras de un retórico frío, y nun-

ca de un poeta de genio. Y, sobre todo, hay que eliminar del examen el poema *A la Vacuna*, composición tonta y mediocre, que se arrastra en los subsuelos de la más insípida vulgaridad, y que está inspirada por un espíritu de adulación rastrera, que la hace más deplorable todavía.

En otro género, Bello ha demostrado sólidos conocimientos y un espíritu estudioso y lleno de sensatez. Sus ensayos sobre gramática, sus estudios de Derecho Internacional, sus obras de restauración del *Poema del Cid*, son trabajos llenos de mérito y que colocan el nombre de su autor en un puesto bien distinguido entre los escritores sud-americanos. El sabio profesor despliega en ellos sus cualidades de reflexión y de análisis, y abre cáuce al vasto caudal de su saber científico. Su frase se-

vera, su estilo trabajado y pulido, son modelos de corrección y de buen gusto. Estas obras y algunos textos de menor importancia, ocuparon los últimos años de su residencia en Chile, donde murió en 1865.

Otro escritor, de iguales tendencias á las de Bello, ha llegado á adquirir una reputación muy grande entre sus compatriotas y en la madre patria, D. Rafael María Baralt. Su pluma se ha ejercitado en los más variados temas. Como poeta, su inspiración mediocre y la fría corrección de su estilo académico, lo hacen de difícil lectura. Su oda á Cristobal Colón, premiada en el Liceo de Madrid, es una verdadera poesía de certamen, puesta en el yunque con decisión y terminada con felicidad á gran refuerzo de adjetivos sonoros y agotando todos los recursos del lenguaje clásico para darle un

fuerte sabor de inspiración castiza. La *Historia de Venezuela*, aunque escrita en un estilo pesado y difícil, abunda en datos interesantes y es una obra de concienzuda investigación. Este académico convencido, ha escrito un *Diccionario de Galicismos*, en que agota á tal punto la materia, que despues de leerlo, nada parece castizo. Se ha apasionado del asunto de tal modo, ha cobrado tal antipatía á este enemigo imaginario, que ve el galicismo en todas partes, sueña con él, divaga á cada paso, y lo hace su *bête noire* implacable. Este Cabrión lo persigue, lo aturde, lo acosa sin cesar. Para huir de él, llega á los mayores refinamientos clásicos, y sus períodos se arrastran lentamente como un hombre que marcha en las tinieblas con los brazos extendidos y tropezando con los objetos. Fanático de la regla, pertenece

á esos espíritus débiles que erigen á la gramática en ley suprema de su vida, y luchan sin descanso por la mayor gloria del *qué galicado* y el *qué relativo*. Condenados perpetuamente al estudio de los detalles más nimios, su imaginación se encoge en esta labor infecunda, no comprenden lo grande del genio, y como Moratín, llenan de observaciones imbéciles el *Hamlet*. Disimulando estos defectos, Baralt ha sido un escritor distinguido y un periodista de verdaderas cualidades.

Venezuela posee actualmente un autor de sólidos conocimientos y digno del mayor encomio, D. Arístides Rojas. Su preparación para la carrera de las letras, es fuerte y paciente. Ha escrito numerosas obras, entre las cuales merecen citarse *El elemento vasco en Venezuela*, *Un libro en prosa*, *La península de Caracas* y

Humboltiana. Su estilo se distingue por la energía y concisión de la frase, unida á un vigor extraordinario de pensamiento. Desdeña las divagaciones fáciles, las sinfonías musicales sobre viejos temas. Piensa con originalidad y labra su prosa como un estatuario el bloque informe de donde sale la estatua. Es duro, á veces, pero de todos sus escritos se desprende ese misterioso efluvio del talento y de la ciencia, que es el único que funda y alimenta obras duraderas.

En otro estilo, se ha distinguido entre sus contemporáneos Don Eduardo Blanco. Es un novelista de mérito, original y fecundo. Su obra *Una noche en Ferrara* revela ya las cualidades que en el curso del tiempo, ha ido acentuando en sus demás escritos. Ha dado á la escena un drama, *Lionfort,* en que á pesar de

las dificultades con que se choca para producir trabajos de esa especie en países donde no hay una tradición dramática y donde falta público y escenario, se revela una gran disposición para aquel género tan desdeñado en América. El estilo de Blanco es fácil, elegante, lleno de elocuencia y sonoridad. Su *Venezuela Heróica* (cuadros históricos) ha tenido un éxito digno de mención, y ha hecho popular su nombre en la República. En ese libro refiere las grandes batallas de la independencia, con un vigor entusiasta que caldea sus palabras y las hace resplandecer. La Victoria, San Mateo, Las Queseras, Boyacá y Carabobo, son evocados por Blanco en las páginas de ese poema de gloria, donde el lirismo de la frase no flaquea jamás y donde cruzan los héroes legendarios de la independencia. Ese tono, exagera-

damente enfático, sin embargo, se hace á la larga pesado y dificultoso. Nada es menos natural que esos estilos febricientes, donde la palabra se hincha, como la rana de la fábula, y donde las expresiones superan á los hechos. Los adjetivos más retumbantes, pierden su fuerza y parecen pálidos y descoloridos. La tensión continua del espíritu desmaya y decrece paulatinamente, y el lector que empieza el capítulo con voz trémula é inflexiones teatrales, acaba por no oir en él sino el insípido redoble de las palabras que se atropellan y marchan en legiones, dejando detrás una nube de polvo y un ronco y monótono estruendo.

La poesía lírica ha sido cultivada con éxito por un poeta malogrado, muerto poco después de mi llegada á Venezuela, D. Francisco G. Pardo. Ha dejado impresos un tomo de

sus obras poéticas, que contiene algunas hermosas composiciones, y el primer canto de su poema *Indianas*, con el título de *Paramaconi*. Pardo tiene eminentes cualidades de poeta, pero adolece del general defecto de sus compatriotas: una ampulosidad exagerada que, en varios de sus cantos, pasa los límites de lo razonable. Desde temprano, sufrió los golpes de la fortuna, y ha dejado algunas composiciones inspiradas por un espíritu de melancolía, que hace correr por las estrofas más de una lágrima furtiva. Sus odas á *La gloria del libertador* y al *Poder de la idea* han sido premiadas en dos concursos literarios, y son dignas del mayor elogio. Sus versos son sonoros, consistentes y rotundos. Maneja el idioma poético con habilidad y ciencia profunda, y se ha ensayado en los temas más diversos con igual facili-

dad. *Angel caído*, *Trenos*, *Soledad*, *Ayer y hoy*, son joyas preciadas en la literatura americana, y colocan á su autor en la primera fila de los poetas de nuestro continente. *Paramaconi* es una leyenda indígena, que canta la muerte de este cacique y su prometida Caira, en la lucha contra los españoles. Este poema, primero de las *Indianas*, escrito en variedad de metros, está lleno de interes y contiene cuadros y descripciones admirables. Desgraciadamente, la muerte lo ha interrumpido bruscamente, robando á Venezuela uno de sus hijos más esclarecidos y el más grande de sus poetas líricos contemporáneos.

D. José M. Maitín nació en Puerto Cabello, pero vivió largo tiempo en la Habana. Hasta que conoció las obras de Zorrilla, según él mismo lo dice, no empezó á de-

dicarse á la poesía. Bajo los auspicios de la musa del maestro español, cuya escuela ha sido fatal á tantos principiantes en América y en España, ha dado demasiada amplitud á sus composiciones que son por lo general interminables, y en las que se nota de una manera desagradable la desproporción que existe entre el pensamiento y las palabras. Su poesía es armoniosa, pero hueca y artificial. Le falta en absoluto la concisión, que, como decía Hamlet, es el alma del espíritu. Los versos fluyen en tropel de su pluma fácil y corriente, pero algunos de ellos se diluyen en un mar de tinta, que les quita todo sabor personal é íntimo.

Otro venezolano, Heriberto García de Quevedo, ha sido amigo y admirador de Zorrilla. En colaboración escribieron juntos *Un cuento de amor*, *Pentópolis* y *María.* Este

autor se ha ensayado del mismo modo que en la poesía lírica, en la novela y en el drama. Fué también hombre político, y pasó en Paris y Madrid muchos años de su vida.

No habría espacio suficiente para esta ligera reseña si fuera á estudiar, uno por uno, todos los literatos de Venezuela. Me limitaré á citar, pues, á D. Eloy Escobar, anciano respetable y poeta distinguido, cuyos versos respiran dulzura y melancolía; Cecilio Acosta, muerto recientemente, médico notable y publicista renombrado; Diego Jugo Ramirez, que ha empezado hace poco su carrera literaria, y en quien se presienten dotes que, bien cultivadas, harán popular su nombre; Domingo Ramón Hernandez, espíritu delicado y ameno, original y gracioso, cuyas inspiraciones tienen todas un encanto indefinible; José Antonio Cal-

caño, que ha cultivado particularmente las musas y que pertenece á una familia distinguida en las letras y en la política, y es hermano del distinguido orador D. Eduardo Calcaño, redactor de *El Monitor* á mi llegada á Venezuela.

Otros escritores, no menos dignos de mención y de elogio, viven en el extranjero, y desde allí trabajan con entusiasmo por hacer brillar su nombre en la literatura: tales son Jacinto Gutiérrez Coll y J. A. Pérez Bonalde. El primero de ellos es autor de varios cantos notables, y el segundo ha unido á sus dotes de artista original, la rara cualidad de traductor excelente. Su versión del *Intermezzo lírico* de Heine es, sin disputa, la más fiel y más elegante que ha sido hecha en español, y supera en mucho á la francesa de Albert Mérat y León Valade.

Nada es más difícil, y se presta á más adulteraciones que la traducción en verso. En general, creo que debía proscribirse en absoluto, aun cuando genios, tan profundamente personales como Byron, se hayan ensayado en ella. La poesía es un resultado complejo de tantas condiciones diversas, de tantos matices que se armonizan entre sí, que es dificilísimo, si no imposible, verterla á otro idioma sin hacerle perder por completo sus cualidades distintivas, y aquellas que le dan un sello propio y firme. No conozco una sola traducción en verso que dé una idea fiel y exacta del original. La índole de los idiomas es variada, los recursos poéticos de los unos, distintos á los recursos poéticos de los otros, los ritmos, la rima, las formas,— hondamente diversas entre sí. Desafío al más hábil poeta francés á

que en una traducción del *Romancero del Cid* refleje el movimiento de los versos, el estilo rotundamente sonoro de aquellos octosílabos asonantados, sin disponer de otro instrumento que su lengua poética, que carece de la rima asonante. Conozco una concienzuda traducción del *Don Juan*, hecha por Adolfo Fauvel, en versos disilábicos, ritmo tan frecuentemente usado por Voltaire, Lafontaine y Parny, que goza de reputación en Francia y que ha merecido elogios de Sainte-Beuve y Julio Janin. Y sin embargo, á pesar de la habilidad asombrosa del autor, su trabajo sin descanso y el entusiasmo con que ha llevado á buen término su tarea, ella está bien lejos de traducir con fidelidad el poema de Byron con sus estallidos de *humour*, sus sátiras, sus alusiones y sus juegos de palabra, unidos á esos

vuelos líricos en que las estrofas se levantan al cielo como águilas vencedoras; así, tiene que valerse constantemente de equivalencias para no ser oscuro y difuso. Un eminente poeta contemporáneo español, don Marcelino Menéndez y Pelayo, se muestra apasionado por este género de trabajos, y algunas de sus traducciones son verdaderamente notables. Con todo, y á despecho de su genio poético, son muy superiores sus cantos originales á aquellos en que traslada los de autores extranjeros. No quiero citar, como ejemplo de traducción detestable, el *Hamlet*, vertido al español por Moratín. La gran tragedia del poeta inglés ha sido desfigurada á sabiendas y con premeditación por este traductor ignorante y audaz. Por lo demás, este género de traducción es más antiguo de lo que se cree,

y ya en Francia, en el siglo XVII, un traductor de Plauto se permitía escribir estas palabras inauditas: «No he omitido nada para vestir á este viejo cómico á la moda; entiendo á mi modo sus pensamientos...» y continuaba por el mismo tenor defendiendo su falsificación literaria. Otros han ido más lejos todavía, como Gresset, que se permite moralizar á su manera las églogas de Virgilio, retocando con castidad los cuadros escabrosos de la segunda, y sustituyendo una pastora al pastor del idilio. En cuanto á Delille, su estilo empalagoso ha diluido todas las bellezas de las *Geórgicas*, en un mar de palabras y de perífrasis. Desgraciadamente este género de traducción está muy esparcido en España, donde los traductores no vacilan en mutilar el original por respeto á las pretendidas buenas

costumbres. Es fácil citar muchos ejemplos, sin eliminar á un hombre de grandes cualidades, que ha dulcificado sin razón algunos pasajes de *Daphnis* y *Chloe*.

Estas libertades que se permiten frecuentemente los traductores y la dificultad inmensa de llevar á buen término un trabajo de esta especie, hace que se deba mirar con desconfianza á toda traducción, y justifican el refrán italiano. Ella debe ser una copia exacta, no solamente de la forma, sino que debe reproducir el sentimiento, el movimiento y todos los caracteres de la obra primitiva, así los que provienen del genio individual del autor, como los que provienen de la época, y el medio en que la obra ha sido producida. Desearía que los partidarios de las traducciones en verso me mostrasen una sola que reuna todas estas

condiciones. Hasta ahora no la he encontrado, y la busco con avidez. La traducción del *Intermezzo lírico* de Heine, hecha por Pérez Bonalde, es bastante exacta y tiene algunas estrofas de una admirable perfección, como aquella del pino solitario que sueña con una palmera distante. El ha comprendido con perspicacia de artista el genio ondulante del gran poeta alemán, y ha rendido todo el culto de su musa á esas estrofas enfermizamente divinas, llenas de lágrimas y de suspiros, suaves como la seda, y algunas veces amargas como la hiel. Una labor incesante se revela en toda la obra, y, según tengo entendido, el poeta se ocupa en estos momentos de traducir otras producciones de Heine. En cuanto á sus poesías originales, si bien carecen de una inspiración robusta y personal, son generalmen-

te mesuradas, correctas y agradables. El *Poema del Niágara* es su obra más importante, y tiene fragmentos de una magnífica entonación lírica. Por desgracia, el tema es un pretexto para hacer versos que poco ó nada tienen que ver con la soberbia catarata, y cuya inspiración flaquea algunas veces, haciendo su lectura bastante desigual. Pérez Bonalde es joven todavía, y su patria tiene derecho á esperar de él, obras que afiancen cada vez más su reputación literaria.

Como se ve por estas breves observaciones, Venezuela cuenta con un núcleo de hombres distinguidos en las ciencias, en las letras y en la política, numeroso y compacto. Allí, como en toda América, el arte está en la infancia, pero ya cuenta con pintores de verdadero talento, como Tovar y Tovar y Antonio Herrera,

que ha hecho sus estudios en Roma y cuyas disposiciones artísticas son notables. El plafond de la catedral de Caracas, un bautisterio pintado al fresco, y un cuadro que terminaba á mi salida de Caracas, representando los últimos momentos del Libertador, son obras que conservarán su nombre y que revelan el poder de su talento. Con grandes elementos de riqueza en su seno, conducida por el patriotismo y amparada por la paz, Venezuela marcha á la conquista del porvenir y se desarrolla y progresa constantemente. Seguimos con interés su marcha, y tenemos derecho á esperar, que será en el futuro la gran nación que hace presentir el pasado.

Después de año y medio de ausencia, he pasado un mes en Vene-

zuela. Puerto Cabello ha desfilado á mi vista con sus calles angostas y pobladas, extendidas graciosamente al pie de los montes, donde se agrupan las casas de San Esteban, en que la naturaleza parece haber agotado todos los recursos de su esplendor. He vuelto á ver el castillo Libertador, ó fuerte de San Felipe, antigua ciudadela española que avanza en el mar, como una amenaza constante; los anchos malecones, donde los navíos de más alto bordo se arriman sin temor; la alameda poblada de árboles frondosos, y besada por las olas del mar que mueren á sus piés con rumores acompasados.

¡Cuántos cambios en tan corto lapso de tiempo! Era en los días de los preparativos para las fiestas del centenario de Bolivar, y había una actividad inusitada. Por todas partes obreros, herramientas, máquinas

en movimiento. Al descender á la Guayra, una estación de ferrocarril á medio concluir. En vez del vehículo incómodo que nos trasporta entre sobresaltos hasta la capital, la línea férrea costeando los precipicios, atravesando las paredes seculares de granito en túneles gigantescos, dilatándose á través de la sierra como un lazo de hierro que la oprime y que vence su altivez. El paisaje es siempre el mismo: la montaña pintoresca, la garganta misteriosa, los valles cultivados, unas veces la cumbre, otras la hondonada, á un lado el abismo, allí la roca, á la espalda el mar, y sobre la frente el cielo siempre resplandeciente, bañando en luz aquel cuadro maravilloso. En la ciudad, el mismo entusiasmo y el mismo apresuramiento. La línea férrea rozaba sus muros, y me tocó la fortuna de descender á la Guayra

en el primer tren que hizo el trayecto completo, en marcha para Europa. Un sentimiento de inmensa alegría me dominaba al oir el silbato de la locomotora, allí donde antes solo turbaba la soledad el cencerro de las recuas fatigadas. Y mientras el tren devoraba la distancia y serpenteaba entre curvas atrevidas, ó al salir bruscamente de un túnel tenebroso, parecía correr á precipitarse en el abismo, y bruscamente cambiaba de dirección, dejando descubierto á la mirada un espectáculo variado á cada instante; me despedía con tristeza de aquella tierra hospitalaria que contemplaba quizás por última vez. Muy pronto me aparté de ella, y me encontré de nuevo en el mar, á solas con mis pensamientos y mis recuerdos.

TERCERA PARTE.

RECUERDOS DE COLOMBIA.



AS aventuras lejanas y los viajes difíciles, tienen para la juventud un atractivo sin igual. Todos hemos soñado con Robinson, y su abandono lleno de angustias, nos ha parecido el ideal de la existencia humana. Sentimos una aspiración indomable hacia lo desconocido, y, más de una vez, imitaríamos á Simbad, emprendiendo una nueva excursión después de todas las alternativas de las anteriores. Una inquietud perpetua do-

mina á ciertas organizaciones sensibles; tienen la nostalgia de lo oscuro, la necesidad de probar emociones nuevas, y se lanzan valerosas tras otros horizontes. Ningunos más gratos que aquellos días en que surcan mares apacibles, ó ascienden la cumbre de montes escarpados! ¡Allí están la soledad, la meditación, la libre franqueza del alma á solas consigo misma; allí se oye la voz de la naturaleza disfrazada y envilecida en la sociedad! Honda felicidad la de vivir, soñar, divagar sin trabas y sin testigos, teniendo por delante un espectáculo espléndido, cuando el corazón necesita reposo y la vida nos aturde con el rumor de sus olas hirvientes!

Y, dígase lo que se quiera, solo en una de estas peregrinaciones escabrosas, se goza de todas las peripecias de un viaje. La civilización

ha implantado por todas partes sus adelantos, y las líneas férreas ciñen al mundo como las ballenas de un corsé gigantesco. La silla de posta há sido destronada por el ferrocarril; las escaleras son inútiles desde que existen ascensores. Nada más sencillo que recorrer una gran parte del globo, empaquetados en un wagón que nos sirve de cárcel, atravesando como un relámpago villas, ciudades, naciones; cambiando cada cuarenta y ocho horas de idioma, leyes y costumbres, para llegar, jadeantes y deslumbrados, al término de nuestra carrera. No necesitamos mirar el camino; sería inútil, pues la velocidad no permite distinguirlo.

Además, llevamos la *Guía* en el bolsillo, y ella nos pinta lo que no vemos, y nos explica lo que debemos ver. Nada de incomodarse para comer y dormir. Hay salones donde

á hora fija se nos prepara un lecho angosto como un féretro, y mozos que nos presentan un *menú* confortable y bien provisto. Si nieva, tenemos caloríferos á nuestra disposición. Si llueve, el agua no nos toca. Se marcha en amena compañía, departiendo amigablemente con otros peregrinos de la misma especie, leyendo la última novela á la moda, hojeando álbums entretenidos; pero, os lo pregunto con franqueza, ¿es esto realmente viajar?

No lo piensa así, con seguridad, el que marcha á la capital de Colombia. Al remontar el río Magdalena, una atmósfera de fuego caldea los pulmones. Se marcha en una enorme jaula abierta á todos los vientos, movida por una máquina poderosa, entre el fuego de la caldera y el fuego del cielo. A la hora de comer, se amontonan una serie de platos fan-

tásticos sobre una mesa cuyo mantel no se renueva durante todo el viaje, y se devoran convenientemente frios los manjares mefistofélicos preparados por algún pariente cercano de las brujas de Macbeth. A la hora de dormir, se extienden los catres al aire libre y se arman los mosquiteros; el vapor se detiene, pues la navegación se hace peligrosa durante la noche, y una nube de insectos agresivos se deja caer sobre el viajero indefenso. Aquellos invisibles enemigos despliegan una táctica prusiana, y nos envuelven en una red de emboscadas traidoras que nadie puede evitar, por hábil que sea en maniobras militares. En la orilla del rio, los caimanes nos esperan con sus grandes bocas abiertas, pacientes pero ansiosos, y el baño se hace imposible. Al terminar la navegación, en vez del ferrocarril pro-

sáico, nos espera una mula atrabiliaria para ascender las cuestas de las montañas. Las cumbres están cubiertas de nubes, y es necesario precaverse de las tormentas. Hénos, pues, cubiertos con un sombrero de paja semejante al obelisco de la plaza de la Concordia, que en el idioma del país se llama *suaza*, con una manta impermeable que tiene una abertura central por la que se pasa la cabeza, y que se denomina *ruana*, con unos anchos calzones de cuero ó de cautchuc, conocidos con el nombre de *zamarros*. Un indígena á pié nos acompaña en el camino. Las pendientes son ásperas y difíciles. El agua cae unas veces á torrentes, y otras el sol derrite sus rayos de plomo fundido sobre nuestras pobres cabezas. La mula ética y precavida avanza paso á paso, á pesar de las puñaladas de la espuela,

aguda como la vara del picador; el paisaje es adorable, pero las venas hinchadas, la monotonía de la marcha, el cansancio no permiten gozar de sus encantos. Después de una jornada de diez horas, se llega á una posada miserable, se engulle un pedazo de plátano frito ó de yuca cocida, y se duerme en medio de una sociedad heterogénea y pintoresca. Durante tres días, desde el valle á la cumbre y desde la cumbre al valle, se sigue sin descanso, costeando abismos profundos y desfiladeros rocallosos, hasta subir cerca de tres mil metros sobre el nivel del mar. Una especie de silla de posta desvencijada y pretenciosa, nos espera como un instrumento de suplicio preparado de antemano. En marcha nuevamente, y adelante! Los resortes chillan, las ruedas vacilan, la caja tiembla como un atacado del mal

de San Vito, una nube de polvo nos ciega y nos alimenta durante las ocho horas mortales del camino. Al fin, después de tanta peripecia, se siente un empedrado irregular y deshecho, y entramos en la capital, al compás de los ladridos de los perros vigilantes que asoman las narices á las puertas entornadas, y ven pasar con asombro aquella especie de coche fantasma. Podemos respirar con alegría, ¡estamos en Bogotá!...

Pues bien, y aunque peque de extravagante, confieso que esto me encanta, y que solo así comprendo los placeres del turista. A cada paso, una sensación nueva ó un espectáculo original nos detiene y nos asombra. No somos mercancías empaquetadas que marchan á su destino sin voluntad propia. Tenemos una estación donde quiera que

se nos ocurra edificarla. Si un paisaje nos agrada, ¡pronto! un tirón á la rienda y gozamos de él hasta saciarnos. ¿El sol cae implacable y ardoroso?—hé ahí un árbol á cuya sombra se puede reposar libremente. Las orillas del camino están bordadas de plantas frescas y lozanas, y los manantiales bullen por todas partes. Se puede divagar, gritar, recitar versos en voz alta, apostrofar á los mudos espectadores de la senda; se comprenden la naturaleza y la soledad, la libertad y la fuerza; no hay una sola pareja de guardia civil, y, sin embargo, se duerme al aire libre sin temor y sin cuidado; y en el seno de aquella naturaleza es donde el hombre se siente verdaderamente hombre, sin señores hereditarios que lo dominen, ni privilegios caducos que degraden la santa majestad de su independencia!...

Hé aquí de qué manera he hecho el viaje cuyos recuerdos voy á escribir.

Al pisar el territorio de Colombia, se experimenta una sensación desagradable. El vapor fondea á una distancia enorme de la tierra, y un remolcador asmático nos conduce hasta la agrupación miserable de chozas, que se llama Sabanilla. El tren espera jadeante. El sol es implacable, y nos apresuramos á tomar un puesto en los wagones caldeados. Al salir, se atraviesan algunos arenales y más tarde la vegetación principia á cobrar fuerzas. Se me señaló el célebre manzanillo, el árbol tan manoseado por los poetas, cuya sombra ha sido calumniada tantas veces en odas y en elegías, y al pié de cuyo tronco Meyerbeer hace ex-

halar sus últimas quejas á la Africana. Existe en profusión en aquellos lugares, aunque las personas entendidas pretenden que está muy lejos de ser tan malévolo como se cree por la generalidad.

La línea férrea termina en Barranquilla, pueblo situado á orillas del rio Magdalena, y puerto de los vapores que navegan en él. Una espesa capa de arena cubre las calles sin pavimento. Hay algunos edificios de material, pero abundan las casas de techo de paja, que dan á aquella gran aldea un aspecto de villorrio indígena. El sol calienta el piso hasta tal grado, que es imposible marchar por él á pié, y en tal caso se hace uso de unos birlochos estridentes que corren produciendo un chirrido particular. No hay nada que merezca detener la atención del viajero. El elemento extranjero ha acudido

con bastante profusión á aquel centro comercial, pero solamente como á un lugar de destierro, para hacer fortuna lo más pronto que sea posible, y olvidarlo en seguida.

Después de una detención de pocos días, comenzó para mí la verdadera epopeya de la marcha. Los vapores del Magdalena tienen una forma especial. Parecen una enorme armazón de tres pisos abierta á todos los vientos; en el inferior se encuentran la máquina, la carga, la leña y la tripulación; en el segundo se come y se duerme, al aire libre, y hay dos ó tres camarotes para señoras; en el superior, están las casillas del práctico y del timonel. Los vapores carecen de quilla, pues la poca profundidad del río no permite un calado que pase de tres piés, y muchas veces aun los que no llegan á ese máximun quedan varados en

alguna costa solitaria, esperando crecientes que suelen hacerse esperar diez, quince días y hasta un mes. Al salir de Barranquilla, el viajero se provee de un aparato de tul, llamado *toldillo*, que se extiende por la noche, y sirve de mosquitero; de una almohada para reclinar la cabeza y de una estera dè junco que se denomina *petate*, y encima de la cual se duerme.

La vida de abordo no es de las más amenas, pero no carece de originalidad: á las cinco de la mañana, todo el mundo en pie, *toilette* al aire libre, en una deplorable fraternidad con los compañeros de viaje; la caldera del vapor se enciende y gruñe, y, al fin, se emprende la marcha. A las ocho ó nueve de la mañana, con todos los honores debidos á su rango y edad, se extrae de algún armario cabalístico, un

eterno mantel de matices variados, tieso como la casulla de un abad, y se tiende la mesa; el plátano frito, la yuca cocida, el agua caliente de abordo van alineándose paso á paso como reclutas, los platos se colocan cuidadosamente, y consisten en algunos pedazos de carne negra y dura como balas Armstrong, nadando en un mar de salsa amarilla y condimentada á puñados, unos grandes trozos de pan de la época terciaria, y algunas chuletas contemporáneas del *mammouth* primitivo. Una vez convenientemente fríos, estos manjares son entregados á la voracidad de los viajeros. Los camareros, sudorosos y en mangas de camisa, con alpargatas y pantalón remangado, van pasando, uno por uno, delante de las víctimas estos instrumentos de suplicio. Los nacionales están habituados, sin embargo, á estos festi-

nes, y generalmente no les hacen remilgos. Unas cuantas paladas de arroz, una chuleta grasienta, plátano en abundancia y algunas rebanadas de yuca, todo en un solo plato, y engullido á galope—y los tenéis contentos y felices. En cuanto á nosotros, nos contentamos con contemplar aquella voracidad con suspiros envidiosos. Al mediodía, grandes cacharros con *agua de panela* (especie de azúcar negra, residuo que queda en la fabricación de esta) para apagar la sed. Por la tarde, una vez más la cena de Ugolino. Anochece, se extienden los toldillos, se arman los catres, se les coloca encima los *petates*, y á dormir del mejor modo posible hasta la mañana siguiente.

Esta cruel monotonía es rota por algunos accidentes; el vapor se detiene cada dos ó tres horas para recoger leña, se arrima á alguna orilla

donde está el leñateo, se echa una plancha, y los negros, sudorosos y fornidos, de la tripulación, emprenden una carrera desenfrenada, con su carga en los hombros, del vapor á la tierra y de la tierra al vapor. Otras veces se marcha con precauciones, por temor á alguna varadura. Todas las miradas denotan inquietud, la máquina apacigua su rapidez, los que sondean el río proclaman en voz alta la profundidad. El Magdalena es caprichoso, y su navegación es todavía uno de esos problemas de difícil resolución. Las aguas se extienden en las crecientes hasta cubrir zonas inmensas, y abren cáuces inesperados ó modifican los existentes. Los troncos y los detritus de toda especie que arrastra la corriente, forman bancos y barras, que es dificilísimo salvar. Todas estas causas y otras muchas, que no

es aquí el caso de mencionar, hacen que el Magdalena cambie de aspecto á cada instante, y que hasta los prácticos más hábiles tengan que tantear su camino antes de aventurarse en él. La travesía dura generalmente de ocho á diez días, de subida, y cuatro días de bajada; empero, con demasiada frecuencia, hay vapores que permanecen varados en el río hasta un mes sin esperanza de salir de allí; y, sin ir más lejos, el que escribe estas páginas ha hecho el viaje en más de quince días, que fueron un tormento constante para él y sus compañeros. Por la noche, se echan las anclas, y el vapor, convenientemente amarrado á alguna playa solitaria, espera la luz del nuevo día para continuar la marcha. Es la hora trágica de los mosquitos y de los jejenes, estos insectos inquisidores que nos someten á las más amargas prue-

bas. Nada calma su furia y su apetito: ni el humo del cigarro, ni el aire de los abanicos, ni el movimiento continuo. No se oyen más que bofetadas impotentes, y las víctimas parecen á poco una compañía de clowns que ejecutan un intermedio cómico. No hay más remedio que buscar un asilo, debajo del toldillo protector, y aún así, más de una vez un enemigo audaz logra escurrirse con nosotros en la fortaleza, y desde allí nos tortura con sus trinos melancólicos, que ora suenan como la trompa guerrera y ora como el caramillo del idilio, con sus falsos ataques y sus conversiones estratégicas, para clavarnos su agudo aguijón y huir celebrando su victoria. ¡Oh, Bello! ¡cantor de la zona tórrida! ¡platónico amante de este sol de fuego y esta vegetación maravillosa! ¡Dí si es posible levantar la imaginación

al cielo en una de estas noches espléndidas, cuando el poeta se siente acosado por un enemigo tan pequeño y al propio tiempo tan temible, é incorporado sobre el catre que rechina á cada sacudida, agita sus brazos como las aspas de un molino de viento, da manotadas en el aire, cree descubrir al infame en algún punto negro, y avanza con precaución hasta notar su error, y todo esto en aquel traje prosáico en que estaba Don Quijote destripando pellejos de vino por acuchillar gigantes!...

Otro espectáculo que distrae algunas horas mortales, es el de los *caimanes*, gigantescos cocodrilos que salen del río y se extienden á centenares en las playas arenosas, con sus bocas abiertas, cuyo fétido aliento atrae á los insectos, y sus vagos ojos entornados en una especie de somnolencia llena de voluptuosidad. Des-

de el vapor se les hace una guerra encarnizada. Los disparos se suceden sin interrupción, el caimán, bruscamente turbado en su reposo ó herido de gravedad, sacude la cola con furor, abre y cierra repetidas veces sus enormes mandíbulas y de un salto se arroja al agua y desaparece. No es raro encontrar sus cadáveres que flotan, como verdes y enormes troncos, arrastrados por la corriente, con una nube de esas aves de rapiña que allí se llaman *chulos*, y que arrancan á picotazos su carne descompuesta. Durante el viaje, á uno y otro lado se descubren aldeas de una miseria inaudita, y asoman á la playa niños desnudos y de vientre prominente, hombres y mujeres indígenas, de pelo lacio y espeso, que ven pasar con una curiosidad nunca satisfecha aquel monstruo de fuego que asciende las aguas con valor.

Los puertos principales, tales como Magangué, el Banco y otros, presentan un aspecto de mayor civilización, algunos edificios de material, una agrupación más animada de gente en la playa y una que otra fisonomía europea, amarillenta y demacrada por aquel clima terrible que destruye al hombre y lo agobia con un enervamiento mortal. Porque toda exageración es pálida ante la realidad. Aquel sol es plomo derretido, el aire caldeado pasa sobre la frente como una bocanada de fuego; las hojas de los árboles penden calcinadas sin un movimiento, la reverberacion del agua del río, tranquila como un espejo, deslumbra y quema los ojos; una laxitud, un cansancio imponderable se apoderan del cuerpo; los miembros fatigados se doblan al menor esfuerzo, una palidez amarillenta cubre el rostro des-

pués de tres ó cuatro días de viaje; se suda á mares y sin descanso, y raro es aquel que se escapa de las fiebres intermitentes, que sacuden con furor aquella pobre máquina humana tan quebrantada, y se ensañan en ella hasta despedazarla, como una bacante sanguinaria. Además, aquella navegación tiene también sus peligros y sus inconvenientes. A una y otra ribera, durante la travesía, se nos muestran hasta treinta y tantos esqueletos de buques que han quedado allí como un *memento* constante. Al llegar cerca del término de la carrera del vapor (el puerto de Caracolí, frente á Honda) hay que remontar los *chorrosrá* ó *pidos*—diferencias de nivel en que el agua del Magdalena se precipita con un empuje aterrador,—á gran refuerzo de vapor y con ayuda de cables amarrados á las orillas. El momento

es crítico, y más de un pulso late apresuradamente. El vapor trepida con sacudimientos espasmódicos, se da toda la presión que puede resistir la máquina, y, sin embargo, no se adelanta una pulgada. Todo el mundo está agrupado en la proa, ansioso é interesado. Las válvulas, entreabiertas, dejan escapar silbidos penetrantes y chillones; se arrojan los cables, funcionan las palancas y los arrolladores, y al fin se asciende penosamente aquel torrente que rueda arrastrando las piedras de la orilla, espumoso y altivo como un caballo de raza al llegar vencedor al término de su carrera.

Pero en cambio ¡qué magnificencia la de aquella naturaleza exuberante! Es la selva primitiva con sus misterios y sus terrores, la selva virgen, indomable y jamás hollada por el hombre, ni herida por el hacha

del colono. Los árboles se arraigan desesperadamente en aquel suelo cubierto de matorrales salvajes, despliegan al aire sus ramas hercúleas y agitan sus crestas altivas con el orgullo de los poderosos. Las lianas se entretejen, y formando lazos estrechos y hamacas fantásticas, se enredan, se confunden y acaban por parecer otros tantos árboles esbeltos, cubiertos por las hojas oscuras de la hiedra. De cuando en cuando, un tronco herido por el rayo ó doblado por el brazo pujante de los huracanes, yace en la tierra como uno de aquellos guerreros de Ossian, que al caer hacen temblar los montes y sublevarse las olas del mar. Ese derroche de vida se manifiesta en todos los detalles; aquella naturaleza se siente millonaria y siembra la tierra de tesoros. Al pie de los árboles seculares, no llega un rayo de sol, todo

florece, palpita, vive, y la savia hirviente que bulle por doquiera, da á las flores tonos deslumbrantes y aromas embriagadores, recorta caprichosamente las hojas de las plantas, y varía hasta el infinito los matices de la vegetación. ¿Recordáis á Gulliver, en medio del país de los gigantes? Es la misma sensación de pequeñez y de asombro, la que se experimenta en medio de tanto esplendor y tanta fuerza. Aves de mil colores, se ciernen en el espacio y buscan las ramas protectoras que sostienen su nido inaccesible. El aleteo de los pájaros errantes, se confunde con el canto melancólico de algún poeta de la soledad, que anuncia la aparición del día ó despide al sol con trinos lastimeros. La brisa arranca á las hojas acentos llenos de dulzura, estremecimientos misteriosos, fragmentos de frases

truncas que dicen algo al corazón y que refieren un eterno cuento jamás concluído. Cae la tarde. Una luz tibia y dudosa se desvanece poco á poco en el Occidente, y una larga línea sanguinolenta anuncia por algunos minutos la desaparición del astro rutilante. Una suave calma, reemplaza á la actividad de la naturaleza, que parece fermentar cuando sus rayos le dan el eterno beso de la germinación. Todo se recoge en una especie de éxtasis religioso; el río susurra rozando las ramas pendientes; la brisa parece contener el aliento, y todos los recuerdos baten sus alas cariñosas y revolotean alrededor de la frente pensativa. La luna asciende lentamente plateando las copas más enhiestas, hasta bañar la naturaleza entera con sus pálidos destellos. Las estrellas van apareciendo una tras otra, ora en el seno

del azul trasparente, ora asomándose en la abertura que dejan dos nubarrones, como una Rosina que espera á su galán. Mil perfumes capitosos y exóticos llegan en ráfagas á acariciar los sentidos. Se siente una voluptuosidad infinita, una sublimación misteriosa de todo nuestro sér íntimo, un deseo indomable de abismarse en aquella naturaleza y desaparecer, como uno de esos brahmas que se absorben en la meditación universal, con la mirada fija y los miembros anquilosados, y en torno de cuyo cuerpo se enreda la hiedra, crece la maleza y los pájaros anidan...

Estos cuadros naturales de una belleza indescriptible, estos espectáculos variados á cada instante y siempre dignos de asombro, se suceden sin cesar durante la travesía por el Magdalena. El río no tiene

una arruga; el sol del mediodía cae verticalmente sobre la tierra; á lo lejos, en alguna playa solitaria, los caimanes, con sus enormes bocas abiertas, hacen relucir su caparazón húmeda y verdinegra; alguna que otra canoa indígena desciende con rapidez, dirigida por un *boga* medio desnudo, cuyo cuerpo sudoroso tiene el color del bronce antiguo; bandadas de aves de mil aspectos cruzan el cielo, y los monos bulliciosos forman cadenas interminables, saltando de árbol en árbol como acróbatas experimentados. La huella del hombre civilizado no se ve por ninguna parte; todo está joven y virgen como el dia primero de la Creación.

El viaje por agua termina en Caracolí, puerto situado en la orilla derecha del río y á corta distancia de la ciudad de Honda, con la que está

ligado por un ferrocarril que recorre el trayecto en muy pocos minutos. Esta ciudad, destruída por un terremoto en 1805, y dividida por el Gualí, torrente impetuoso, sobre el que se ha construído un puente colgante de hierro, es una importante plaza mercantil, como puerto principal de todos las fluviales, y punto de escala para el comercio interior. Frente á ella, forma el Magdalena un rápido en que no puede aventurarse ninguna embarcación, y que se denomina *salto de Honda*. En la margen opuesta, se encuentran unos vastos y ruinosos depósitos de aduanas, que se llama Bodegas de Bogotá. Allí se toman las mulas, previamente pedidas por telégrafo desde uno de los puertos de escala del vapor, y después de mil dificultades y retardos, convenientemente asfixiado en el traje nacional de que ya he

hablado, el viajero comienza la ascensión de la montaña.

Referir todas las peripecias de aquella marcha, sería interminable. Se adelanta paso á paso, por cuestas empinadas y rocallosas, subiendo y bajando sin cesar, unas veces por escalones de piedra, otras por yacimientos de pizarra, ora en la cumbre, donde el corazón apresura sus palpitaciones y los pulmones aspiran con ansia el aire rarificado; ora en las hondonadas, sombreadas por árboles poderosos, en que la temperatura es cálida y agobiadora. A un lado del camino, la pared granítica ó la selva enmarañada; al otro el abismo cortado á pico, lleno de matorrales espesos, de plantas parásitas que se agarran á las grietas de la roca y cuelgan como flotantes cabelleras; de cuando en cuando, una venta aislada con un grupo de arrie-

ros bebiendo *chicha* ó descansando un momento para seguir su camino; á cada recodo de la senda, un espectáculo original; unas veces la mirada se cierne satisfecha sobre un horizonte extenso, y las ondulaciones del terreno parecen las olas de un océano petrificado, otras se ve á lo lejos alguna aldea blanca como un bando de palomas; una procesión infatigable de recuas cruza á cada instante; los arrieros animan á las mulas jadeantes con sus silbidos agudos y el chasquido de sus látigos; hay valles encantadores, que parecen paisajes de una Arcadia ideal, y durante el trayecto se atraviesa por todos los climas y se ven todas las producciones, desde los helechos variados que crecen en las alturas, hasta los árboles de café, con el brillo de sus hojas verde-oscuras. Sucesivamente, atravesamos por los pueblos

de Guaduas y de Villeta hasta llegar á la magnífica sabana de Bogotá. Por la noche, después de las fatigas de la marcha, nada vendría mejor que una cama confortable y una comida reparadora. Y, sin embargo, exceptuando á Guaduas, donde se ha establecido hace poco un hotel limpio y decente,—en la posada de Consuelo, en la de Villeta, y, al poner el pie en la sabana, en la de los Manzanos, es forzoso dormir sobre algún banco grasiento ó algún catre despedazado, á la merced de la voracidad de todo género de insectos caníbales, después de engullir de prisa algún plato infame que inspira repugnancia y fastidio. Nada es más pobre, más desamparado, ni más triste que esas posadas. Aquellos mesones, que el bravo caballeró de la Mancha imaginaba castillos, son palacios en comparación de ellas. Así, con

el cuerpo quebrantado y los miembros doloridos, nos apresuramos á ponernos nuevamente en marcha, al lento y rítmico trote de la mula, apenas despunta la mañana, y cuando las cumbres cubiertas de vapores no han sido secadas todavía por los ardientes rayos del sol. Otra vez las recuas fatigadas, el grito estridente de los arrieros, los indios, hombres y mujeres, que ascienden con valor los declives ásperos de la serranía, llevando con una correa que sostienen en la frente, enormes cargas sobre las espaldas, con sus piés descalzos, hinchados por la fatiga, y un aire de inconsciente resignación. Pasan lentas y monótonas las horas de los dos días, que se emplean para hacer un trayecto que en línea recta sería asunto de pocas horas. Por fin, la atmósfera se siente refrescada por una brisa delgada y cortante. La ve-

gar rebaños numerosos. Es imposible dar una idea, ni siquiera aproximada, de la impresión que se experimenta, cuando después de haber ascendido las cuestas de la sierra y haber sufrido los calores tórridos del río Magdalena y la temperatura asfixiante de los valles que quedan á la espalda, el viajero se encuentra de pronto en aquella altura prodigiosa donde se aspiran brisas heladas y donde la tierra ofrece un espléndido horizonte, limitado por las montañas coronadas de nubes. Según una tradición, que remonta á la más lejana antigüedad, el terreno de la sabana se vió inundado por el desbordamiento del río Funza, y sus moradores tuvieron que buscar un asilo en la cumbre de los montes. Las poblaciones se hallaban sumergidas, cuando apareció un hombre divino, de que más tarde hablaré, y

cuyo recuerdo se ha conservado con el triple nombre de Shué, Bóchica y Nemterequeteba, é hiriendo con la punta de su cayado una de las rocas más duras, dió libre curso á las aguas que se precipitaron por la abertura ciclópea, formando el salto de Tequendama. Sea cual fuere el origen de esta leyenda, todo parece probar, como lo ha pensado Humboldt, que la sabana de Bogotá ha estado en otra época anegada, y que la acción insensible del tiempo le ha dado la forma presente.

Los primeros conquistadores, á las órdenes de D. Gonzalo Jimenez de Quesada, salieron de Santa Marta en 1536. Aterra pensar en todas las penalidades por que pasaron aquellos valientes aventureros, y aun en el día no se concibe cómo pudieron remontar el río Magdalena y ascender las faldas de la cordillera. En

aquel viaje, que duró cerca de un año, de 800 soldados que formaban la expedición, más de 600 quedaron en el camino, vencidos por el hambre, los animales ponzoñosos, las fiebres y las durezas del clima. Pero al alcanzar las elevadas planicies, hallaron la recompensa de sus fatigas. Aquel era el país de los Chibchas, el más opulento y el más civilizado que habían encontrado hasta entonces, con sus verdes sementeras, sus poblaciones indígenas, los palacios de sus caciques, la fecundidad de sus campos y la abundancia de sus aguas.

Según el historiador Acosta, aquel imperio tenía una superficie de poco más de 600 leguas cuadradas y una población aproximada de 2.000 habitantes por legua. En aquel territorio extenso, se encontraron simultáneamente el conquistador de Quito

y teniente de Pizarro, Belalcázar, la expedición del general y letrado Gonzalo Jimenez de Quesada, y, por último, Nicolás Fredeman, que venía de Venezuela, después de tres años de peregrinación. Triunfó la habilidad de Quesada, y él sólo adquirió el título de dueño de la tierra. Dos años continuos resistieron los naturales, pero al fin sucumbieron á la inteligencia de los invasores, y Quesada terminó con felicidad la obra empezada por Cortés y continuada por Pizarro.

En un libro curioso, escrito por el hijo de uno de los primeros pobladores de lo que entonces se llamó Nuevo Reino de Granada (*el Carnero* de Juan Rodríguez Fresle), se dan numerosos detalles sobre la civilización Chibcha, y nada hay más interesante que esta lectura para un espíritu investigador. A su vez, el

doctor Lucas Fernández Piedrahita en su *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, impresa en 1688, ha estudiado las costumbres, ritos y ceremonias de los muiscas; y los historiadores Acosta, Groot y Plaza han venido á aumentar con nuevas investigaciones los escasos datos que sobre ellos quedaban, y de cuya confusión debe culparse principalmente al incendio del templo de Sogamoso, donde residía el Sumo sacerdote de Iraca.

La forma de gobierno de los Chibchas se parecía á la del Thibet y del Japón. Tres jefes dominaban en absoluto: el Zipa, que tenía su asiento en Muequetá (hoy Funza), aldea que está á corta distancia de Bogotá; el Zaque, que habitaba en Tunja, y el jefe de Iraca, que participaba, del carácter religioso como sucesor designado por Nemterequeteba, civili-

zador de aquellas regiones. El Zipa había sujetado á los *usaques* ó señores de los pueblos circunvecinos, pero conservándoles su jurisdicción y la sucesión del cacicazgo. El Zaque á su vez tenía algunos jefes tributarios.

No me parece oportuno entrar en los detalles históricos de que han quedado noticia, y que se refieren á los años anteriores á la llegada de los españoles. Basta saber, que el Zipa tenía frecuentes guerras con la lindera tribu de los Panches, la más belicosa de aquellas regiones, y que, poco á poco, por medio de frecuentes irrupciones, iba conquistando los dominios de su vecino. El sacerdote de Iraca ó Sugamuxi, era elegido de entre los naturales de los pueblos de Tobazas y Firibitoba, por cuatro caciques vecinos, según lo dejó establecido políticamente Nem-

terequeteba. Este legislador primitivo que, según las tradiciones, era un hombre blanco y barbado como los españoles, y que ha sido llamado también Bóchica ó Shué, fué quien les enseñó á hilar el algodón y á tejer mantas. Después de una fecunda peregrinación por los pueblos y los campos, y de haber dejado por todas partes útiles enseñanzas y ejemplos virtuosos, desapareció para siempre en el valle de Sogamoso.

Según la mitología Chibcha, al principio del mundo, la luz estaba encerrada en una especie de receptáculo enorme, del que salieron unas aves negras que, volando por todas partes, lanzaban por los picos un gas resplandeciente; á esa noción tan vaga. llamaban Chiminigágua ó el Creador. La explicación del origen de nuestra raza no es menos original: se debía á una hermosa mujer

llamada Bachué ó Fuzachógua, que salió de una laguna próxima á Tunja, con un niño de tres años. Una vez adulto, el niño se casó con ella, y así comenzó el género humano. Poblada la tierra, el Adan y la Eva chibchas, regresaron al lugar de su aparición, y, convirtiéndose en serpientes, desaparecieron en sus aguas. Su recuerdo permaneció incólume, sin embargo, entre las poblaciones indígenas y se han encontrado numerosas estatuas pequeñas de oro y de madera, que la representan con el niño de la tradición. Al morir, creían que el alma sale del cuerpo y baja al centro de la tierra por senderos de tierra amarilla y negra, atravesando un río caudaloso en balsas de telas de araña, por cuyo motivo respetaban á estos insectos. Adoraban á varios dioses: Bóchica, protector especial de los Usaques,

de los capitanes y sus familias; Chibchacum, encargado particularmente de la nación Chibcha y de ayudar á los plateros, labradores y mercaderes; Neucatacoa, que velaba por los pintores de mantas y tejedores, y era representado con figura de oso cubierto con una manta y arrastrando la cola; por último, Chaquen, y la diosa Bachué, cuidaban de los linderos de las sementeras y en su honor se quemaban moque y otras resinas. El mismo historiador que da estos detalles, refiere que los Chibchas explicaban pintorescamente algunos fenómenos naturales que les llamaban la atención. Así, pretendían que Bachué, después de haber desaguado la sabana de Bogotá, rompiendo la roca con su cayado,— para castigar á Chibchacum, autor de las inundaciones, le obligó á cargar la tierra; y que los terremotos

se producen cuando fatigado este Atlas indígena, traslada de un hombro á otro su molesta carga.

Como los Peruanos, tenían los Chibchas, templos y santuarios, pero parece que ninguno alcanzaba las magnificencias del que los conquistadores encontraron en el Cuzco. «En ellos, dice Fernández Piedrahita en la *Historia del Nuevo Reino*, adoraban mucha diversidad de ídolos, como son figuras del sol y de la luna, formadas de oro y plata, y del mismo metal, figuras de hombres y mujeres, otras de madera, hilo y de cera, grandes unas y otras pequeñas, y todos estos ídolos, con cabelleras y mal tallados; vestíanles de mantas de pincel, que son las más estimadas; y, puestos en orden siempre, juntaban la figura del varón con la de la hembra. Para aumentar el culto de esta falsa religión, tenían

sacerdotes y ministros de ella, que llamaban Xeques, todos agoreros y que de ordinario consultaban al demonio con varias supersticiones, para que les diese respuesta á las preguntas que le hacían. Por mano de estos sacerdotes, se ejecutaban las víctimas de sangre humana, y se hacían las ofrendas á sus ídolos, de esmeraldas, oro en polvo ó en punta, y asimismo de diferentes figuras de culebras, sapos, lagartijas, hormigas, todo de oro...» Empero, preferían hacer sus ofrendas al aire libre y en lugares señalados, como en lagunas, cascadas, rocas elevadas. La laguna de Guatavita ha sido el más célebre de todos estos santuarios, y cada pueblo tenía un camino para bajar á ella á hacer sus sacrificios. Dice Zamora, cronista del siglo XVII, que «entraban en unas balsas de junco y en medio de la laguna arrojaban sus

ofrendas con ridículas y vanas supersticiones. Las gentes ordinarias llegaban á las orillas y, vueltas las espaldas, hacían sus ofrecimientos, pues tenían por desacato el que mirase aquellas aguas persona que no fuese príncipe ó calificada. También es tradición muy antigua la de que arrojaron en ella todo el oro y esmeraldas, luego que tuvieron noticia de que no era otra cosa lo que buscaban los españoles.» Esta relación es confirmada por muchos historiadores de la época. Es lo cierto, que la laguna de Guatavita ha sido objeto de varias tentativas de desagüe, de cuyas resultas se han extraido de su seno muchos ídolos ó *tunjos* y algunas esmeraldas de gran valor. He tenido en mi mano uno de aquellos objetos, que actualmente posee una distinguidísima dama inglesa que residía en Bogotá,—y,

según la opinión de personas autorizadas, él representa la ceremonia de que habla Zamora. Es una balsa de oro fundido, en la cual hay hasta diez figuritas de forma humana; la central, más grande que las demás, tiene en la cabeza un casquete, distintivo de los caciques, y en la mano un cetro; las nueve restantes están alrededor y una más pequeña, colocada delante de la central, lleva una canasta en la espalda y un tridente en la mano. En el fondo de la laguna de Guatavita, según creencia popular, vivían Bachué y su hija en un lugar delicioso; y esta ceremonia, que se repetía cada año, y en la cual el cacique, después de haberse untado de trementina y haberse revolcado en polvo de oro, se bañaba en sus aguas, al compás de la música de las multitudes que cubrían las orillas,—ha dado origen á la fábula

de *El Dorado*, tan esparcida durante la conquista.

Los sacerdotes ó *jeques* vivían en los templos, sin que les fuera posible casarse, so pena de ser privados de su ministerio; hablaban pocas palabras y dormian menos, porque—como nos lo ha trasmitido el obispo Piedrahita—la mayor parte de la noche la gastaban en mascar hayo, que es la hierba que en el Perú llaman *coca*. Los sacrificios que consideraban más gratos á sus dioses, eran los de sangre humana y entre ellos el de algún mancebo natural de las vertientes de los Llanos, y criado desde pequeño en el templo consagrado al Sol. A la edad de diez años, se conducía á estos niños de comarca en comarca, hasta que encontraban un comprador, que era generalmente algún cacique ó cualquier otro poderoso de categoría semejante. El

comprador depositaba al *moja* (este era el nombre que se les daba), en algún santuario donde vivía en el mayor recogimiento y sin poder tener contacto con ninguna mujer, hasta que cumpliera quince ó diez y seis años. En esa época, lo llevaban al sacrificio, abriéndole vivo y sacándole el corazón y las entrañas, al compás de ciertos himnos especialmente compuestos para aquella función. Según los Chibchas, la víctima tan bárbaramente inmolada, llevaba sus mensajes á la luna, diosa que protegía sus labranzas. Hé aquí como refiere el Sr. Zerda en su precioso estudio sobre *El Dorado* esta fiesta religiosa: «El día de la celebración del sacrificio, que marcaba la apertura ó principio de una nueva indicción, ó período de quince años, era conducida la víctima en procesión por la calzada ó *suna*, nombre

que fué dado por este sacrificio al mes lunar; la seguían danzantes precedidos de los sacerdotes ó jeques, adornados con joyas de oro y disfrazados como los sacerdotes egipcios en sus fiestas: unos representaban á Bóchica, es decir, al Osiris de este pueblo; otros llevaban emblemas de oro de la diosa Chia, Isis ó la Luna; otros se cubrían con máscaras semejantes á las ranas ó sapos para hacer alusión al primer signo del año; y finalmente, muchos representaban el símbolo del mal, el dios Tomagata, figurado con un ojo, cuatro orejas y larga cola, el que presidia la embriaguez.» Esta fiesta, según Humboltd, semejante á las procesiones astrológicas de los chinos y á la de Isis, ofrece también alguna relación con los sacrificios que los mejicanos ejecutaban al fin de su gran siglo de cincuenta y dos años.

El gobierno del Zipa era completamente despótico; él administraba justicia, dictaba leyes y era el jefe de todos los ejércitos de la nación; sus súbditos lo veneraban hasta el punto de que no se atrevían á mirarlo de frente. Al aproximársele se exigía llevarle alguna ofrenda. Tenía muchos centenares de mujeres que se llamaban *thiguyes*, pero una sola era considerada como esposa. Creíase honrosa distinción que el Zipa pidiese la hija ó hermana de cualquier usaque ó particular. Heredaban la corona los sobrinos, hijos de hermanas, y, á falta de estos, los hermanos del Zipa. El indicado para este puesto, era criado desde pequeño en un templo, sin consentírsele ver el sol, y prohibiéndosele comer sal y tener contacto con mujer alguna. Si faltaba en la observación de cualquiera de estas prácticas, quedaba imposi-

bilitado para reinar y era reputado por hombre vil é infame. En caso contrario se confiaba á su cuidado el cacicazgo de Chia, y el día de la ceremonia, después de ser sentado en una rica silla guarnecida de oro y de esmeraldas, se le ponía en la cabeza la corona y se le hacía jurar que sería rey de buen gobierno, después de lo cual los vasallos á su vez, le prometían fidelidad. El homicidio, el rapto y el incesto eran castigados con pena capital; pero al culpable del último delito, se le encerraba en un subterráneo con varios animales venenosos, hasta que moría de hambre y atormentado por ellos. El que no pagaba sus contribuciones, tenía que mantener hasta que lo hiciera, á un tigre pequeño que con ese objeto era atado á la puerta del deudor, junto con el guarda que lo cuidaba. Al que huía en la guerra, se le con-

denaba á vestirse de mujer. La mujer sospechada de adulterio tenía que comer grandes cantidades de agí ó pimiento; si confesaba el delito la mataban inmediatamente; en caso de resistir aquel tormento quedaba rehabilitada.

Los matrimonios se celebraban ante el jeque. El solicitante de la novia enviaba á sus padres una manta, y si esta no le era devuelta repetía su obsequio, y considerándose aceptado, se sentaba á la puerta de la casa de su pretendida. Esta salía con una calabaza llena de chicha, y, después de probarla, daba de beber á su futuro. En el momento de la ceremonia nupcial, el jeque preguntaba á la mujer si preferiría el Bóchica á su marido, su marido á sus hijos, sus hijos á sí misma, dejándose morir de hambre cuando su marido estuviese hambriento. El marido decía

en alta voz que deseaba á aquella mujer por esposa, con lo cual quedaban enlazados. Esta fiesta no tenía lugar, empero, sino al elegir la primer mujer, que era la única legítima.

Al morir el Zipa, los sacerdotes le extraían las entrañas y llenaban la cavidad con resina derretida; el cadáver era introducido en un grueso tronco de palma, forrado de oro, interior y exteriormente, y conducido á un subterráneo que se hacía desde el principio del reinado. Los cadáveres de los usaques y otros indios principales, eran sepultados en bóvedas, junto con sus mujeres más queridas, algunos sirvientes á quienes se daba el zumo de una planta narcótica y una gran cantidad de joyas de oro, armas y chicha. Los demás eran enterrados con sus alhajas y sus armas en medio de los campos,

teniendo cuidado de plantar un árbol sobre la tumba. Sin embargo, se han encontrado en nuestra época túmulos ó montones de tierra que servían de cementerios comunes, tales como los del cerro del Santuario, á cuatro leguas de Bogotá, y los cerros de Cáqueza, de donde se sacan huesos humanos y joyas de oro, que una vez alcanzaron á la suma de 24.000 ducados.

Los Chibchas carecían de ganados, no conocían el fierro, y para sus labranzas se servían de herramientas de madera ó de piedra. El artículo que les servía para los cambios y para proveerse de oro y otros productos de que carecían en su territorio, era la sal de Zipaquirá y Nemocon, donde aún existen minas que explota el Gobierno colombiano. Eran muy hábiles para fábricar con oro figuras de hombres y de anima-

les; tejían mantas de algodón y las pintaban de variados colores. Parece ser que han usado la moneda de oro para sus cambios. Tenían ferias muy importantes y concurridas, tales como la de Coyaima y Turmequé, y á ellas llevaban sal, esmeraldas, mantas pintadas y joyas de oro, trayendo en cambio este metal para labrarlo. Sus casas eran de madera y barro, con techo cónico, y estaban adornadas de esteras de esparto y junco con puertas de caña tejidas con cuerdas y cerraduras de madera. El Zipa poseía varias casas de recreo, entre ellas la de Teuzaquillo que es donde se fundó á Bogotá. Tenían un calendario muy original, que ha sido descubierto y estudiado por el Doctor Duquesne, en una interesante disertación de fines del siglo pasado.

Tal era la nación que tenía su asiento principal en la sabana de Bo-

gotá durante la conquista, de la que he debido decir algunas breves palabras, citando algunos detalles bebidos en las fuentes más puras, y consignados por los cronistas y los historiadores que han ahondado con preferencia el estudio de este fecundo tema.

Santa Fé de Bogotá, recostada al pié de los cerros de Monserrate y Guadalupe, no se destaca sobre el fondo del horizonte; sus edificios parecen achatados; se ignora que aquella es la capital de una Nación, hasta que estamos en su interior. Era día de mercado, y una turbamulta, abigarrada y compacta, se agolpaba en las calles por donde pasaba el carruaje. Nada es más extraño para el viajero que el aspecto de esta baja población indígena, do-

blegada por la miseria, sosteniendo en la espalda pesos abrumadores, con sus asnos éticos y miserables cargados hasta las orejas, con sus látigos de *guayacan*, sus piés desnudos, sus *ruanas* deshilachadas que no les llegan á la cintura, y sus sombreros de paja que se desbandan á todos los vientos ó parecen un baluarte agujereado por la metralla enemiga. Las mujeres están en inmensa mayoría, y marchan con el cuerpo inclinado hacia delante para equilibrar la carga. En esos días, de todos los puntos del horizonte llegan á la cita comercial, las unas con sus bestias vacilantes, las otras con su humilde mercadería y su familia numerosa. Se diría una peregrinación inmensa que va á llevar sus ofrendas al altar de no se sabe qué dios oscuro y vengativo. Las carretas pesadas hacen rechinar sus ruedas enmohecidas, los bueyes

sueltos las siguen valerosos y pacientes. De cuando en cuando, detiene la atención una cabeza puramente indígena, con los rasgos prominentes de la raza. Después, sigue la invariable sucesión de frentes deprimidas, de rostros cobrizos, de todos los tipos más curiosos de las bajas capas sociales. A cada paso, el espectáculo de la miseria oprime el corazón. Los mendigos se arrastran por todas partes, no se oye más que voces quejumbrosas que piden el óbolo de la caridad, no se ve más que informes masas humanas, acurrucadas al rayo del sol y ostentando llagas sanguinolentas. La elefancia hace millares de víctimas, hincha las carnes de los desgraciados y deforma sus piés. La mendicidad—como observaba un espiritual amigo,—está organizada como un ejército, y tiene como él una infantería,

una caballería y una artillería. Los cuadros más repugnantes se suceden sin interrupción. Falta en absoluto la policía, y cada tres pasos es necesario defenderse del ataque de uno de esos descamisados que solo podría describir la pluma de Gautier, ó retratar el pincel vigoroso de Velazquez.

Muy pocas son las calles en que pueden transitar carruajes. Se les llama *camellón*, y son las que sirven de entrada á la ciudad. Las demás, las que bajan de E. á O., tienen en el centro *caños*, especie de cloacas descubiertas y casi á flor de tierra. El declive natural, arrastra el agua de esos caños á los que se arrojan todas las inmundicias, que van á caer al río de San Francisco, especie de Manzanares que siempre está en seco, y desempeña el papel de cloaca máxima. La atmósfera se

encuentra á menudo saturada de vapores malsanos. El clima frío y ventoso, salva á esta ciudad de los horrores de una epidemia continua. Y, sin embargo, la viruela diezma las clases pobres, aglomeradas en tabucos sórdidos y mezquinos con una sola entrada, y que allí tienen el nombre de *tienda*. Las casas son generalmente bajas, de teja vetusta, con aleros que sobresalen y ventanas arrodilladas ó volantes. Su distribución es la antigua que nos han legado los españoles; patios y piezas alrededor. Los suburbios de la ciudad son tristes y carecen de vegetación. Todo esto que puede desagradar al amigo del *confort*, llama la atención del poeta y el *touriste* observador. Allí hay color local, originalidad, rasgos resaltantes de una civilización especial. De cuando en cuando, al recorrer la ciudad, se

encuentran edificios de donde parece va á salir algún antiguo caballero con su armadura de hierro, haciendo temblar el suelo con sus pisadas fuertes y resonantes. Más lejos, un viejo escudo señorial, tallado en piedra, las tapias altas y monótonas de algún convento convertido en cuartel, los balcones ruinosos de lo que fué palacio de Jimenez de Quesada, todo recuerda un hecho colonial ó trae á la mente algún cuadro de las luchas incesantes que han convulsionado al país, antes de llegar á su organización actual. La curiosidad se despierta, la imaginación se exalta, y se piensa que, después de todo, tanto valen esas calles extrañas que conservan el sello del pasado, como las avenidas tiradas á cordel de nuestras metrópolis mercantiles.

Santafé de Bogotá, fué fundada

por Gonzalo Jimenez de Quesada, el 6 de Agosto de 1538, sobre las ruinas de Teuzaquillo, que, como he dicho anteriormente, era uno de los lugares de recreo del Zipa. Dos años más tarde, el 27 de Julio de 1540, Santafé fué erigida en ciudad, y el emperador Carlos V le concedió el título de «muy noble y muy leal,» fundando en ella una Real Cancillería. En 1548, recibió el nuevo título de «muy antigua» y por blason y armas un «águila negra en campo de oro, con una granada abierta en cada garra y orlado de ramos de oro en campo azul.» Difícil sería seguir, paso á paso, la historia de la naciente ciudad. Pero ella ha estado estrechamente vinculada á todos los acontecimientos que han tenido lugar en Colombia, y guarda huellas imperecederas de las largas convulsiones pasadas. Hasta

1830, su historia es la de los pueblos que formaban lo que se denominó la Gran Colombia. Al disolverse aquella, y dejar el mando Bolivar, el Congreso eligió Presidente al general Joaquín Mosquera, y Vicepresidente, al general D. Domingo Caicedo. Un pronunciamiento, encabezado por el general Rafael Urdaneta, derribó ese Gobierno, y Urdaneta ejerció la dictadura hasta 1831, en que se restableció el régimen constitucional por las tropas republicanas, asumiendo el mando el Vicepresidente Caicedo, y posteriormente, antes de una nueva elección de Presidente, el general José María Obando, como Encargado del Poder Ejecutivo. En 1832, es elevado á la primera magistratura en Nueva Granada, por un período constitucional, el célebre guerrero Santander, al que suceden en 1837,

el doctor José Ignacio de Marquez, durante cuya administración se reunió en Bogotá una junta compuesta de tres comisionados por las Repúblicas del Ecuador, Venezuela y Nueva Granada, que liquidó y repartió la deuda exterior é interior de la Gran Colombia. La supresión, ordenada por el Congreso, de los conventos menores, originó una larga guerra que se propagó por toda la República y que tuvo fin en el año siguiente. En 1841, entra al poder el general Pedro Alcántara y Herran, que terminó la sangrienta guerra antes mencionada; en 1845, el general Tomás C. de Mosquera, cuya administración tuvo fecundos resultados para el progreso del país; y cuatro años más tarde, el general José Hilario López: En 1851, estalló en el país una revolución, muy pronto sofocada. El período del ge-

neral Obando, elegido en 1853, fué interrumpido por el motín militar del 17 de Abril de 1854, encabezado por Melo, que, después de haber extendido la guerra civil por todo el país, fué vencido el 4 de Diciembre del mismo año, día en que las fuerzas nacionales tomaron á Bogotá. En ese mismo tiempo el Congreso, después de una célebre causa, destituyó de la Presidencia al general Obando. El Vicepresidente Obaldia, ejerció entonces el poder, hasta que en 1855 lo sustituyó el doctor D. Manuel M. Mallarino, ciudadano de grandes condiciones morales é intelectuales, cuyo gobierno ha quedado como ejemplo de habilidad, honradez y patriotismo. Durante la administración de su sucesor, D. Mariano Ospina, en 1859, estalla una nueva revolución que termina con la toma de la ciudad el

18 de Julio de 1861, por el ejército rebelde mandado por el general Mosquera. Sube al poder este, y continúa la guerra. Nuevamente elegido en 1866, es depuesto al año siguiente por la sublevación de algunos batallones de la Guardia. Hasta 1874, la República sigue en paz, pero ese año—bajo la Presidencia del doctor Santiago Pérez,—estalla una guerra motivada por las elecciones, y su sucesor, el doctor Aquileo Parra, tuvo que luchar con una revolución conservadora que se propagó rápidamente por todos los confines de la República, y que duró hasta 1877. Al señor Parra, sucedió el general Julián Trujillo en 1878 y el doctor Núñez, que gobernaba á nuestra llegada á Colombia, en 1880. Como se ve, más de una vez Bogotá, durante todas las peripecias de las revoluciones, ha si-

do víctima de los horrores de la guerra civil, ya sitiada y tomada por un bando, ya defendida por otro. Aún se recuerda las defensas heróicas de Santo Domingo y de San Agustín, y todos los alrededores de la ciudad conservan huellas visibles de las pasadas contiendas.

Por lo demás, Bogotá carece de monumentos que despierten el interés, de plazas elegantes y modernas, de paseos que lo embellezcan y le den desahogo. Algunas iglesias del tiempo de los españoles, el parquecito de Santander en que se encuentra una mediocre estatua del «hombre de las leyes,» la plaza de Bolivar con la efigie en bronce del «Libertador,» y el interminable edificio del Capitolio, corregido, remendado, transformado de mil modos diversos por cada Gobierno nuevo y cada arquitecto recien llegado,—es todo

lo que puede mencionarse. No debemos insistir demasiado sobre esta faz mezquina de la población. Es necesario que el viajero recuerde las dificultades del viaje, la lentitud de la marcha, los gastos enormes de transporte, para comprender y disculpar este abandono. Una vez puesto en este terreno, encuentra tanto más dignos de asombro algunos mobiliarios ricos, algunos grandes espejos, y el *confort* general de las habitaciones de la clase elevada. Con todo, todavía hay en el pueblo detalles de un salvajismo primitivo. Recuerdo la aglomeración de gente que se formaba en una de las calles principales de Bogotá, cada vez que una distinguidísima familia de mi relación, montaba en su landeau, llevado de Paris á hombro de indio. El cochero negro y su elegante librea, despertaban un inte-

rés perpétuamente renovado, y cuando los caballos arrancaban como orgullosos de conducir á las bellas paseantes, todo el público lanzaba gritos de júbilo, los chiquillos corrían tras el carruaje, los comerciantes salían á la puerta de sus almacenes. Se hubiera creído que llegaba un regimiento á una aldea campesina.

La catedral ha tenido el destino de todos los edificios que siguen las peripecias por que atraviesa un país, antes de llegar á su estado presente. Construída en 1563, se desplomó el día de su consagración. Recomenzada nueve años más tarde, no se le pudo dar fin. En 1807, se comenzó la actual, según los planos de un arquitecto capuchino que murió poco después. Por fin, en 1823, quedó definitivamente terminada, aunque sin seguirse exactamente las indicaciones del primer

arquitecto, lo que es causa de algunos defectos que se notan en ella. Tiene unos 120 metros de largo y 30 de ancho, sin contar la longitud de las capillas laterales. El edificio recibe luz por 12 grandes ventanas. Su conjunto tiene la forma de una cruz, cuyos brazos están formados por las capillas laterales inmediatas al presbiterio, en una de cuyas bóvedas, descansan los restos de Gonzalo Jimenez de Quesada. Al lado de la catedral, se encuentra la capilla del Sagrario, cuyo interior tiene algunos cuadros de bastante mérito artístico, y un sagrario de carey de primorosa y paciente ejecución.

Bogotá posee también un Observatorio astronómico, comenzado en 1802, bajo la dirección de D. José C. Mutiz, y una importante Biblioteca Nacional. El primero se encuentra en el centro de un jardín y

tiene la forma de una alta torre octogonal. Si bien hasta hoy no es muy rico en instrumentos, día por día se hacen nuevas adquisiciones y muy pronto ocupará el lugar importante á que está destinado por su ventajosa posición. La Biblioteca, fundada á principios de 1777, ocupa cuatro grandes salones y se halla bajo la sabia y laboriosa dirección de D. Miguel Antonio Caro. Está dividida en tres departamentos: el primero, de obras nacionales; el segundo, de americanas; y el tercero, de extranjeras, todo lo cual forma un conjunto de cincuenta á sesenta mil volúmenes. El Museo, anexo á ella, contiene pocas aunque verdaderas curiosidades históricas, y una colección bastante numerosa de antigüedades chibchas.

Pero en aquella ciudad, perdida en un picacho de los Andes, no es

el exterior lo que conforta; es la cultura moral é intelectual, la sociedad amena y distinguida, el hogar lleno de franqueza y de virtud, la leal y cariñosa hospitalidad con que se acoge al extranjero; condiciones que existen en todos los pueblos americanos, pero que, en ninguno como en este, están tan desarrolladas y se manifiestan con formas tan agradables. La historia de Colombia, está llena de nombres distinguidos en la ciencia, en las artes, en la política. Todos se han acogido al seno cariñoso de la capital, y aun en el día, los talentos más notables acuden á ella del confín de la República, como creyendo indispensable su consagración. En el foro, en el Parlamento se escuchan voces elocuentes, nutridas en la meditación y el estudio, y levantándose siempre en defensa de causas no-

bles. En la prensa periódica, se discuten doctrinas elevadas y raras veces se pone en tela de juicio las personalidades desnudas. En el seno de las familias, predomina un espíritu de cultura y de distinción, que hace grata su sociedad y que alegra el corazón. Las mujeres son bellas y aman los grandes ideales; la música y la poesía son sus ocupaciones favoritas. Hasta en las mismas fiestas de salón hay algo más que la banalidad de una *soirée* almidonada. Se cultiva la conversación espiritual y amena, se aprecia y se distingue el talento, se comprende que en aquel pueblo aislado y pobre, donde no hay teatro—pues no puede llamarse así un inmundo galpón en que, cada tres ó cuatro años, berrean algunos cómicos de la legua que escapan en quiebra poco después,—donde no existen ninguna de las

mil diversiones que hacen la vida tan rápida en Europa ó en nuestras metrópolis modernas, ha sido necesario buscar en el fondo del hogar, en ese *home* respetado y querido donde se complace la virtud, todas las mil comodidades y diversiones que faltaban en el exterior. Así, y no de otra manera, se explica la originalidad y el poder de este espíritu bogotano, desde la más remota antigüedad, así se comprende que, sin estímulo de ninguna especie, sin apoyo de ningún género, aquel pueblo se enorgullezca de haber producido en épocas pasadas á sabios de la talla de Mutiz y Caldas, y en la presente posea hombres distinguidos de toda especie y una literatura, de que me será forzoso hablar con detención, rica, original y propia.

Sin embargo, el aislamiento de la capital, es fuente de muchísimos

males para su desarrollo. Progresa, pero progresa lentamente, entrabada por mil causas extrañas, detenida por mil corrientes contrarias. Las mismas instituciones de Colombia, que han llevado el respeto y el anhelo de la libertad, hasta un extremo peligroso y perjudicial, son una amenaza constante para la tranquilidad pública y el desenvolvimiento de la riqueza nacional. El período presidencial, que dura solamente dos años, tiene en constante alarma los ánimos. Además, allí se adolece de ese mal general que nos han legado los españoles: el afán de la política, que es para muchos individuos la única ocupación de su vida. Queda todavía un resto de fiereza y de atraso bárbaros, que es necesario estirpar. No es extraño que dos personas de educación y de alta posición social, diriman sus contiendas

á balazos en pleno día, como en una encrucijada de la Córcega. En las esquinas de las calles principales, se ven, á cada paso, carteles insultantes, pasquines difamatorios y virulentos, que se leen por un numeroso corrillo y á que contesta el ofendido, agotando todo el repertorio de las insolencias más inauditas. Esas luchas en letras de molde, suelen terminar con sangre. Un orgullo nacional, ciego y desmedido, oculta para muchos estos restos de costumbres salvajes, pero los hombres verdaderamente ilustrados, los estadistas notables, sondean estos males y tratan de aplicarles enérgicos remedios.

No me detendré en los alrededores de Bogotá que carecen de belleza y en los que son sumamente escasas las elegantes villas modernas. El paseo obligado para el extranjero, es el del salto de Tequendama;

la pregunta infaltable en todas las visitas, versa sobre nuestras impresiones al borde de la soberbia catarata. Es necesario partir; y el día del viaje señala para todo hombre una fecha memorable en su historia íntima. He hablado ya de la tradición indígena que explica la formación del Tequendama. El río Bogotá, cuyo curso es muy lento al principio, va cobrando un impulso mayor, por el declive de las selvas meridionales. La temperatura sube, y la vegetación empieza á desplegarse en todo su esplendor. Al llegar cerca de la cascada, se marcha en medio de una selva espesa, húmeda y sombría, tropezando con los troncos desplomados y oyendo el ronco estruendo de las aguas que se precipitan en el abismo. Al borde de la caída, el espectáculo es imponente. Un anfiteatro de granito se extiende á nues-

tra mirada; el río, convertido en torrente, brama sobre las rocas de su cauce y al llegar á la sima, cobrando mayor fuerza, se arroja espumoso y atronador. Los vapores que se elevan, ostentan los mil matices del iris; las rocas de la orilla, parecen temblar al paso de la poderosa corriente. Aquel cuadro, único en el mundo, sacude la imaginación, inspira un sentimiento de religiosa inquietud, de meditación y de asombro,—y mil afectos ocultos, mil recuerdos desvanecidos, mil esperanzas soñadas, se levantan en tropel en nuestro espíritu, absorto delante de tanta magnificencia.—Estos sentimientos han inspirado la siguiente poesía que me atrevo á trascribir en estas páginas fugaces, no por atribuirle algún mérito, sino porque ella ha sido acogida con simpática benevolencia en Bogotá, y porque

es el único tributo que pudo ofrecerle su huesped de pocos días.

AL TEQUENDAMA.

Aún resuena tu estruendo en mis oídos
Y siento la opresión de tu grandeza,
Y el vértigo sacude mi cabeza
Como el turbión los árboles erguidos.
Aún te veo á mis piés, con rudo enojo
Sublevando tus ondas encrespadas,
En el ardor de tu incesante arrojo
Desplomarte, deshecho en mil cascadas,
Llegar al borde de la enhiesta roca,
Y, sintiendo el cercano cataclismo,
Como airado corcel que se desboca,
Abalanzarte en el profundo abismo!

Todo tiembla á tu paso: el cauce, el monte,
El árbol de raíces seculares
Que se eleva y domina el horizonte,
Los verdes lazos de la agreste hiedra
Y las rocas, graníticos altares
Que esperan á sus ídolos de piedra!
Inquieta y ronca, tu veloz corriente,

Entre dosel de gigantescas ramas,
Arrastra, serpeändo, sus escamas
Con el ímpetu ciego del torrente,
Y al llegar á la sima, ancha y profunda,
Tiembla el peñón y la corriente ruge,
Y en el delirio de tu enorme empuje
Se agiganta tu fuerza moribunda!

¡Ah! ¡cómo busca el corazón sin calma,
Tequendama! este cuadro, esta grandeza,
Este terror que purifica el alma
Y en tanta majestad, tanta belleza!
¡Con qué placer llevamos nuestro paso
Hasta esa soledad, y el alma herida
Por angustia mortal, nube perdida
Desde el alba risueña hasta el ocaso,
Y los sueños que flotan desgarrados,
Y las penas que el tiempo desvanece,
Y tantos espejismos olvidados
Que en la distancia la ilusión acrece,
Todo busca tu seno, todo quiere
Embotar el dolor, puñal oculto
A cuyo golpe la esperanza muere,
Y olvidar el tumulto en tu tumulto!

He evocado á tu vista, temeroso,
Del polvo de los siglos el pasado

Con sus horas de lucha y de reposo!
He mirado llegar aquel soldado
Que bajo cota de crugientes mallas
Guardaba un férreo corazón, suspenso
Delante de tus lúgubres murallas,
Interrogando tu recinto inmenso,
Cuando mostraba, palpitante y nueva,
La montaña granítica, la herida
Abierta entre la piedra endurecida
Por la mano inmortal de Nenqueteba!
Y rasgando con vuelo soberano
Los pálidos cendales de la historia,
He visto sobre el monte, sobre el llano,
Morir, luchando con honor y gloria,
La raza que adormeces con tu canto,
Cuando te vuelcas, rápido y profundo,
Y con raudales de perenne llanto
Riegas la virgen soledad de un mundo!

He llegado á tus ásperas riberas
Hoy que la suerte sin piedad me abruma,
Más débil que el capullo de la espuma
Que salpica tus rocas altaneras;
Hoy que he sentido con afán doliente
La puñalada de un dolor profundo,
Hoy que llevo en mi espíritu, viviente,
La visión de un semblante moribundo!...

¡Ah! déjanos sufrir, mientras tú gimes
Indiferente á la miseria humana,
Tu blanca niebla la pendiente moja,
Con tus anillos al peñasco oprimes,
Y, siempre pura, tu corriente mana!
Hay más rudo pesar, mayor congoja,
Más opresión, más hondo paroxismo
En la lucha del alma con la vida,—
Que en el loco furor de tu caída,
Que en tu choque tenaz con el abismo!...

¡El abismo! ¡El abismo! Es una tumba
Que te aguarda al pasar, muda, en acecho...
Donde todo vacila y se derrumba,
Como árbol consumido por la llama,
Para morir en su recinto estrecho:
Ríos, ciudades, la virtud, el nombre...
Es la sima que absorbe al Tequendama,
Es el destino que destroza al hombre!...
Él oculta en sus lóbregas entrañas
Atracciones traidoras; él te espera,
Torrente que naciste en las montañas,
Al rayo de la dulce primavera,
Para verte de pronto arrebatado,
Seguir rugiendo, sin valor, inerte,
Querer retroceder y, al fin, airado,
Marchar, como al suplicio el condenado,

Luchando brazo á brazo con la muerte!
Tú lo presientes, te retuerces, quieres
Detenerte, te exaltas y te agitas,
Con profundo terror te precipitas,
Y, hecho pedazos en las rocas, mueres!
Envuelto en centellantes resplandores
Alumbra el sol tu bárbara agonía,
Y te cubre de luz y de alegría
Como se cubre un féretro de flores!...

Nacer entre sonrisas, bajo el beso
Del aura que suspira en la espesura,
Ser la voz misteriosa que murmura
Dulces endechas al juncal espeso;
Ser la fuente en que el cielo se retrata,
Que á la campiña silenciosa riega,
Y acariciando la extendida vega
Al través de la hierba se dilata,
¿Para qué? ¿Para qué?
Llega una hora
Y el niño es hombre. La veloz corriente
Que se arrastraba, plácida y serena,
Lanza al viento su voz aterradora,
Se encrespa, lucha, se revuelve y truena!
¡Vano, vano furor! ¡Dobla la frente
Gigantesco raudal, honda cascada!
¡Te arrebata una mano despiadada

Como el viento la arena del camino!
¡No volverás á tu apacible calma!
¡En el ronco clamor del torbellino
La palabra de Dios habla á nuestra alma!

¿Y nosotros? También arrebatados
Por incesante afán, mustia la frente,
Triste el alma, los miembros fatigados,—
Seguimos á merced de la corriente!
Y en rebelión eterna con la tierra
O heridos por el mal y el egoísmo,
Dejamos el amor, la fe, la gloria,
Como armaduras de una antigua guerra,
Para rodar, por fin, en el abismo!
¿Abismo? ¡Redención! No es la esperanza
Reflejo de una imagen ilusoria,
Que se disipa si el dolor avanza!
Aquí donde la mente enardecida
Se embriaga de profundas emociones,
Siente más viva circular la vida
Y latir con más fuerza las pasiones,—
Levantemos el himno de victoria,
Nosotros, los errantes, los proscritos,
Los que al vivir, llorosos ó risueños,
Hacemos nuestros sueños infinitos
Y vivimos la vida de los sueños!...

Bogotá, Marzo de 1882.

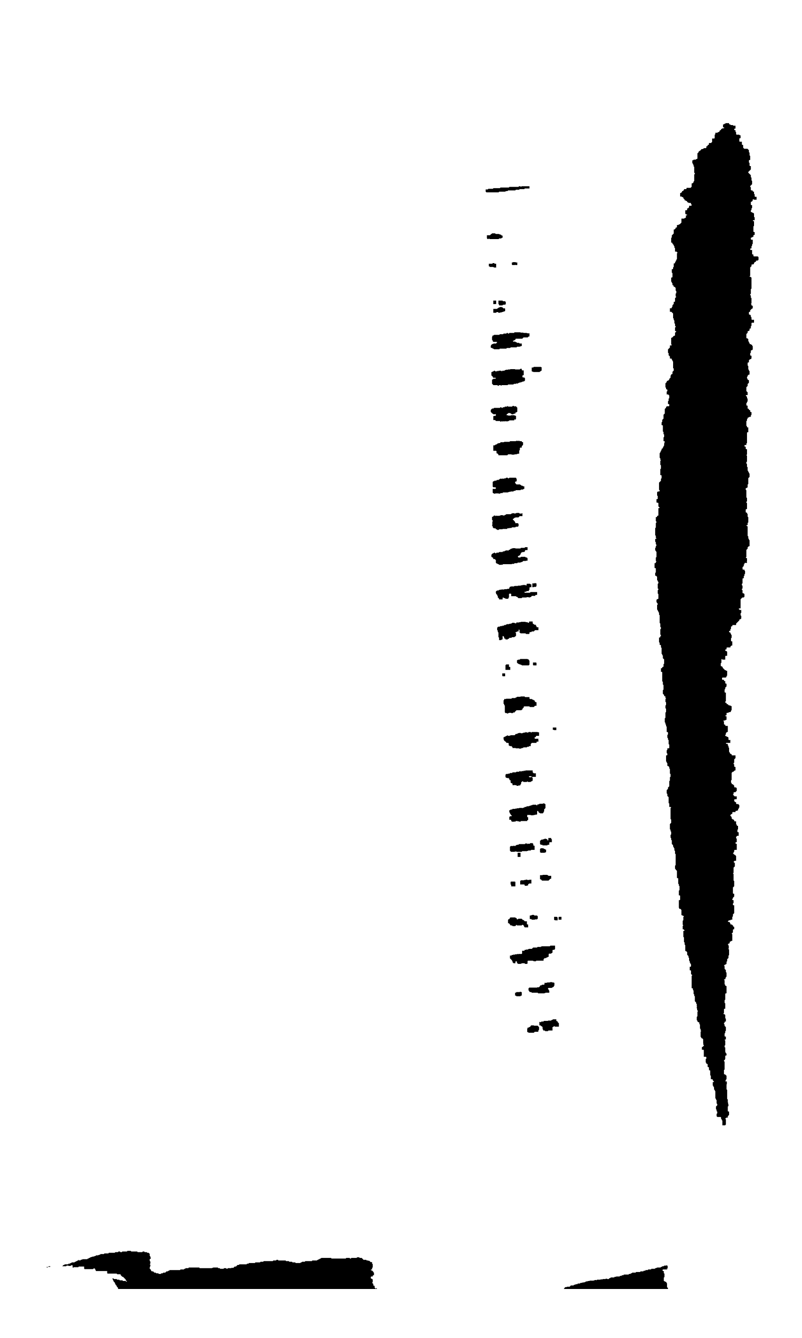
Por lejos que se remonte en la historia de Colombia, se encuentra que el espíritu literario ha florecido siempre allí con inusitado vigor. El conquistador Jiménez de Quesada no era solamente un hombre de espada, sino también un letrado de aquellos tiempos, cuyas obras, *Compendio historial* y *Ratos de Suesca*, citadas por el cronista Zamora y el historiador Plaza, revelan más que nada su aficion á las letras. Aquel rudo batallador se ensayó en el género sagrado, escribiendo una *Colección de sermones con destino á ser predicados en las festividades de Nuestra Señora*; pero el tiempo ha sido inexorable con estas obras interesantes, que existieron en Bogotá hasta 1848, y que se extraviaron después. Podrían citarse muchos otros autores de aquellas épocas primitivas, mas el carácter de estos apun-

tes no permite hacerlo. Con todo, es necesario mencionar, por los datos que contiene y su rara originalidad, la obra de Juan de Castellanos, que fué á las Indias como soldado de caballería, y después de una vida llena de azares, se consagró á la Iglesia. Bajo el título de *Elegías de varones ilustres de Indias*, cantó todos los grandes hechos de la conquista. El Sr. Vergara, en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, tan fecunda en datos interesantes, compara á Castellanos con Ercilla, y lo considera muy superior al poeta de *La Araucana*. Sin participar de este juicio que peca por absoluto, no deja de ser notable la facilidad de versificación de Castellanos y la viveza de alguno de sus cuadros. Nos ha trasmitido muchas curiosas observaciones sobre la época en que vivió; la cuerda sarcástica y amena no le falta

tampoco, y hé aquí algunos versos que podrían formar *pendant* al naufragio del primer canto de *Don Juan:*

. . . .
Ningún verso del salmo concluía
Y en la pronunciación como beodo;
E una vez que ya lo proseguía
Según mi parecer, de mejor modo,
Cuando *asperges me, Dómine,* decía,
Un gran golpe de mar me cubrió todo.
. . . .

No es menos espiritual el episodio de aquel portugués que tomó por querida á una india, deseosa de abandonarle, y que en la noche de bodas, después de haberla puesto una camisa para mayor honestidad, tuvo que dejar que se separara de su lado pretextando un *negocio necesario,* como dice el autor de estas estrofas, que parecen desengarzadas de un cuento de Bocaccio ó de Lafontaine:



biano
hace
no se
ue los
ellos
uz so-
66, de
res en
ijo de
es que
apitán
buena
gozaba
en su
as; fué
ircuns-
resó á
ncia de
ue era
cróni-
os. Po-
que la
imiento

Se levantó del lusitano lado
Y sentóse no lejos dél, que estaba
Los ojos en la india, con cuidado
De mirar si á más lejos se mudaba;
Siendo de su mirar asegurado,
Viendo que la camisa blanqueaba,
La india, luego que la tierra pisa,
Quitóse prestamente la camisa.
Y al punto la colgó de cierta rama
Por cebo de la vana confianza;
Aprestó luego más veloz que gama
Con el traje que fué de su crianza:
El pensaba lo blanco ser la dama,
Mas pareciendo mal tanta tardanza
Le decía: *Ven ya, miña Tereya*
A os brazos do galán que te deseya!...
Viendó no responder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brío,
Diciendo: *¿Cuidas tú que naon te vejo?*
Véjote muito bien per ó atavío!...
Echóle mano, más halló el pellejo
De la querida carne ya vacío;
Tornóse, pues, con solo la camisa,
Y más lleno de lloro que de risa!...
. . . .

En el curso de estas páginas he mencionado *El Carnero* de Juan Rodríguez Fresle, que durante dos siglos circuló de mano en mano, copiado con más ó menos fidelidad,

hasta que el literato colombiano D. Felipe Pérez lo reimprimió hace pocos años. Sobre este autor no se tienen más datos biográficos que los consignados en su obra, pero ellos bastan para arrojar suficiente luz sobre su persona. Nacido en 1566, de los Fresles de Alcalá de Henares en los reinos de España, era hijo de uno de los primeros pobladores que llegaron á las órdenes del capitán Ursúa. Parece que recibió buena educación y que su familia gozaba de valiosas relaciones; abrazó en su juventud la carrera de las armas; fué á España más tarde, y, por circunstancias largas de referir, regresó á su país después de una ausencia de seis años. Su libro enseña que era agricultor y que dió fin á esa crónica curiosa á la edad de 70 años. Pocas lecturas más interesantes que la de esta *Conquista y Descubrimiento*

Se levantó del lusitano lado
Y sentóse no lejos dél, que estaba
Los ojos en la india, con cuidado
De mirar si á más lejos se mudaba;
Siendo de su mirar asegurado,
Viendo que la camisa blanqueaba,
La india, luego que la tierra pisa,
Quitóse prestamente la camisa.
Y al punto la colgó de cierta rama
Por cebo de la vana confianza;
Aprestó luego más veloz que gama
Con el traje que fué de su crianza:
El pensaba lo blanco ser la dama,
Mas pareciendo mal tanta tardanza
Le decía: *Ven ya, miña Tereya*
A os brazos do galán que te deseya!...
Viendo no responder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brío,
Diciendo: *¿Cuidas tú que naon te vejo?*
Véjote muito bien per ó atavío!...
Echóle mano, más halló el pellejo
De la querida carne ya vacío;
Tornóse, pues, con solo la camisa,
Y más lleno de lloro que de risa!...
. . . .

En el curso de estas páginas he mencionado *El Carnero* de Juan Rodríguez Fresle, que durante dos siglos circuló de mano en mano, copiado con más ó menos fidelidad,

hasta que el literato colombiano D. Felipe Pérez lo reimprimió hace pocos años. Sobre este autor no se tienen más datos biográficos que los consignados en su obra, pero ellos bastan para arrojar suficiente luz sobre su persona. Nacido en 1566, de los Fresles de Alcalá de Henares en los reinos de España, era hijo de uno de los primeros pobladores que llegaron á las órdenes del capitán Ursúa. Parece que recibió buena educación y que su familia gozaba de valiosas relaciones; abrazó en su juventud la carrera de las armas; fué á España más tarde, y, por circunstancias largas de referir, regresó á su país después de una ausencia de seis años. Su libro enseña que era agricultor y que dió fin á esa crónica curiosa á la edad de 70 años. Pocas lecturas más interesantes que la de esta *Conquista* y *Descubrimiento*

Se levantó del lusitano lado
Y sentóse no lejos dél, que estaba
Los ojos en la india, con cuidado
De mirar si á más lejos se mudaba;
Siendo de su mirar asegurado,
Viendo que la camisa blanqueaba,
La india, luego que la tierra pisa,
Quitóse prestamente la camisa.
Y al punto la colgó de cierta rama
Por cebo de la vana confianza;
Aprestó luego más veloz que gama
Con el traje que fué de su crianza:
El pensaba lo blanco ser la dama,
Mas pareciendo mal tanta tardanza
Le decía: *Ven ya, miña Tereya*
A os brazos do galán que te deseya!...
Viendo no responder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brío,
Diciendo: *¿Cuidas tú que naon te vejo?*
Véjote muito bien per ó atavío!...
Echóle mano, más halló el pellejo
De la querida carne ya vacío;
Tornóse, pues, con solo la camisa,
Y más lleno de lloro que de risa!...
. . . .

En el curso de estas páginas he mencionado *El Carnero* de Juan Rodríguez Fresle, que durante dos siglos circuló de mano en mano, copiado con más ó menos fidelidad,

hasta que el literato colombiano D. Felipe Pérez lo reimprimió hace pocos años. Sobre este autor no se tienen más datos biográficos que los consignados en su obra, pero ellos bastan para arrojar suficiente luz sobre su persona. Nacido en 1566, de los Fresles de Alcalá de Henares en los reinos de España, era hijo de uno de los primeros pobladores que llegaron á las órdenes del capitán Ursúa. Parece que recibió buena educación y que su familia gozaba de valiosas relaciones; abrazó en su juventud la carrera de las armas; fué á España más tarde, y, por circunstancias largas de referir, regresó á su país después de una ausencia de seis años. Su libro enseña que era agricultor y que dió fin á esa crónica curiosa á la edad de 70 años. Pocas lecturas más interesantes que la de esta *Conquista* y *Descubrimiento*

mes y decididos; el primer periódico se publica, y, durante la administración del virey Ezpeleta, la naciente colonia cuenta ya con hombres consagrados al cultivo de las ciencias y las letras. En ese tiempo aparece la primera guía del vireynato, que contiene datos importantísimos é interesantes sobre la situación de la capital; se construye un teatro, que todavía subsiste en Bogotá, tal como fué edificado, y en cuya puerta se puede ver la siguiente inscripción: «El 6 de Octubre de 93, entoldada apénas la casa, se decían ya unas comedias que llamaron provisionales, las cuales se prolongaron hasta el 11 de Febrero, y concluida la obra, principiaron otras nuevas funciones el 27 de Octubre del mismo año.» Por documentos encontrados en nuestros días se sabe que en aquellas representaciones se pusieron en

escena *La Misantropía* y *El Cid* de Guillén de Castro, y la comedia *Caprichos de amor y celos*. En una reseña histórica del teatro de Bogotá se da idea de los actores de aquella época, que, según parece, eran en su mayor parte españoles, aunque algunos abrazaron la causa republicana y sufrieron los resultados de la revolución; y su autor recuerda especialmente las funciones que se dieron al tenerse noticia de las invasiones inglesas al Río de la Plata, victoriosamente rechazadas por los soldados argentinos, en estas líneas que recomiendo especialmente á mis compatriotas: «Todo eso tuvo lugar cuando se supo la reconquista de Buenos Aires. Ese triunfo de las fuerzas mandadas por Liniers que vencieron á más de 12.000 ingleses acaudillados por Berresford, se celebró en Santafé de Bogotá con pom-

pa inusitada, funciones teatrales, corridas de toros, carreras de caballos, fuegos artificiales, juegos de bisbis y de cachimona, etc. Cuentan que todo estuvo á las mil maravillas»... Otra de las aficiones desarrolladas por aquellos días y que dieron un impulso poderoso al cultivo de las letras, fué el de los círculos literarios, en cuyo seno se formaban y discutían los hombres más distinguidos de la capital, los que más tarde, en la guerra de la independencia, ilustraron sus nombres ó cayeron bajo el hacha del verdugo. Tales eran las tertulias *Eutropélica* y del *Buen gusto*, muchos de cuyos miembros se han conquistado una reputación en la historia de su país. Fomentaban el amor á los trabajos del espíritu y alentaban las producciones de talentos vigorosos, que si no tienen la reputación que merecen es porque

vivieron en un punto lejano, en el corazón de la América, con grandes cualidades oscurecidas por el medio en que se encontraban. Tal fué el destino de Caldas y Mútiz, esos sabios profundos cuyo nombre debe inscribirse al lado de todos los grandes benefactores de la humanidad. Así, cuando en 1801 desembarcaron en Cartagena el barón de Humboldt y su compañero M. Amadeo de Bompland, y, después de remontar el río Magdalena, explorando sus bosques, llegaron á Bogotá,—inmenso debió ser su asombro al encontrar un círculo de naturalistas tan distinguidos como los que componían la expedición botánica. Mútiz había obtenido del Gobierno la creación de un Observatorio astronómico, que aún existe, y el envío de varios instrumentos que se le hizo desde la corte de España.

Nacido en Cádiz, este distinguido eclesiástico desde su llegada á Colombia empezó á consagrarse á la enseñanza y á hacer exploraciones científicas en aquellas regiones. Caldas nació en Popayan en 1771, haciendo allí mismo sus primeros estudios, en los que manifestó tal afición á las matemáticas, que permanecía absorbido en sus cálculos durante largas horas. Muy pronto su genio se reveló de una manera cierta é indudable, pues habiendo fracasado en algunas especulaciones mercantiles, y deseando ensayar prácticamente sus conocimientos, tuvo que inventar y suplir todos los instrumentos astronómicos que le faltaban, fabricándolos sin más que una obra titulada *Observaciones astronómicas* del marino español D. Jorge Juan. Poco después inventó un método para medir las alturas, fun-

dado sobre la constancia del calor del agua en ebullición y sobre su variación mudando de nivel, y poniendo en práctica sus observaciones concluyó que «las montañas se pueden medir con el termómetro, como se hace con el barómetro.» Difícil sería seguir á este sabio infatigable en todas las exploraciones que emprendió y estudios que hizo. Al volver á Bogotá, después de una larga ausencia en que se había ocupado en recoger elementos para sus estudios predilectos, Mútiz le hizo entrega del observatorio astronómico, y pudo entregarse en él á sus observaciones favoritas. Su destino fué triste, y sufrió el contragolpe de todas las dificultades con que chocaba en la sociedad aislada y reducida de una colonia pobre, sin apoyo ni estímulo para llevar á buen término sus trabajos. La guerra de la in-

dependencia, á cuyo servicio se consagró, cortó para siempre su vida noble y valerosa. Tuvo el mismo fin que su compatriota Camilo Torres: un patíbulo, levantado por el odio y la tiranía. La mayor parte de sus trabajos científicos se perdieron ó fueron confiscados por sus enemigos.

Como se ve, los sabios y literatos modernos tienen antecesores gloriosos en el pasado. Muchos nombres grandes han quedado borrados en esta ligera reseña, pero he debido mencionar siquiera algunos, los más culminantes, aquellos que han venido sin esfuerzo á los puntos de mi pluma. Por lo demás, lo he dicho ya otra vez: en Colombia la poesía flota en la atmósfera; se desprende como un perfume sutil y embriagador del alma de las mujeres; se reanima con la visión de las antiguas glorias; se alimenta con la con-

templación de la naturaleza. A pocas horas, tenéis el Tequendama; levantando la vista al cielo, la cumbre canosa y fría del Tolima. Más lejos, hondonadas profundas, montes descarnados ó cubiertos de verdor, torrentes que se precipitan bramando de la altura, la vegetación más exuberante de la zona tropical, unida á los arbustos achaparrados por el frío de las alturas. Todo predispone para la poesía en el exterior. En el interior, en la masa humana, un pueblo con costumbres propias, donde todavía no ha penetrado el nivel igualador de la inmigración europea, indios á quienes convienen hoy en día las viejas descripciones de Piedrahita, ciudades que conservan el sello colonial, con un resto de los antiguos hábitos que, á medida que pasa el tiempo, desaparecen ó se transforman. Con estos elementos se explica

este espíritu colombiano, tan distinto del de los otros pueblos de América. El talento abunda, todos tienen alma de poeta y casi todos hacen versos. La vida arrastra á algunos por sendas diversas y enclava á otros sobre el ingrato yunque de la rima. Falta el estímulo, la poesía es una querida exigente que necesita diamantes. Así, nada más difícil que seguir á algunos de estos talentos verdaderos al través de las hojas sueltas de los periódicos, de las entregas de las revistas, de la inmensa dispersión de una publicidad caprichosa y aventurera. El carácter de esta breve reseña no me permitirá detenerme como desearía sobre todos los autores contemporáneos; por lo demás, esto exigiría un volumen solo de sana y nutrida crítica. Debo mencionar, empero, los principales, aquellos cuyo nombre está consagra-

do por una larga vida de trabajo fructífero, recordando al propio tiempo los representantes más eximios de la nueva generación.

Ante todo, es necesario hablar del círculo de la Academia. Su espíritu conservador, el afán con que vela por la pureza y corrección del idioma, la sabia majestad de sus reputaciones y la honorabilidad de sus miembros, hacen de ella un núcleo poderoso y de decisiva influencia en los destinos literarios del país. Ella da la palabra de pase á los talentos nacientes, ensalza á los unos y cubre á otros con un espeso sudario de indiferencia, muy difícil de levantar. Esta especie de supremo areópago tiene sus dioses y sacrifica en sus aras místicos inciensos. Ama á América, pero no quiere ver penetrar en ella el espíritu extranjero. Quiere que nuestra literatura sea una con-

tinuación de la española, con los mismos ideales artísticos y religiosos. Se deleita con Moratín, califica á Bello de príncipe de los líricos americanos, es clásica convencida y ultramontana de ley, cultiva relaciones continuas con los maestros del habla castellana y todavía se hace cruces al recordar aquella célebre respuesta de nuestro grande Juan María Gutiérrez á la Academia española, rehusando el título con que esta pretendió honrarlo. Este carácter no la hace muy simpática á la juventud; pero es lo cierto que en ella se encuentran talentos egregios y nobles caracteres, y que la mayor parte de sus miembros son dignos de la fama que les ha conquistado sus labores y sus estudios.

Los fundadores de la Academia colombiana fueron los Sres. Miguel Antonio Caro, José María Vergara

y Vergara y José Manuel Marroquín. El primero, hijo de José Eusebio Caro, muerto en 1853, ha recibido como por una misteriosa herencia el vasto caudal de la inspiración paterna. D. José Eusebio Caro, en efecto, ha sido uno de los poetas más notables de la América latina. Sus obras, reunidas por su compañero de tareas en el periodismo, José Joaquín Ortíz, nos presentan las variadas fases de su espíritu sensible y vigoroso, ora derrame aquella *Lágrima de felicidad*, que parece el gemido melancólico de la *quena* escuchado en la noche callada, ora sacuda el látigo de la sátira política sobre la espalda ensangrentada de sus adversarios. Pero la inspiración de Miguel Antonio Caro, encerrada en los moldes estrechos de un clasicismo exagerado, queriendo unas veces volver á las ana-

creónticas de Meléndez, y otras al rebuscamiento rotundo de las odas de fray Luis de León, no ha llegado todavía, como es de desearse, á la nota lírica verdadera y humana, al verso moderno, no exhumado de los antiguos ideales y cubierto con el polvo de los manuscritos, al verbo que brota del alma y en que vibra el sentimiento contenido ó estalla la verdad en arranques sinceros. Los sentimientos del hogar, los goces de la familia y tantos otros temas, tan nobles como estos, en que puede ensayarse un poeta, no han hecho jamás vivir una estrofa en la posteridad. Todos sonreímos al llegar á aquella parte de *Una lágrima de felicidad*, en que el padre del Sr. Caro, refiriéndose á su esposa, habla de los diez frutos de su amor matrimonial. Lejos de nuestra intención hacer de esto un motivo de

ridículo; cuando más, hay en ello una falta de tino. Pero si menciono este hecho, si reprocho al Sr. Caro el carácter de su musa, es porque aquí se presenta una vez más la oportunidad de dejar consignado que la poesía para ser grande debe ser íntima y sentida, despreciar los temas retóricos que ofrecen ancho campo á la labor del gramático minucioso, por el verdadero acento humano que nace del alma y que llega al alma. Así, Caro nos deja fríos, cuando dirigiéndose á las estrellas, comienza una oda larga y cansada por estos versos amanerados, en quien se ven patentes todos los defectos de su escuela poética:

A vos, castas estrellas,
Gloria del firmamento y poesía,
Vuela el ánima mía:
A vos, lumbreras bellas,
Absorto sigo las calladas huellas;

ó cuando emplea palabras extravagantes, que serán todo lo castizas que se quiera, pero de las que no debe echar mano el poeta, como, por ejemplo en el canto *Al Tequendama:*

¡Cuán hermoso en tu misma *terribleza!*

A cada paso en los versos de este eximio literato resalta la idea preconcebida, que trae aparejados con ella el prosaismo, el giro forzado, la confusión y la oscuridad de la frase. Y no es porque Miguel Antonio Caro no sea susceptible de producir cantos líricos dignos de su inteligencia y de su corazón, sino por esta malhadada afectación de la pureza del idioma, de los modelos antiguos, como si para ser poeta se necesitara tener á un lado la *Gramática* de Bello y al otro el *Diccionario de la Rima*, como si en las poe-

sías del gran maestro español Núñez de Arce, por ejemplo, á quien el Sr. Caro aconseja como modelo á la juventud, se notara en algo el esfuerzo, el estiramiento, la prosa con cadencia, los intrincados enredos de la idea que escapa á cada instante en la lectura, y que es necesario extraer pacientemente, como se resuelve una incógnita. En las páginas de este libro he tenido ya oportunidad de mencionar y de combatir las ideas de Caro al hablar de D. Andrés Bello. Y otra vez me veo obligado á insistir sobre esto. No son la «corrección y el decoro» las cualidades culminantes de la poesía. Más aún, estas condiciones son secundarias y no constituyen un elemento indispensable para la grandeza de una obra poética. Shakespeare tiene no pocos defectos, y es, sin embargo, el primer poeta de la hu-

manidad, «el hombre que ha creado más, después de Dios», según la frase de Dumas; Byron fué azotado sin piedad á su aparición en el mundo de las letras, y no son pocos los lunares que un crítico miope puede señalar en sus obras y nadie como Byron ha arrancado del fondo del alma acentos más desgarradores; hay en la *Divina Comedia* muchos versos que el Sr. Caro conoce seguramente y á quienes puede atacarse con justicia, y ella es uno de los más grandes monumentos del espíritu humano; Musset era incorrecto, y su musa es cada día que pasa más escuchada por todos los que aman y sufren; el poeta más popular en Colombia, Gutiérrez González, es terriblemente descuidado; Andrade, en nuestro país, también lo fué; la escuela de los *parnasianos* en Francia, que ha dejado estrofas admira-

blemente labradas, no ha encontrado todavía un poeta que supere ó iguale á los tres grandes maestros del romanticismo, pues Coppée y Sully Prudhomme navegan en otras corrientes.

La belleza natural no necesita el acicalamiento metódico y fastidioso de un cincel de maestro de escuela. Cenicienta, acurrucada junto al fogón de la cocina, es más bella á nuestros ojos que las sombras trágicas y correctas de las musas clásicas, con sus túnicas bien planchadas y sus cabellos sueltos en un artístico desorden. Pedimos poesía, pedimos calor, pedimos inspiración. Creemos que se puede ser un genio sin haber leído la epístola *ad Pisones*. Y si no, ahí tenéis á Robert Burns.

Caro es un traductor excelente. Posee admirablemente el latín, y ha vertido al español las obras de Vir-

gilio con una fidelidad y un esmero que asombran. Tiene también muchas traducciones de Horacio y otros poetas antiguos. Para comprender hasta qué punto es notable la traducción de Virgilio, basta saberse que Menéndez Pelayo, juez autorizadísimo en esta materia, la considera la más exacta y la mejor que existe en nuestro idioma. Maravilla ver la labor que esa obra representa, máxime cuando se piensa que Miguel Antonio Caro lo llevó á cabo en todo el vigor de su juventud. Impresa primeramente en Bogotá, la primera edición tuvo una pronta salida, y en las sucesivas la ha corregido y depurado hasta dejarla nítida y trasparente.

Como crítico, Caro ha escrito muchos y muy variados estudios. Sus discursos académicos, sus investigaciones curiosas y profundas sobre

escritores desconocidos y sus reconstrucciones de vidas vagas y autores antiguos, así como sus frecuentes prefacios á libros modernos, son trabajos que revelan una vasta erudición literaria y un espíritu tan flexible como luminoso. En este género de trabajos, se despliegan libremente sus excelentes condiciones de análisis y su sagaz penetración. Su crítica, serena y firme, no procede á la ligera; marcha con aquellos piés de plomo de que hablaba el filósofo, con tino y moderación, analizando, comparando, explicando el espíritu y la letra del libro que extiende sobre la mesa del anfiteatro; y, más de una vez, sus párrafos severos llegan á un alto grado de elocuencia y sacuden al lector. Las letras americanas recibirán un contingente valiosísimo el día en que este gran maestro de nuestra habla reuna en

volúmenes sus variados estudios, que han aumentado con muy curiosas informaciones el escaso depósito de nuestros conocimientos en la literatura americana. Este autor, tan digno de aplauso, es al mismo tiempo uno de los ciudadanos más nobles y virtuosos de la sociedad de Bogotá. Su vida, consagrada á su familia y á sus trabajos incesantes, ofrece un modelo de dulce paz y satisfacción íntima, que inspiran el respeto y atraen la simpatía.

José María Vergara y Vergara, muerto hace ya algunos años, ha dejado uno de los trabajos más útiles é interesantes á que puede consagrar su tiempo un escritor de talento. Su *Historia de la Literatura en Nueva Granada* cuya primera parte, que abarca desde la conquista hasta la independencia, se publicó en 1867—contiene datos fecundos

sobre las obras y los autores que ha tenido que desentrañar del polvo de los archivos y de la oscuridad de las épocas pasadas, sin más apoyo ni estímulo que su decidida afición literaria, su espíritu investigador y su generoso patriotismo. En ese libro, que revela mejor que nada su vigoroso talento, se asiste al génesis literario de la colonia, se la ve recibir nuevos y valiosos contingentes de la madre patria, desenvolverse y progresar, primeramente á pasos medidos y después con vida propia y entusiasmo nacional, hasta que, por fin, llega á un desarrollo notable y desecha las andaderas de sus antepasados para marchar abandonada á sus propias fuerzas. Para llevar á buen término este trabajo, el señor Vergara y Vergara ha hecho prueba de una paciencia y una laboriosidad sin ejemplo. Él ofrece tanto ó

mayor interés bajo el punto de vista histórico que bajo el literario. Contiene muchas y variadas trascripciones de fragmentos de obras antiguas ó inéditas, pues el autor, con afición infatigable, había logrado hacerse poseedor de una valiosísima colección de manuscritos y obras curiosas, que hoy se encuentran en la Biblioteca nacional. La fecunda vida del Sr. Vergara se llenó, además, con numerosos estudios de otro género. Redactor de periódicos y revistas, fundador del círculo literario que ha tenido mayor vida en Bogotá—ha sido también uno de los poetas más dulces que han existido en Colombia. Su musa, sin engolfarse en el abismo de las grandes pasiones que agitan á la humanidad, no desdeña la franca carcajada del humorista y el rasgo epigramático del satírico. Es un poeta correcto, ar-

mónico, sencillo y de fácil elocución. Los sentimientos más tiernos tienen en él un intérprete elegante y sobrio, que encanta por una especie de bruma melancólica en que se impregnan sus estrofas. Murió rodeado de cariño y de respeto, y su nombre es venerado en Bogotá como el de uno de los espíritus más cultos y distinguidos que abrigó su seno.

Debo pasar por alto al Sr. Marroquín, para ocuparme más tarde detenidamente de él, y citar, entretanto, otros miembros de la Academia colombiana que se distinguen en el cultivo de las letras. Tales son, por ejemplo, D. José Caicedo Rojas, nacido en 1816, año de inmensa angustia para la patria, poeta fácil, chistoso y distinguido, escritor de costumbres de galano estilo y facilidad asombrosa, institutor de la juventud en su edad madura y cuyo

carácter, franco y amable, presenta una dulce mezcla de jovialidad y de virtud; D. Felipe Zapata, autor fecundo é infatigable, que se ha ensayado en los temas más diversos y ha demostrado siempre las sólidas cualidades de su espíritu cultivado; D. Rufino José Cuervo, cuyas *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* son un monumento imperecedero, y que actualmente se ocupa en Paris en la confección de un *Diccionario sintáctico*, joven todavía pero animado de ese ardor de persistencia que solo engendra obras grandes y duraderas; D. Sergio Arboleda, hermano del célebre caudillo colombiano cuya vida tronchó el hierro del asesino, siempre en la brecha del periodismo militante y manejando la pluma como su hermano manejaba la espada; D. Venancio Gonzalez Manrique, políglota dis-

tinguido y educacionista de mérito; D. Diego Rafael de Guzmán, que escribe el español como un antecesor de Cervantes, y ha publicado unas *Novelas ejemplares* en el estilo de este; D. Carlos Martinez Silva, jurisconsulto de vasta ilustración y sólida inteligencia, anotador de la obra de *Derecho Internacional* de D. Andrés Bello y actualmente director del *Repertorio Colombiano*, importante revista mensual donde se publican trabajos de los miembros de la Academia.

He mencionado á Julio Arboleda, y debo detenerme para decir algunas palabras de este poeta de vida tan malograda. Debatiéndose constantemente en la ardiente arena política, mezclado en las contiendas que asolaban á su patria, su vida fué aquella milicia de que habla Job, y sucesivamente orador parlamentario

de palabra arrebatadora, periodista de estilo incisivo como el golpe de un puñal, unas veces en la prisión y otras en el destierro, fué á caer por fin en una montaña inculta, herido por una mano traidora que le acechaba en la sombra. Pero en medio de tantas alternativas diversas y de tantas horas luctuosas, tuvo tiempo y placer para dedicarse á la poesía, y hoy que los pasados hechos se han enfriado, el nombre del político se borra paulatinamente y vive solo el genio del poeta. La nota del dolor, el grito del alma que sufre, repercuten frecuentemente en su lira; se comprende que su alma, amargada y hastiada por las tempestades públicas, necesita desahogarse con la musa cariñosa que vela á su lado:

Entre el terrible estrépito del mundo,
O en esta soledad, dulce, sombría,

Mi corazón palpita de agonía
Y vive del dolor mi corazón;
Mi corazón, cuyo latir convulso,
Perdida la quietud, la paz perdida,
Le da existencia, como al mar da vida
El sordo rebramar del aquilón!...

Otras veces sus acentos parecen grabar en la frente de los réprobos las luminosas palabras del profeta; la indignación sacude su espíritu conmovido, y entonces escribe estos versos contenidos, febricientes, sonoros y rotundos, donde parece presentir su trágico destino:

Oh! yo perdono al tigre sanguinario!
Oh! yo perdono al mónstruo de Tiberio!
Perdono á Sila, César y aun á Mario,
Esos tiranos del inmenso imperio;
En su crueldad al menos hay grandeza,
Ambición en sus almas varoniles;
Mas no perdono á vuestros rojos viles,
Por que jamás perdono la vileza.

. . . .

Y ved! no me acechéis en los caminos
Con ocultos y viles asesinos;
La bala que de frente me señala
Mata tan bien como cualquiera bala!...

La obra de más largo aliento de Arboleda, que ha quedado sin terminar, es el poema *Gonzalo de Oyón*, recientemente incluido en la colección de sus obras poéticas publicada por el Sr. Caro. Aunque no quedan de él sino fragmentos donde es dificilísimo seguir el hilo de la acción incompleta, tiene cuadros magníficos y versos de una perfección admirable. La carta de Pubenza arranca lágrimas al corazón más indiferente; aquella carrera desenfrenada del héroe á través de los montes y las selvas, donde parece oirse el redoble de los cascos del corcel de Mazzepa, da á los versos un movimiento y una rapidez incomparables. Descripciones brillantes en que se derrocha el franco colorido, reflexiones amargas que nacen envueltas en suspiros íntimos, mil bellezas de todo género resaltan en esta obra notable,

que parece desmentir una de las más bellas estrofas de Arboleda, pues ha sido consagrada por la admiración unánime de sus contemporáneos:

..... ¡Oh! ¿Qué es la gloria
Qué el mundo puede dar? ¡Ruído de un día!
¡Pide á la inmensa fábrica sombría
De Asirio, Medo, Egipcio, una verdad!
¡Reyes, Historia, pueblos perecieron;
El torrente del tiempo con sus olas
Lavó las letras, y en las piedras solas
Queda apenas soberbia y vanidad!...

El decano de los poetas de Colombia es actualmente D. José Joaquín Ortiz. Sus obras en verso, publicadas en 1880, ofrecen una mezcla admirable de fuerza y de inspiración varonil y cristiana. Su lira ha cantado siempre los grandes ideales de la existencia: la patria, la fe y la familia. Discípulo de Quintana, sus odas tienen el mismo corte vigoroso y altivo de las del gran maestro español,

y como él defiende la religión de sus mayores y la pureza del hogar sagrado. Ya empuñe la trompa épica para cantar las glorias de la bandera colombiana, las vacilaciones de Colón al ir á tocar las playas del Nuevo Mundo, los primeros colonos que llevaron de la madre patria los animales domésticos, Balboa absorto delante del Océano Pacífico, penetrando en él cubierto de todas armas y sometiéndolo á la corona española; ya se dirija á un joven poeta mostrándole las fuentes de la verdadera inspiración moderna y haga vibrar la lira sagrada con trémulos acentos, ó se detenga delante del Tequendama, como Heredia delante del Niágara, y lo apostrofe con elocuencia arrebatadora,—es siempre un gran maestro, un poeta de enérgica y brillante inspiración, encerrada en formas llenas de severa majestad. En

el canto al *Tequendama* la nota lírica llega á su mayor expansión y el verso palpita y vibra como un arpa acabada de pulsar:

¡Oh! ¡qué objetos! ¡el hombre y Tequendama!
¡El hombre sin poder, pincel ni acento
Con que pintar lo que su mente inflama,
Que ayer nacido, vivirá un momento,
Y mañana en el polvo del sepulcro
De su vivir se extinguirá la llama!
¡Y esta tremenda catarata, eterna,
Con esa voz cual la de mil tambores,
Cual ruído estrepitoso
De cien y cien caballos triunfadores,
En el afán de una total derrota;
Y ese hervir fragoroso, inextinguible,
Y esa su roca firme, estable, inmota,
Que alcanzará á los años de los años
Y del mundo á la edad la más remota!

El Sr. Ortiz, como muchos de sus distinguidos compatriotas y colegas, como Caro, Marroquín, Carrasquilla, Martínez Silva y tantos otros, ha consagrado á la enseñanza la mayor parte de su vida. Es un anciano

de fisonomía dulce y noble, cuyo modesto hogar es un santuario de virtud apacible. Y no solamente en poesía ha logrado levantar su nombre á una altura envidiable. Polemista vigoroso y enérgico, él ha defendido en la prensa, con infatigable ardor, su fe profundamente cristiana; y, aunque sus ideas no hayan sido siempre simpáticas á la totalidad de sus conciudadanos, todos las han respetado por su franca y varonil honradez.

El poeta más popular de Colombia es, sin duda alguna, Gregorio Gutiérrez y González, muerto en 1872. He aquí, ciertamente, un genio espontáneo, nacido sin ayuda de ninguna especie y desarrollado libre y desigualmente, con inquietudes constantes y sobresaltos dolorosos, hasta alcanzar la plena florescencia de su espíritu. En la brillante intro-

ducción de D. Salvador Camacho Roldán,—puesta á la obra de Gutiérrez González, se señala con mano maestra el nacimiento del genio poético del ilustre antioqueño y su progresivo desenvolvimiento, y todo con pinceladas tan bellas, que es ciertamente una audacia añadir una palabra después de las frases de tan distinguido escritor. Gutiérrez González pertenece á esa generación enfermiza que viene al mundo á derramar lágrimas abrasadoras, y cuya vida es un martirio continuo. La historia de la humanidad está trazada con sangre en los poetas de su especie. Los éxtasis de las primeras edades huyeron como las golondrinas cuando se aproxima el invierno, pero quedan la amargura y la desesperación, la lucha del hombre consigo mismo, con sus victorias sangrientas y sus desencantos pre-

maturos. El poeta sacrifica sus horas de deleite por una sombra ó por un sueño. Marcha sin pensar en el término de su camino, deteniéndose en todas las flores, contemplando todos los paisajes, bebiendo en todas las fuentes y eternamente sediento, porque la sed de la belleza es inextinguible. Se parece al héroe de una poesía de Gautier. Inclinado sobre un pozo profundo, arrojaba en él á manos llenas oro, mucho oro, para ocupar su cavidad y hacer subir el agua hasta sus labios. ¡Desgraciados! Volcamos los tesoros de nuestra conciencia y nuestro corazón, y el ideal siempre está lejano, siempre pasa como un sueño ó se disipa como una sombra. El carácter de la poesía se ha transformado por completo con el trascurso de los tiempos, y cada día abarca horizontes más inesperados. El salmo de los primeros poetas

se ha confundido con la elegía de los últimos. La voz de David ha enmudecido para hacer oir las lamentaciones de Job. La maldición se levanta del polvo de la tierra y el veneno se infiltra en las fuentes más recónditas del sér. La luz que se desborda en los versos sonrientes de Virgilio, ha abandonado á su discípulo en medio del camino de la vida. Una parecía el reflejo dorado del Edén de Milton con su eterna frescura y su eterna juventud; otra parece una visión del Infierno del Dante, donde se mueven en la sombra confusa los condenados que turban la soledad con el estertor de las gargantas y el rechinamiento de los dientes. Una sube á los cielos como las vírgenes de Rafael, otra se arrastra por la tierra como los mendigos de Goya. Una se presenta tímida como una virgen que marcha al altar, otra

se envuelve en un manto de tinieblas como una viuda que llora la ausencia de sus días venturosos. Una eleva un trono de nubes que sirve de asiento á un arcángel esplendoroso, la otra levanta un cadalso de brumas donde cruzan los misteriosos caballeros del apóstol de Patmos...

¡Ah! ¡Cuánta amargura, cuánto verdadero dolor revelan los cantos del poeta colombiano; cómo se respira en todos ellos una atmósfera desesperada, un cansancio infinito, una aspiración indomable á la calma del sepulcro! ¡Su eterna melancolía encuentra notas desgarradoras, acentos trémulos y profundos, que nacen de las heridas más íntimas del alma y que brotan envueltos en lágrimas y en sangre! Por eso vive y vivirá mientras en su patria se rinda culto á la belleza; por eso nos estremece con su implacable sufrimiento, y el

ritmo de sus estrofas, amargamente sublimes, incorrectas algunas veces, grandiosas siempre, nos parece el eco lejano de un eterno sollozo que se repite sin cesar. ¡Maldito y funesto don del genio, que así tortura á sus iniciados, para hacerlos morir como á Heine, á Becquer, á Leopardi, á Lenau, á Edgard Poe, á Nerval, perseguidos por la miseria, heridos por el dolor, en la puerta de una taberna, después de una agonía de diez años, ahorcados en una calle tenebrosa, hostigados sin piedad por una especie de odio violento y ciego que, como el huracán á los árboles, no ataca sino á las frentes que más se elevan sobre la humanidad.

El libro de Gutiérrez González se abre con una preciosa poesía *A Julia*, la constante compañera de sus días venturosos ó desgraciados:

¡Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos!

Esta nota apasionada y dulce se encuentra donde quiera que se abra este volumen. Un médico avisa al autor que tiene una enfermedad que le hará morir antes de un año; y véanse las notas desgarrantes que encuentra para contestar esta fúnebre profecía:

¡Morir!... ¡Morir!... un eco misterioso
Parece repetir estas palabras
En el fondo del alma... ¡En otro tiempo
Nunca, Temilda, al corazón llegaban!
Ya de mi vida el último reflejo
Siento que débil en mi pecho vaga,
Cual la luz moribunda de una antorcha,
Que con más brillo al espirar se inflama.

. . . .

¿Qué es la muerte de un hombre, si á lo grande
De millares de mundos se compara?
Una gota pequeña de los mares
Por el rayo del sol evaporada...

. . . .

¡Morir! ¡Triste es morir cuando la vida
Sólo ha corrido la tranquila infancia,
Cuando sigue á las lágrimas del niño
El ¡ay! postrer que el moribundo exhala!...

Más lejos, el amor encuentra en él otros acentos. Dirigiéndose á la mujer á quien ama, le dice:

¡Y si niña te amé, mujer te adoro;
Eras mi ángel, ya serás mi Dios!...

Apostrofando á la Desgracia, estampa estas palabras melancólicas:

¡Tú naciste do ha muerto mi esperanza,
Y vendrás de mi tumba hasta el dintel!...

Algunas de sus estrofas son repetidas por todos en Colombia, y han llegado á constituir una especie de refrán. Tales son las de aquella composición que ha titulado *¿Por qué no canto?* y en la que todo, el ritmo, la rima, el corte de la estrofa, cadenciosa y suave, la dulce melancolía

del pensamiento, se reunen para formar una verdadera obra maestra:

¿Por qué no canto? ¿Has visto á la paloma,
Que cuando asoma en el Oriente el sol,
Con tierno arrullo su canción levanta
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?...
¿Y no la has visto cuando el sol avanza
Y ardiente lanza rayos del cénit,
Que fatigada tiende silenciosa
Ala amorosa
Sobre su nido, y calla, y es feliz?
. . . .
Pero después... nuestro placer guardamos,
Como ocultamos el mayor pesar;
Porque es mejor en soledad el llanto,
¡Y crece tanto
Nuestra dicha en humilde oscuridad!...
. . . .
¿Conoces tú la flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor?...
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece á la sombra,
¡Mas se marchita con la luz del sol!...
. . . .
¡Debe cantar el que en su pecho siente
Que brota ardiente su primer amor;
Debe cantar el corazón que herido
Llora afligido,
Si ha de ser inmortal su inspiración!
. . . .

No hay sombras para tí. ¡Como el cocuyo
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va!...

Pocas estrofas más dulces, más bellas, más impregnadas de verdadera inspiración que las que acabo de trascribir; y la composición entera está á la misma altura. Pero ¿para qué seguir á este autor en las distintas fases de su genio simpático y ondulante? Me vería obligado á trascribir su obra poética entera. En todas sus páginas hay notas que cantan y voces que gimen. El rasgo satírico se une en él á la franca explosión del lirismo, y siempre nos encanta su ingenuidad misteriosa y ese vago perfume de melancolía que se derrama en sus estancias suspirantes.—Algunas veces, sin embargo, su amargura encuentra acentos de una verdad y de un realismo aterra-

dor, y entonces nos hace sufrir con el hondo sentimiento que se desborda en sus palabras:

Ya no puede tener mi acentò brío;
Gasté todo... hasta el filo del dolor;
Ya ni al aspecto del pesar suspiro;
Odio, y me cansa todo lo que es mío;
¡Es más que desaliento; es postración!
Pasó ya el tiempo de cantar á Julia,
Los cantos para ti pasaron ya;
Angustia, sólo puede dar angustia;
Con el musgo arrancado de una tumba,
¿Quién puede una cabeza coronar?...

Y en la misma poesía este *lasciate ogni speranza*, desesperado y sangriento, este gemido que no ha tenido igual sino en aquellas hondas divagaciones en que Job analiza la miseria de su suerte:

¡Tantas noches amargas sin un sueño!
¡Tantas sombras en torno, y ni una luz!...

Todas aquellas tristezas, aquel desencanto indomable, debía tener

su fin; y el poeta, sintiéndose morir, cantó en versos magistrales su aleluya terrible, y en *Las dos noches* se despidió de la vida en una especie de canto de ultratumba:

¡Oh! ¡noche oscura! ¡oscura, oscura noche!
Voy á matar mi luz artificial,
Y me quedo conmigo en otra noche
Más oscura que tú, mi propio mal.
Entre dos pabellones que se elevan
Si negro es el de arriba, el mío es más:
De esas cortinas, ¿cuál me infunde miedo?
¡Me infunde miedo la que tengo acá!...
Voy á mi lecho, estrujo mi ropaje,
Dando sin descansar vueltas en él;
Vuelve el alma sus ojos hacia dentro,
Y oscuridad en su contorno ve.
Pero en su fondo no, pues donde quiera
Algo hay que punza y en relieve está...
¡No se puede borrar de la conciencia
Lo que puede borrar la oscuridad!...
. . . .

¡Ah, descubrámonos reverentes delante de la verdadera poesía, la que vive del sufrimiento y nace del alma, la que no encierra sentimien-

tos fósiles en moldes clásicos, la santa palabra que despierta todos nuestros sueños y arrulla todas nuestras emociones con su triste y misteriosa influencia!... Las «Noches» de Musset parecen revivir en algunas expresiones enérgicas de nuestro poeta. La elegía á Graziella de Lamartine no es más dulce que otro de sus cantos apasionados. Marcha herido, derramando sangre y lágrimas, vacilando como el guerrero que siente el escozor del hierro en su interior, y que sabe que va á caer en alguna hondonada oscura al descender la tarde, oyendo el lejano estruendo de la batalla que continúa y el sonido agrio y estridente del clarín que guía á sus compañeros á la victoria!...

Pero este gran cantor de las infelicidades humanas, es al mismo tiempo un poeta didactico-bucólico de

primer orden. Los temas más áridos se caldean y resplandecen cuando los envuelve el luminar vivificante de su genio. La *Memoria sobre el cultivo del maíz*, es digna de las *Geórgicas* del cisne mantuano, y tiene cuadros incomparables, un lujo de descripción que asombra, un verdadero derroche de belleza y de grandiosidad. Comparad este poema delicioso, con la empalagosa enumeración de Bello, con algunas de las elucubraciones de su maestro Delille, almidonadas y largas como un bostezo prolongado. Ved el campesino rudo internándose en la selva virgen, el desmonte, la siembra, la cosecha, los mil incidentes de este génesis pastoril, y atreveos, en seguida, á recordar las trasposiciones enigmáticas del poeta venezolano, la dureza de su espíritu, friamente calculador y prosáico, llamadle esta-

dista, sabio, todo lo que queráis. Pero ¡por Dios! no profanéis el nombre sagrado de poeta.

El Presidente de Colombia, al tiempo de nuestra llegada, es al mismo tiempo que un hombre político lleno de habilidad, uno de los poetas de que con más justicia pueden enorgullecerse sus compatriotas. Don Rafael Núñez nació en Cartagena en 1825, y durante su fecunda vida pública ha sido Catedrático y Rector del Colegio Nacional de aquella ciudad, Diputado á las Cámaras legislativas, Ministro de Guerra y de Hacienda, Cónsul en Liverpool, y Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de la República de Venezuela en Inglaterra y Francia. Al mismo tiempo, ha colaborado en multitud de periódicos de su país y del extranjero, y ha publicado, además de numerosas poesías, unos

Ensayos de crítica social, dignos de mención. Pero en el doctor Núñez —á mi modo de ver—el poeta supera con mucho al hombre político y al estadista. Es ciertamente uno de los privilegiados, y su inspiración se distingue por la reflexiva grandeza, y la fuerza del pensamiento. Ha cantado el amor, pero no ese amor idealizado de los elegíacos de buena fe, que se alimenta de ilusiones, de vaguedades, de ángeles entrevistos en sueños! El amor moderno, verdadero y humano, vive en sus páginas con palpitaciones hondamente reales, con todas las voluptuosidades de la carne, y todas las exaltaciones del sentimentalismo. Si se penetra al fondo de su espíritu, si se analizan sus pensamientos, se descubre una honda amargura y un escepticismo desconsolador. Montaigne definía al hombre «un sér ondulante»; y en

el fondo de su filosofía, en efecto, no se ve sino una larga y perpetua ondulación. Esta misma filosofía, con sus ribetes de materialismo y algunas tendencias científicas, es la del Sr. Núñez, y él mismo así lo manifiesta en la más citada de sus composiciones, titulada *Que sais-je?* y que es sólo un canto á la duda universal. Prevost-Paradol decía del filósofo escéptico: «¿Quién no recuerda la fábula encantadora de Jason, sembrando los dientes de un dragón que se cambian al instante en hombres armados, prontos á destruirse los unos á los otros? El espíritu de este gran escéptico se parece á ese campo de batalla; no brota en él una idea sin que al instante encuentre frente á ella otra idea armada pronto á combatirla; pero mientras esta lucha interior, que existe en grados diversos en todo

hombre que piensa, engendra en más de un alma una dolorosa fatiga ó un incurable hastío, ella es el espectáculo preferido, y la diversión más delicada de esta soberbia inteligencia que se cierne con seguridad sobre esta movible arena, y que ha recibido de la naturaleza el raro privilegio de encontrar en la duda misma su alimento y su reposo.» Con excepción de esta calma que falta en algunas de las amargas estrofas del Sr. Núñez, casi lo mismo puede decirse de él, añadiendo que su duda sistemática está velada por la sombra de un materialismo poético. ¿No es verdad que se recuerda aquella célebre frase de Taine, «la virtud y el vicio son productos como el vitriolo y el azúcar» al leer estos versos audaces?:

El cerebro secreta el pensamiento
Como la caña miel...

Los cantos mejores del doctor Núñez, que todavía corren dispersos en la prensa periódica de Colombia, son: *Que sais-je?*, *Todavía*, *Lo Invisible*, *La Mujer*, *Moisés;* algunos de ellos han sido firmados por el seudónimo de *Wenzel*. En la última de estas composiciones resaltan versos magistrales, acuñados con perfección y altivez. Tales son, por ejemplo:

¡La obra se muestra, mas se oculta el brazo,
Cual se oye el grito y no se ve el dolor!

. . . .

Puñal de Bruto no emancipa un pueblo,
¡Porque el tirano de los pueblos es!...

. . . .

En la cumbre del Nebo halló ese signo
Del término feliz de su misión;
Bajó las gradas del austero monte,
Y mostrando á su pueblo el horizonte
Le dijo: *¡Fuiste esclavo! ¡Eres nación!...*
¡Después murió!... ¡Del triunfo las angustias
Su corazón no tuvo que sufrir;
La ingratitud más dura que el suplicio,
El laurel más punzante que el cilicio,
No pudieron su sueño interrumpir!...

¡Dios lo premió con la mejor presea:
Del ideal la casta juventud,
Librándolo del trance indescriptible
En que al sentir la realidad terrible
Vacila confundida la virtud!...

Otrás veces su amargura se desborda en versos admirables, aconseja la ignorancia, la honda indiferencia del espíritu que no quiere profundizar los secretos de la creación, y, tanto en estas composiciones como en las de otro género, el poeta y el filósofo se reunen y se completan hasta formar una de las personalidades literarias más profundas y dignas de estudio en que puede ensayar su pluma el crítico analizador:

El jugo de la vid es alegría
Y delito después;
Como en surcos disípase el espléndido
Bermellón de una tez.
El arrebol celeste de la tarde
Recójese en crespón;
¡En coágulo de sangre el escalpelo
Convierte al corazón!

22

Ni son los ojos que en la fiesta brillan
Sino diáfano humor,
¡Instrumentos de óptica pasivos,
Sin odio y sin amor!
¿Somos hombres, ó máquinas? ¿Hay alma?
¿Somos libres, ó no?
¿Combatiendo Bolívar fué un iluso
Y nada al fin fundó?
¿El tiempo es humo, la justicia sombra,
Comedia la virtud?
¿Y son lo mismo lodazal y solio,
Vejez y juventud?...

Y más adelante en esta poesía, según mi parecer, la más característica de la musa del Sr. Núñez, descuellan estas estrofas que son, al mismo tiempo, un cuadro admirable:

Cuando por vez primera penetramos
En vasta catedral,
Honda emoción consoladora siente
Nuestra alma virginal.
El órgano y el canto nos parecen
Vagos ecos de Dios,
Porque en su infancia el corazón no duda
Que haya en el cielo voz.
Los cirios en hileras resplandecen
Como legión de luz,

El pórtico escoltando de lo eterno,
Que nos abrió la cruz.
El más apasionado evangelista
Fulgura en el altar,
Y en sus ojos la inmensa Apocalípsis
Vése reverberar.
Del arcángel levántase la espada
Que triunfa del dragón;
Y del bien la victoria infunde aliento
En nuestro corazón.
Más tarde de la ciencia el silogismo
Viene el canto á turbar,
Y helado soplo de los cirios hace
La llama vacilar.
Y de la mano del arcángel vemos
El acero caer,
Y de San Juan la fúlgida aureola
Vemos palidecer.
Y en vez de la esperanza que ilumina
Las noches del dolor,
Aparece la duda, que es del hombre
Implacable tortor.
La fe conforta, y la razón quebranta
Con su diente voraz,
Y el pensamiento espinas sólo trae
De su carrera audaz.
¡Oh! deja, deja esa labor ingrata,
Que busca la verdad,
Y en vez de iluminarnos, nos envuelve
En nueva oscuridad.
Al cabo, como Sócrates, decimos:
«Sólo sé que no sé,»
¡Y es más feliz el hombre, cuando nada
De lo secreto ve!...

A la misma generación del señor Núñez pertenece también un poeta distinguido, y como él antiguo Presidente de la República: D. Santiago Pérez. Educacionista de talento, ha consagrado su vida al adelanto intelectual de la juventud, y aunque sus primeras poesías, publicadas en muy tierna edad, adolecen de graves defectos, sus cantos posteriores muestran su espíritu en pleno desenvolvimiento. Me limitaré á citar la siguiente rotunda estrofa, cuyo autógrafo conservo en mi álbum humilde de viajero, como uno de los más preciados recuerdos:

...¡Hay en la mar regiones
De eterna calma, en que los astros rielan,
Y en cuya vasta soledad no vuelan,
O vuelan sin rumor los aquilones;
Así, hay desencantados corazones
Donde todo la muerte simboliza,
En que al fuego ha seguido la ceniza,
Y la resignación á las pasiones!...

La juventud de Colombia cuenta también con varios poetas notables, cuyo porvenir se adivina luminoso por el éxito brillante de sus ensayos. Tales son Diógenes Arrieta, ventajosamente conocido en América, espíritu batallador, enemigo valiente del pasado, legionario del sentimiento moderno que sigue las huellas del Sr. Rafael Núñez, cuyas concepciones tienen la profundidad de los talentos iluminados; Antonio J. Restrepo, que posee la nota lírica en su suprema expansión, marcha también decididamente al porvenir, y, siendo á la vez tierno y objetivo, canta con igual inspiración la muerte de un hombre puro que la caída sonora del Tequendama; Rafael Tamayo, más circunscrito quizás en su esfera de acción, poeta ardiente que da á la estrofa un corte altivo y majes-

tuoso; Carlos Sáenz Echeverría, talento refinado y dulce, que se distingue por la suavidad, por la ternura y la cadencia del verso que parece suspirar, al mismo tiempo que por el *esprit* que se desborda en sus composiciones chispeantes y encantadoras. No es posible estudiar á todos con alguna detención. La mayor parte de sus poesías han tenido el triste destino que les está reservado en América, y sus caudales poéticos están dispersos ó enterrados bajo el polvo de alguna publicación fugitiva, adonde es necesario ir á desentrañarlos, como busca el minero el codiciado metal.

A la cabeza de este grupo de escritores, y formando *pendant* con los de la Academia, se encuentra el desgraciado literato Adriano Paez, cuyo nombre es tan conocido y estimado en el nuevo continente. Su vida li-

teraria es tan fecunda en gloria como en labor. Desde temprano, sintió el *mens divinior* inflamarse en él, y, unas veces lejos de su patria, representándola con honor en el extranjero, otras veces en la prensa militante, son incalculables sus esfuerzos por hacer llegar la luz al pueblo de su nacimiento. En sus diversos viajes y en el retraimiento á que lo obliga una cruel enfermedad que padece, ha tenido oportunidad de cultivar su espíritu con esmero, y asombra el caudal de lectura y la ciencia literaria que ha alcanzado á su edad. Infatigable siempre, sin desalentarse por ningún contraste, ha sido fiel á sus primeros instintos, y ha fundado y sostenido por muchos años la más completa Revista que se publicaba en el Nuevo Mundo, *La Patria*. Es al mismo tiempo que un crítico distinguido y un na-

rrador ameno, poeta de dulce inspiración que, para los que conocen su suerte desgraciada, dice más con un suspiro que todos los grandes desesperados con un torrente de lágrimas. ¡Infortunado poeta! Este amor á las letras fué su mayor consuelo en la vida, y, rodeado de sus libros queridos, aislado del mundo, pero viviendo en el universo encantado que forjaba su imaginación, el ruído de sus triunfos ha sido el único rayo de luz que iluminaba, de tarde en tarde, su existencia quebrantada!... Los escritos de Paez son numerosísimos, y una vez reunidos y ordenados, darían la materia de muchos volúmenes. Desgraciadamente, todavía no ha llevado á cabo este trabajo, intentado hace algunos años. Pertenece á la escuela moderna, y él mismo, en el prólogo de unas *Semblanzas*, de las que no

se publicó sino la primera, va á explicarnos, con fácil elegancia, su profesión de fe literaria:

«Sé cuán delicada es la epidermis de la gente de letras; conozco *el genio irritable de los vates;* y por tanto, conste desde hoy ante los habitantes del Pindo, que las glorias de Quintana y Larra en España, de Lessing, Herder y Schlegel en Alemania, de Macaulay y Arnold en Inglaterra, de Villemain y Sainte-Beuve en Francia, no perturban mi sueño. Crítico no soy, vuelvo á decirlo; soy un *impresionista* (palabra salvaje que hará fruncir el ceño á todas las Academias de la lengua), como se llaman hoy ciertos pintores en Francia: soy un hombre de *sensaciones* más que de *pensamientos*, una campana que vibra y no un escalpelo que corta las carnes é interroga los glóbulos del cerebro.

»Advierto igualmente que no pertenezco á la escuela de los *puristas*, ni pretendo escribir copiando, como un fonógrafo, como un autómata, el estilo de los clásicos españoles. Soy hijo del siglo XIX, y partidario de la libertad, en literatura como en política. Me agradan todos los géneros, menos el género fastidioso. Busco en las obras literarias la inspiración más que la corrección, y la poesía más que la sabiduría. No me disgusta un jardín como el de Versailles, trazado al compás por Le Notre, y las cascadas de Saint-Cloud y del Trocadero, obra del hombre; pero admiro más las selvas majestuosas y los desiertos sublimes del Nuevo Mundo, las cataratas del Niágara y del Tequendama. Leo, de vez en cuando, algunas páginas de los setenta volúmenes de Rivadeneira, donde está no muy bien com-

pilada la literatura española, desde el siglo XIV hasta Jovellanos y Quintana, y conozco, por mal de mis pecados, los escritos de la escuela clásica y tradicionalista de España y América; pero—¡cosas del *enemigo malo!*—déjanme frío todas las odas de fray Luis de León, todos los *in folios* de Mariana, todos los *Tratados de la Tribulación* de fray Pedro Rivadeneira; y salto, como tocado por la máquina de Volta, cuando llegan sobre mí, en lenguas de fuego, los versos de Dante, Shakespeare y Víctor Hugo,—cuando navego con Núñez de Arce por el piélago de la duda, buscando en noche tenebrosa una luz que ilumine los abismos de mi alma; cuando oigo en el Prometeo de Shelley los gemidos del Titán encadenado, ó cuando escucho los postreros suspiros de Heine, de Becquer, de Keats, de Pouc-

kine, de Lermontoff y de Leopardi.»

A pesar de que en Colombia se cuenta con tantos escritores de fecunda facilidad, la prensa nunca ha llegado al grado de prosperidad que se nota en otras Repúblicas americanas, como en Chile, en el Perú, y, sobre todo, en la República Argentina, que se ha hecho notable siempre por la abundancia de sus periódicos. La razón de esta deficiencia es muy sencilla. En aquel pueblo aislado, falta una vida suficientemente activa para dar pábulo á un verdadero diario; así, no hay uno solo en Bogotá. Los que existen, *El Diario de Cundinamarca*, *La Reforma*, *La Luz*, *La Nueva Era*, etc., son pequeños y salen dos ó tres veces en la semana. Empero, ellos están redactados con esmero por escritores concienzudos; y entre los periodistas cuyo nombre se estima más en Co-

lombia, hay algunos que merecerían un campo de acción más adecuado y extenso. Tales son el Dr. D. Pablo Arosemena, ciudadano de excelentes cualidades y de poderoso talento; el Dr. Carlos Holguín, que es al mismo tiempo uno de los oradores de que puede enorgullecerse Colombia, diplomático distinguido y literato de nota; D. Manuel M. Madiedo, cuya larga vida ha estado siempre consagrada á la defensa de causas liberales y generosas; don José María Samper, que redactó también un importante diario en Lima, autor de una fecundidad asombrosa, que ha escrito versos, dramas, novelas, historias, críticas, todo con una rapidez vertiginosa, aunque sin ningún género de pulimento; D. Ricardo Becerra, tribuno fogoso, de palabra ardiente y relampagueante, panfletista de incisiva

elocuencia y verbosa inspiración, y muchos otros que sería largo mencionar.

Antes de entrar en el examen de una de las fases más notables de la literatura colombiana, debo decir algunas palabras de un poeta que se destaca entre la masa de sus contemporáneos, por su vasto talento y su poderosa originalidad: Don Rafael Pombo. Hijo del célebre Lino de Pombo, y hermano de Manuel Pombo, cuya imaginación y sentimiento exquisitos, han caído en un mutismo deplorable; su nombre se rodeó desde temprano de una aureola gloriosa, y no solamente como poeta, sino también sirviendo á su patria, primero en calidad de secretario de la Legación de Colombia en Washington, y después de Encargado de Negocios, ha demostrado sólidas condiciones de carácter,

al propio tiempo que un espíritu amante de lo bello y luminoso como pocos. Se conoce por todos la historia de aquellas estrofas tituladas *Mi amor*, y firmadas por *Edda*, que lograron estremecer á todo el continente americano. Aquellos versos, dignos de Safo, hicieron popular muy pronto el nombre de Pombo. Su naciente reputación se afianzó durante su ausencia de la patria, y hoy creo poder calificarle con justicia como el primer poeta lírico del Nuevo Mundo. Nada más simpático y curioso que su persona. En el exterior de aquel sér pequeño, de edad indefinible, cuya reputación de fealdad es tan universal como la admiración que merecen sus versos; en ningún rasgo físico, se descubre que aquel es un genio de poderosa individualidad y de complejas cualidades. Es dulce y bondadoso como

pocos; vive encerrado en un humilde cuarto, entre un cúmulo de libros y de papeles viejos, apiñados sobre las sillas, en los rincones, debajo de la mesa, por todas partes; y sus preocupaciones más absorbentes son las de las bellas artes. Las paredes de su habitación están cubiertas de viejos trozos de molduras, de telas antiguas, y algunas bastante mediocres, de litografías descoloridas, de bocetos y croquis de pintores que han pasado por Bogotá, y han tenido siempre en él un amigo sincero y un franco admirador. Tiene pasión por la música, y maravilla ver el entusiasmo y la constancia con que ha alentado al malogrado compositor colombiano Ponce de León, autor de las óperas *Ester* y *Florinda*, escribiendo los libretos de estas piezas, ayudándole con infatigable ardor, defendiéndolo en la prensa pe-

riódica con un verdadero derroche de talento. Este niño grande tiene una manía originalísima: pretende ser un gran arquitecto, sueña con la arquitectura, dirige largas Memorias á todos los ministros de Fomento que entran en el Gobierno, persigue al arquitecto del Capitolio, marcha con libros y planos debajo del brazo, y lo más gracioso es que toda esta ciencia que se atribuye, es simplemente ilusoria. Él mismo defiende su inocente empeño en tono humorístico en la preciosa silva americana *Las tres cataratas*, que me hizo el honor de dedicarme en Bogotá, y hé aquí sus versos:

Porque bien sabes tú que si perpetro
Tal cual desaguisado en Poesía,
Mi fuerte no es sino la ingeniería,
Mi trípode los piés del teodolito;
Uno partido cero mi *infinito*,
Y aquel el *metro* en que cantar me toca...
(Y en prueba dello, ¡mira qué ignorante!

Repito á poco trecho el consonante;
Rima mural, resabio de arquitecto,
Único ramo en que nací perfecto;
Y no perdono cifra de aritmética,
Porque es Newton mi Horacio en la poética.)

Desde sus primeros pasos, la Musa de Pombo bebió inspiraciones en Byron; y si puede buscarse en algún poeta su filiación, creo que es en el lord desencantado y escéptico. Sus traducciones del autor de *Manfredo* son numerosas y notables. Más tarde, durante su permanencia en los Estados-Unidos, estudió con delectación y esmero la fecunda y grandiosa literatura inglesa, penetró en todos los secretos de la lengua de Tennyson y Carlyle, y muchas de sus composiciones, escritas en ese idioma, han sido acogidas y publicadas con aplauso en los periódicos norteamericanos. Su erudición literaria es vasta, y sus aficiones son múltiples. Este poeta, libre, espontáneo,

atrevido y amargo algunas veces, ha vuelto en sus últimos tiempos al riguroso clasicismo académico, y es hoy secretario perpetuo de la Academia colombiana. Pero, á pesar de sus actuales tendencias místicas, de su espíritu conservador, la inspiración lo sacude algunas veces, y la poesía domina en él á los sentimientos convencionales de que quiere hacer gala, y entonces revive el Pombo de *Angelina* y *Elvira Tracy*, de *La Hora de Tinieblas* y tantos otros cantos de poderosa entonación. Resumiendo mi idea, me parece que Pombo es el hijo pródigo de la Academia. Se reservan para él mimos y cuidados especiales; se le mira con orgullo, pero no se tiene plena fe en su conversión absoluta, y á cada paso se teme que el antiguo romántico haga una de las suyas y abandone nuevamente el ho-

gar paterno. Y aquí creo oportuno hacer una salvedad. Más de una vez, en el curso de estas páginas humildes, he hablado del espíritu clásico y académico, combatiendo sus tendencias. Pero entendámonos bien. Lo que yo he querido expresar, ante todo, no es un sentimiento de irrespetuosa violencia contra los distinguidos puristas españoles y americanos, sino contra la exageración que se nota desgraciadamente en muchos de ellos, y que es necesario destruir de todo punto. Admiro, como el que más, las grandes obras de la literatura española; pero no cierro los ojos y me tapo los oídos ante el espíritu francés, renovador del siglo y eterno faro que ilumina y guía á la humanidad. Creo que se debe ser académico como Marroquín y no como D. Diego Rafael de Guzmán, en Colombia,

cuyo estilo ininteligible somete al lector más paciente á un largo y soporífero tormento. Dadme la frase elegante y sobria de Valera, sus rasgos finos y sus líneas delicadas; dadme la elocuencia de la prosa de Menéndez Pelayo, y dejadme gozar con el encanto severo y espléndido de sus versos griegos, tan dulces y tan bellos como los de Chénier, pero no me condenéis á leer las traducciones de la *Divina Comedia* y del *Orlando Furioso*, del marqués de la Pezuela, uno de los más encumbrados académicos españoles.

De su continuo trato con poetas ingleses, ha sacado Pombo esa concisión y sobriedad, que nos encanta en muchas de sus composiciones, y que, como todas las cualidades, tocan frecuentemente en un defecto: la oscuridad ó la dureza. Felizmente, ellos son raros en Pombo, y aun

así, su poesía gana siempre en fuerza de pensamiento lo que algunas veces pierde en fluidez y cadencia musical. Asombra ver en cuántos géneros, tan diversos entre sí, sobresale este poeta. Las estrofas de *Edda* están divididas por un abismo de sus *Fábulas y Verdades*, libro inédito, escrito para la juventud, donde hay tesoros de inspiración y buen gusto. Ha escrito cuentos en verso para la infancia, llenos de verbosidad y de espíritu humorístico. Ha traducido cantos de Byron, de Hood, de Tennyson, de Longfellow, de Musset, y todo con una admirable perfección. En los últimos tiempos se ha consagrado á Horacio, y creo poder asegurar que nadie le ha dado en sus versiones un sabor más genuinamente verdadero. En este género de trabajos, descuella de una manera asombrosa.

¿Quién que haya leído la *Canción de la Camisa* y el *Puente de los Suspiros*, de Hood, no ha quedado maravillado de aquellas palabras silbantes, y onomatopéicas de la primera, y del ritmo fúnebremente melancólico de la segunda? Pues bien; escuchad á Pombo, y revivirá en vuestra memoria la misma impresión de tristeza que cae, cae lentamente como una niebla sutil, hasta amortajar el alma en sus sombras espesas:

. . . .

No hagáis honda, cruel pesquisa
Del conflicto que insumisa
La encontró con el deber;
Ya la muerte en su torrente
Llevó el fango; y solamente
Queda el oro de su sér.
¡Sus errores, sus deslices
Son de tantas infelices!
Hija de Eva su contagio
Desvalida la encontró.
Por la herencia que nos toca
Enjugad en esa boca
Las espumas del naufragio...

Trago acerbo, pero el último
Que el amor le presentó.
¡Ricos eran sus cabellos!
Componedlos cual solía
Cuando mísera esperaba
Y creía en el amor.
¡Ah! decidnos, hilos bellos:
¿Do está el peine que os peinaba?
¿Do el humilde tocador?

. . . .

Desde aquí tal vez la mísera,
Al nocturno cierzo impío,
Recorría tantas lámparas
Que refleja el ancho río,
Y la tibia luz de innúmeras
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo
De un amor y de un hogar;
¡Mientras ella, aislada y huérfana,
No tenía más que lágrimas
Y ni donde ir á llorar!
Y la endeble criatura
Tiritaba de hambre y frío,
No de histérica pavura,
Al mirar de tanta altura
Relumbrar siniestro el río.
Ya palpaba los dolores,
No sus duendes y temores;
Ya sabía el cuento serio
Que la vida le enseñó;
Y tentábala el misterio
Que la fácil muerte esconde;

El trasporte de lanzarse,
De exhalarse en un segundo
Para ir... ¿qué importa adónde?
¡Fuera! ¡fuera de este mundo!
  Y esa idea devolvió
Á sus labios la sonrisa;
¡Dióse prisa, y se lanzó!...

—

  Ven, alegre libertino
Á mirarte en esta escena,
Que ameniza tu camino
Por el Támesis ó el Sena.
  Ven, recoge tus laureles,
Y regálate cual sueles
En el baño y el festín.
  Brinda y bebe sin espanto
De esa espuma, y sangre, y llanto,
Con que riegas tu jardín.

. . . .

  ¡Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud!
¡Cuán delgada!—Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.
  Componed sus miembros frígidos,
Con esmero casto y pulcro
Antes, antes de que rígidos
Se rebelen al sepulcro,
Y que al menos en su fosa
Paz y abrigo se le dé.
  Y cerradle luego, luego,
Esos ojos ya sin juego

Que parecen los de un ciego
Que nos mira y no nos ve;
¡Porque allí quedó clavada
Sólo esa última mirada
Con que ansiosa y acosada,
Á abrazar la muerte fué!

—

¡Triste fin de una existencia
Aún más triste!—En su demencia
La empujaron al abismo
La crueldad del egoismo
Y la afrenta de su error.
Débil fué, mas no inocente.
Cruzad, pues, humildemente
Sus dos manos sobre el pecho,
Cual si orara sin despecho
Silenciosa y reverente...
Y delito y delincuente,
Dejad ambos al Señor.

Esta verdadera obra maestra, está á tanta ó mayor altura que el original inglés, aunque en realidad forma una obra casi propia, de tal manera la ha caldeado el genio del poeta y le ha impreso el sello de su personalidad.

Otras veces, su lira encuentra

acentos hondos y aterradores, como en la *Hora de Tinieblas*, canto en décimas de poderosa entonación lírica, que hubiera podido poner Musset en boca de Franck ó Byron en boca de Manfredo. No puedo resistir á la tentación de trascribir algunas estrofas de esta obra de la juventud de Pombo, y que actualmente, por rendir culto á sus sentimientos ultramontanos, él oculta como un delito. Es el *Dies iræ* de la desesperación, un reto amargo á la divinidad, un gemido y una protesta. Pocas veces se llega más lejos en la rebelión. Detrás de toda ella, parece sonreir el satánico Voltaire.

Dios, que por prueba concitas
Enemigos que vencer,
Dame armas, dame poder
Para la lid que suscitas.
¡Pero si el poder me quitas
Libre renuncio á existir,

Pues no debo consentir
Que me hayas venido á crear
Esclavo para lidiar,
Libre para sucumbir!...
Nula es mi sabiduría,
Pobre mi benevolencia;
Pero si la Omnipotencia
Un instante fuera mía,
¡No! ¡yo no concebiría
Árboles de tentación,
Ni en mi justificación
Culpas de la criatura!
¡Santa, universal ventura
Fuera un himno, sin cesar,
De incienso para mi altar,
De amor para mi hermosura!

. . . .

Y hé aquí el mundo, que á su acento
Vió la hermosa luz del día!
Si él fuese mi obra, sería
Mi eterno remordimiento.
¡Fué un Edén su pensamiento;
Un infierno resultó,
Y al hombre que le burló
Y audaz su imagen degrada,
No lo devuelve á la nada,
Cual lo devolviera yo!...

. . . .

¡Dardo que nunca se embota!
¡Elemento creador!
Inmenso pan de dolor
Que la humanidad no agota,
Goce fatal con que dota
La existencia á cada cual;

Genio insaciable del mal,
¡Demonio! ¡sombra del hombre!
¡Dí quién eres! ¡dí tu nombre
Para maldecirte tal!

. . . .

¿Qué importa ¡oh sol! tu esplendor
Reverberando á millares
Desde el azul de los mares
Hasta el carmín de la flor?...
¿Qué importa, noche de amor,
Tus cariñosas estrellas?...
¡Oh! ¡Tantas cosas tan bellas,
Que, convidando á llorar,
Parecen hoy extrañar
Delicias que vieron ellas!...

Mal hace Pombo en ocultar esta hermosa composición, cuyas dimensiones me impiden tener el placer de trascribirla por completo. En ella se ha mostrado poeta grande y profundo, cantando el dolor humano, la miseria de nuestro destino, la sombra que nos rodea desde la cuna hasta el sepulcro, y esa otra sombra más impenetrable todavía, que empieza en los dinteles de la muerte.

Pero no es solamente en este gé-

nero donde Pombo nos da los mejores frutos de su espíritu, *le dessus du panier*, como dicen los franceses. Basta recordar el principio de *Angelina*, tan dulce, tan melancólico, tan bello:

Ya el sol de los quince años sonreía
En el rubor de niña de su frente,
Y con el alma en gracia todavía
Sus formas sospechaban el placer.
Era ídolo de todos; y Dios mismo,
Padre celoso, embelesado al verla,
Suya, y no de los hombres quiso hacerla,
Cuando espigaba entre ángel y mujer.
. . . .
Eso fué aquella Virgen: nada mía,
Ni es historia de amor su breve historia;
Y, sin embargo, encuentro en su memoria
Cierto benigno, cariñoso imán.
Es una de esas ráfagas de canto
Que nada son, ni dicen, ni recuerdan,
Pero con lastimero y tierno encanto
Yendo y volviendo en la memoria están.

Más lejos, la nota del dolor aparece nuevamente con vibraciones conmovedoras:

¡Amor! ¡Casual apego, que naciendo
De una lisonja, una verdad lo mata;
Flor de amor propio, débil cuanto ingrata,
Y que el mismo amor propio devoró!
¡Sueño de un día, fiebre de una hora,
Quimera de una vida! mil tormentos
Sin sentido común, mil juramentos,
Un adiós... una lágrima... y pasó.
¡No más con tanto *siempre*, y tanto *nunca*!
(Aventurera y pérfida jactancia)
Retéis al tiempo, á la fatal distancia,
Al ciego azar, al débil corazón.
No habléis de eternidad, donde tan solo
La vanidad y la inconstancia nuestra
Eternas son, aquí donde, siniestra,
Sinónimo de dicha es la ilusión.

Y como muestra de ternura, hé aquí algunos fragmentos de la *Elegía* á Elvira Tracy, que puede ponerse al lado de la *Lucía* de Musset:

No ha muerto: duerme. ¡Vedla sonreída!
Ayer, en esta alcoba deliciosa
Feliz soñaba el sueño de la vida;
Hoy sueña el de otra vida aún más dichosa!
Ya de la rosa el tinte pudibundo
Murió en su faz; pero en augusta calma,
La ilumina un reflejo de otro mundo
Que al morir se entreabrió para su alma.

Ya para los sentidos no se enciende
La efímera beldad de arcilla impura;
Mas, tras ella, el espíritu sorprende
La santa eternidad de otra hermosura.
Cumplió quince años: ¡ay! ¡edad festiva,
Mas misteriosa y rara!—¡edad traidora
Cuando es la niña para el hombre esquiva,
Y á los ángeles férvida enamora!...

Con razón, refiriéndose á nuestro poeta, dice el Sr. José María Samper: «La paleta de Rafael Pombo tiene todos los colores y matices posibles para pintar los más variados cuadros y las más diversas figuras, y su Musa parece haber bebido en todas las fuentes del ingenio algo ó mucho para alimentarse ó llenarse de tesoros.

»Hay mucho de inglés en sus poesías serias, y de observación y meditación; hay mucho de la copla francesa y de la ligereza gálica en sus composiciones retozonas y chispeantes, como *El Torbellino* y tantas

otras; hay muchísimo de español en la soltura y agudeza de sus décimas, sus romances y sus coplas epigramáticas ó descriptivas, como en *La Mujer*, *El Bambuco* y muchas otras composiciones, que hacen de su poesía una música traviesa, riquísima en ideas, y de su versificación algo como un precioso ramillete de las mejores flores de Calderón, Quevedo y Bretón de los Herreros.»

Estas palabras justas, dan una idea exacta del genio de Pombo. Poeta de múltiples fases, siempre se muestra grande y ameno. Sus compatriotas lo admiran y lo respetan; sus adversarios rinden culto á la nobleza de su carácter elevado. ¡Ojalá lleguen á su lejano retiro estas palabras cariñosas de su amigo y discípulo, como un ecò de sincera simpatía y agradecimiento por la amistad que le ha dispensado, y la honra

de que lo ha hecho objeto al dedicarle dos de sus más bellos cantos: *Las Tres Cataratas* y *Órdenes para España!*

Uno de los caracteres más resaltantes de la Musa colombiana, ha sido siempre el espíritu humorístico que ha predominado en ella, el amor á lo original y chistoso, á la pirueta cómica, á ver el lado ridículo de las cosas, al *humour* y el epigrama que brota de los labios sin esfuerzo, por una predisposición de la naturaleza íntima de aquel pueblo. Pero hay muchas clases de *humoristas*. Sterne y Swift lo son á su modo; el primero, sin hiel y sin amargura, hijo de la observación como en *Tristram Shandy;* el segundo, agrio en el ataque, incisivo siempre y yendo como una flecha á clavarse en el blanco. Rabelais ríe también con carcajadas intermina-

bles, salpicando su alegría con la sal *grivoise* del libertinaje, como los francos comensales de Gargantúa, esos gigantes grotescos que adoran á su estómago y que han tomado todos por divisa los versos de su introductor en el mundo de las letras:

> ¡Voyant le deuil qui vous mine et consomme
> Mieulx est de ris, que de larmes escrire:
> Pour ce que rire est le propre de l'homme!...

Montaigne gusta también lanzar uno que otro dardo sarcástico. El *humour* es ondulante, es múltiple, tiene mil formas y mil faces. Es un Proteo que huye á nuestro contacto. Se le encuentra en todas las épocas y todas las literaturas. La *Batracomiomaquia* es hermana de los *Viajes de Gulliver*. Gulliver es padre de Micrómegas. Jean Paul se une á Heine, este «Fausto clarificado por Voltaire.»

La sátira ocupa un alto puesto

en la literatura humana. Es la Euménide de la poesía. Ella desenmascara al vicio, azota el ridículo, hace sangrar el cuerpo humano para purificarlo después. Nada más envidiable que el papel del satírico, juez al mismo tiempo que verdugo, siempre en pugna con el tirano, cualquiera que sea su nombre, siempre en guerra abierta con la maldad, triste, profundamente triste en el fondo, y haciendo asomar la risa á nuestros labios cuando brota sangre de las heridas de sus adversarios. Sus versos són el trueno que interrumpe la orgía. Él está de pie mientras los otros beben, y graba en el muro de la sala de los festines, las proféticas palabras de Daniel. Entra en la sociedad en que vive, como un domador en la jaula de los leones. Lleva también el hierro candente y lo aplica á los réprobos sin pie-

dad. Y toda esta obra de castigo y de redención, se ejerce con una arma formidable, cuyos golpes son mortales: la risa. Ella todo lo vence y todo lo domina. Un detalle ridículo cambia de golpe la situación más patética: La risa es santa; es una compensación que Dios ha puesto á todas las amarguras. Una carcajada franca, espontánea y natural, disipa las sombras del pensamiento; es como una ráfaga de viento que arrastra las nubes y despeja el cielo. Á veces, sin embargo, la sátira tiene un sabor amargo y cáustico que mortifica, y entonces reímos más con el pensamiento que con los labios. Sí, es necesario confesarlo; vivimos entre miserias, rodeados de asechanzas y de traiciones, incubando odios profundos y soñando con crueles represalias. Sobre los males físicos, caen los morales y nos tor-

turan. Por eso son grandes estas palabras que Senancourt, ha puesto en boca de Oberman: «Me indigna ver á hombres cuya vida es fácil, reprochar duramente á un pobre que beba cuando no tiene pan. ¡Qué alma han recibido esos seres que no conocen mayor miseria que tener hambre!...»

«En Bogotá—dice D. José María Samper—se halla connaturalizada la sal andaluza combinada con cierta nobleza mental castellana. Es verdaderamente ática la agudeza del bogotano genuino; nace con un espíritu en que se mezclan la ingeniosa chispa y el buen sentido; tiene una viva facultad de observación de todo lo que se presta á burlas y jocosidades; da con prontitud la réplica en todo caso, y siempre halla materia para chistes y epigramas; se pinta para poner un nombre gráfico

ó un apodo característico, así como para hallar, por decirlo así, el *consonante* que un individuo tiene en otro; se ocupa con gusto de las cosas políticas, no para lanzarse en ellas con pasión (salvo el caso de guerra civil), sino para divertirse con los acontecimientos y hacer de los hombres, y sus actos, los más burlescos y oportunos comentarios; y vive riéndose de la vida y del mundo, y haciendo reir á los demás, salpimentando siempre las agudezas y los chascarrillos con algún polvillo de sátira oposicionista y de filosofía burlona.»

El espíritu sarcástico y alegre, hace que en Colombia haya mucha facilidad para las improvisaciones ligeras. El Sr. Vergara habla de un Montalvo que, durante la guerra de la Independencia, era conducido prisionero por los españoles. Su fama

de improvisador se había traslucido en las filas de sus vencedores, y el jefe le dijo:—Vamos, insurgente, hazme una quintilla con pie forzado, y te doy un patacón. Montalvo acepta, y entonces se le dan los siguientes versos:

—Viva el sétimo Fernando
Con su fiel y leal nación...
. . . .
—¡Pero es con la condición
De que en mí no tenga mando,
Y venga mi patacón!

terminó Montalvo, dejando atónito al oficial. En nuestros días, este ocurrente soldado ha tenido imitadores de muchísimo ingenio. No citaré sino á Germán Piñeres, á quien, habiendo detenido un amigo en la calle con estos versos:

—Ha muerto, Germán Piñeres,
La mujer de Luis García...
—¡Que mueran tantas mujeres
Y no se muera la mía!...

replicó el poeta con pasmosa rapidez!

Pero, apartándome de la poesía exclusivamente ligera, debo mencionar á tres autores de mérito verdadero, que son, al propio tiempo, tres humoristas distinguidos: D. José Manuel Marroquín, D. Diego Fallon y D. Ricardo Carrasquilla. Nadie al ver al último sospecharía que está delante de un espíritu jovial y ameno, siempre dispuesto á la risa y á sacar partido de todo para sus versos jocosos. En aquel enorme cuerpo que le ha hecho exclamar,

> Vivo en perpetua aflicción,
> En eterna desventura,
> Por tener una estatura
> De indígena patagón;

en aquella mirada severa y aquel rostro duro, nadie reconocería al festivo autor de tantas hermosas *Bagatelas*. Vive consagrado á la enseñanza, en un virtuoso retiro, y es

uno de los más afectuosos y nobles caracteres que pueden conocerse. Su facilidad es asombrosa, hace letrillas llenas de sal y redondillas picantes con magnífico donaire. Ha reunido sus obras con el título de *Coplas*. Para dar una muestra de su facilidad, basta citarse la décima que escribió en el álbum del autor de estas páginas, con el título de *¿Qué son los autógrafos?* cuando se le pidió su firma como un recuerdo:

Documentos que advertir
Deben, al orbe asombrado,
Que los sabios que han pasado
No supieron ni escribir;
Que puede sobrevivir
Al César, que al orbe humilla,
De papel media cuartilla;
Y que ese mismo papel
Dura muy poco, si en él
Clava el diente la polilla.

D. José Manuel Marroquín también ha dedicado al cultivo de la

juventud algunos años de su vida. Sus obras de texto son notables, y gozan de merecida reputación en todo el continente americano. Pero al mismo tiempo que pedagogo insigne es un purista de nota, uno de los fundadores de la Academia colombiana, y poeta de fácil y deliciosa gracia, que no solamente en este género literario se distingue, pues sus artículos en prosa están llenos de oportunidad y de mérito. La vida del Sr. Marroquín ofrece un modelo de tranquila y dulce bienandanza, y esta calma parece reflejarse en su espíritu. Siempre dispuesto á alentar á los principiantes y á iluminar á los débiles con su larga experiencia literaria, en su paso por el mundo no cosecha sino simpatías y admiraciones cariñosas. Algunas de sus composiciones ingeniosas ofrecen un fondo pueril; pero

no pueden menos de hacer reir al lector por su originalidad indiscutible. Tal es aquella *Serenata* en trasposiciones, que comienza así:

Ahora que los ladros perran,
Ahora que los cantos gallan,
Ahora que, albando la toca,
Las altas suenas campanan,
Y que los rebuznos burran
Y que los gorjeos pájaran,
Y que los silbos serenan
Y que los gruños marranan...

y que continúa por muchísimos versos del mismo jaez. No es menos original la titulada *Estudios sobre la historia romana*, cuyo mérito tiene que pasar desapercibido para todo el que no haya estado en Colombia. En ella se describe el rapto de las Sabinas y las fiestas de Roma, como si pasaran en Bogotá, es decir:

¡Con candiles de sebo y trementina
Ilumínanse plaza y Capitolio,
Y hay vaca loca, y hay maroma y fuegos,
Patriótica canción y cuatro globos!...

En cuanto á los romanos, llevan el traje nacional de Colombia:

> En caballos herrados, bailarines,
> Con *ruanitas* de seda, entran los mozos,
> Y hacen saltar el caño á los caballos
> Y enarcar el pescuezo y dar corcovos.

La mayor parte de las poesías del Sr. Marroquín, ofrecen este carácter ameno y juguetón. Es, igualmente, un observador minucioso, y sus artículos de costumbres están llenos de deliciosos detalles.

De Diego Fallon, ha dicho el distinguido Sr. Caro: «Hé aquí un poeta de imaginación brillante y fertilísima, y de escasa producción literaria; un hombre cuya conversación, ajena de método, fantástica, episódica y á veces laberíntica y oscura, llena de observaciones agudas, de chispazos de ingenio y sorprendente gracejo, no revelan el plan bien me-

ditado, la sobriedad artística, el claro y escogido lenguaje y las elegantes formas de sus mejores poesías, como *La luna* y *La palma*; un escritor, en fin, cuyas producciones diríase que desmienten el famoso aforismo atribuído á Buffon: *El estilo es el hombre.*»

Las composiciones de Fallon, reunidas en volumen hace poco, dan apenas cuarenta páginas de impresión; pero, ¡cuántos tesoros en esas escasas estrofas! ¡qué admirable perfección de forma, y qué visión de pensamiento! El canto á *La luna* es una de las obras más completas que existen en nuestro idioma. Algo grande se desprende de esos estrofas rotundamente sonoras, que acarician el oído como una sinfonía grandiosa, y en las que se ha vertido todo el raudal de sentimientos que encerraba el alma del poeta! En la *Palma*

del desierto predomina siempre el mismo espíritu; siempre nos asombra la gravedad y la profundidad de esos versos fundidos en un molde inmortal, tersos, consistentes y templados como una espada del mejor acero toledano. La primera contiene cuadros admirables, trazados por una mano firme y genial; la segunda deja un sentimiento lleno de complicaciones en el espíritu del lector; en las dos se desbordan la grandeza y el misterio, y ambas están envueltas en una bruma tenue que suaviza los contornos cortantes, y derrama en los versos un vago perfume de somnolencia oriental. No conozco ningún poeta que deje una impresión tan rara y tan compleja. La música sola puede ser comparada á esta poesía, y aun así, habría que remontar hasta Beethoven.

La poderosa originalidad de Fa-

llon ha buscado otros temas, y, aunque en ellos no alcanza al poder y la grandeza de sus cantos recientemente mencionados, es digno de citarse, sobre todo, el canto á *Las rocas de Suesca*, peñascos de caprichosa forma, á quien el poeta interroga con sarcástica curiosidad. Los viejos contemporáneos de la creación le responden con seguridad bebida en las más puras fuentes de la ciencia, y en toda esta fantasía, la imaginación exuberante del poeta encuentra rasgos deslumbradores y observaciones notables. Después de describir las rocas, dice Fallon:

Y por saber si á conversar se prestan,
—¿Qué hacéis ahí?—pregúntoles en verso,
Y en mudo endecasílabo contestan:—
«Aguardamos al fin del universo.»

. . . .

Pongo el oído atento, de sus voces
Oigo la cavernosa resonancia;
Llorar parecen los perdidos goces
De su inocente, submarina infancia.

—¿No recuerdas, Miocena—exclama una—
Aquellos tiempos libres de pesares,
Cuando fué pabellón de nuestra cuna
El manto azul de primitivos mares?
—Aún se remonta á tiempos anteriores,
Cara hermana Pliocena, mi memoria,
Y me pinta con vívidos colores
De nuestro origen la remota historia,
Cuando de nuestro cuerpo las sutiles
Desligadas partículas sin cuento,
En juegos y reyertas infantiles
Flotaron en el líquido elemento;
Hasta que la invisible superiora
Con su sorda llamada, desde adentro,
La madre Gravedad, habitadora
Del vasto mundo en el fundido centro,
Al fin á nuestros lechos nos atrajo;
Hizo cesar los juegos y la riña
Cantando sin cesar, y en tono bajo,
Con rumorosa voz: «¡Duérmete, niña!»

Allí nos pinta el poeta, con rasgos enérgicos, la formación geológica de la tierra, y más adelante hace hablar así á Siluria:

El Oceano que hoy al occidente
Dilata sus cerúleos horizontes,
Cubre de nuestro patrio continente
Los hondos valles, los altivos montes.

Esos montes un tiempo, esas llanuras
Desde el abismo á la nevada cumbre,
Ostentaron galanas vestiduras
De la luna y el sol bajo la lumbre.
Las celestes montañas que cruzaban
De confín á confín el patrio suelo,
Por cima de las nubes perfilaban
Sus vastas cumbres sobre el tul del cielo:
Cumbres que fueron trono soberano,
Regia mansión, en fuerzas opulenta,
Donde empuñó con fulminante mano
Su flamígero cetro la tormenta;
Donde regaba arrebozada en niebla,
Sus jazmines el alba veladora,
Y separaba el sol de las tinieblas
Con su jardín de luz la rubia aurora.
¡Los flancos sustentaban de la altura
De inmensas moles las pendientes rasas
Que revelaban ser por su textura
De primaria fusión enfriadas masas!
. . . .

«Esto es,—dice el Sr. Caro,—lo que nosotros llamamos poesía científica, sin escrúpulos de profanación de las Musas, á diferencia de cierta prosa rimada y técnica, demasiado ligera para ser ciencia, y demasiado prosáica para ser poesía.»

Es bien duro arrancarse al contacto de tantos espíritus encantadores. Muchos han quedado por mencionar en esta deficiente reseña; pero, con los pocos que he citado, es bastante para mostrar el alto puesto que intelectualmente ocupa Colombia entre sus hermanas de Sur-América.

Y ahora, es necesario seguir el rumbo caprichoso del destino, y despedirse de la hospitalaria nación, con sentimientos de gratitud. Todas estas pequeñas separaciones, son otros tantos lazos que se rompen y que nos ligaban á la vida; todas estas pequeñas ausencias nos van acostumbrando á la ausencia eterna. Pero, de cerca ó de lejos, queda perenne un eco simpático en nuestro corazón por las residencias transitorias en que hemos vivido, amado y soñado algunas horas felices. Las recorda-

mos siempre con cariño, y su nombre despierta en nosotros todo un tumulto de recuerdos adormecidos, de amigos alejados, de divagaciones infinitas, de goces y de tristezas profundos. Es el tren diario de la existencia, y es necesario resignarse. «Los muertos corren ligero» dice la balada alemana. ¡Ay! los sentimientos también!...

FIN.

ÍNDICE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

POESÍAS (1878-1880).—Buenos Aires. S. Ostwald, editor. 1880. *(Agotado.)*

NUEVAS POESÍAS (1880-1881).—Ostwald y Martínez, editores. Buenos Aires, 1881.

REFLEJOS.—Buenos Aires, 1881. *(Agotado.)*

VARIAS POESÍAS. *(La sombra de Nana.—Mimí.—El Payaso.—Cuadros de la Conquista del Perú.—En dos álbums.)*—Buenos Aires. M. Biedma, editor. 1882.

ESTUDIOS LITERARIOS.—Madrid. M. Murillo, 1884.

LAVINIA. *Poema.*—Madrid. M. Murillo, 1884.

En preparación:

LA CARNE.

(NOVELA.)

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.



